
HQÑ
SALOON
MÁS ALLÁ DE LA
FRONTERA
CARIDAD BERNAL

Portadilla

MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA

CARIDAD BERNAL

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Caridad Bernal Pérez
© 2026, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Más allá de la frontera, n.º 442 - marzo 2026

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock y Dreamstime.

I.S.B.N.: 9791370173890

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 1

¡Bienvenida a Four Steps, Mary Jane!

En 1860, mientras los agentes del Gobierno se embolsan el dinero destinado a las reservas indias y un exmilitante del Partido Whig, llamado Abraham Lincoln, sale elegido como candidato a la presidencia del recién creado Partido Republicano, yo llego a la recóndita y desconocida Four Steps. ¿Mi nombre? Mary Jane Walker. Si bien ya debería responder como doctora Walker, pues acabo de licenciarme, todavía es un nombre que se me hace demasiado grande.

Más de diez años después de que mi compañera inglesa Elizabeth Blackwell fuera conocida por ser la primera mujer en graduarse en Medicina en Estados Unidos, estoy más que decidida a dar un paso más hacia el progreso y ejercer la profesión al otro lado del río Misisipi. Sí, en efecto. Adiviná is bien: quiero establecerme en el salvaje Oeste.

«No es el mejor sitio para que una mujer joven y soltera abra su primera consulta». Desde que expresé por primera vez mi deseo de marchar más allá de la frontera, he tenido que oír frases como esa a diario. Lo sé, no es un lugar adecuado para una señorita, ¿pero acaso alguno lo es? A veces pienso que ese tipo de advertencias solo sirven para no dar alas a quien quiere volar.

Para muchos, el Oeste es un lugar del que solo se oyen barbaridades, y al que nadie en el este se le ocurría ir si no fuera para huir de la ley o de la pobreza, pero precisamente por eso estoy convencida de que en este lejano territorio —tan alejado de la mano de Dios como podría estarlo el infierno— tendré una verdadera oportunidad para trabajar, la cual se me está negando en cualquier otra ciudad avanzada por el mero hecho de ser mujer.

En el Oeste apenas tienen medios contra las enfermedades, en algunos alarmantes casos ni siquiera está disponible el agua potable, y por supuesto no han visto en su vida un desinfectante. Por eso

siento que debo ir allí para ayudar a los más necesitados, y no voy a desistir por el simple hecho de no haber nacido siendo un hombre.

Muchos de los tratamientos en esas ciudades están basados en la cultura popular, utilizan sin discriminación las sangrías o la ingesta de venenos para purgar el cuerpo como se hacía en la Edad Media, y la falta de sanitarios cualificados —junto con el analfabetismo y desconocimiento general de la población— hace que la tasa de mortalidad sea cada vez más alta conforme nos vamos alejando del este del país.

Puede que por eso solo allí nadie me mire por encima del hombro por querer dedicarme a la medicina, algo con lo que he tenido que lidiar aquí casi todos los días en la facultad. Creo que mi presencia allí es necesaria, conmigo esas gentes tendrán una posibilidad de salvar la vida de sus hijos o la suya propia. Ese es mi mejor argumento, el que he expuesto al abogado de mi padre para que me ayude a organizar el viaje, y también es el único que me ha convencido después de intentarlo una veintena de veces delante del espejo antes de hablar con él.

Porque debemos remontarnos mucho más atrás en el tiempo y ser sinceros: esta alocada idea no es mía. O, al menos, no se me ocurrió a mí en un principio. Puede que parte de la culpa de mi insistencia en viajar al otro lado del mundo, donde nada se me ha perdido, la tuviera mi padre. Josua Finn Walker, famoso geógrafo e historiador, además de catedrático en la prestigiosa Universidad de Nueva York y padre de dos niñas.

Una de ellas, yo. Marie Jane Walker.

A él le apasionaba la idea de vivir de primera mano la expansión del continente. En sus clases —en las cuales siempre negaré haber estado presente porque una señorita como yo no debería entender conceptos políticos tan complicados—, no se cansaba de explicar a sus alumnos cómo Napoleón Bonaparte había vendido a los americanos la llamada Luisiana francesa:

«Hablamos de casi un cuarto de los Estados Unidos adquiridos por la ridícula cantidad de tres centavos por acre. La única finalidad de Thomas Jefferson en esa notable gesta, la de comprar todo ese territorio, no era la de endeudar a un país entero», añadía haciendo

brotar una decena de risas masculinas, algo que me enorgullecía en silencio, resguardada bajo las sombras del aulario donde exponía, «sino la de controlar el puerto de Nueva Orleans. Jefferson temía que franceses o españoles llegasen a bloquearlo por ese flanco. Pero, con ello, no solo amplió su negociación a través del Pacífico, también incrementó de forma espectacular su territorio y la creación de nuevos estados».

En aquellos instantes, y también ahora, amaba intensamente a mi padre. Lo idolatraba por ser tan bueno en su profesión, por conseguir la atención de todo el mundo, por captar la esencia de un ideal y trasmitirlo con tanta fuerza al resto de jóvenes que lo escuchaban.

Siempre que hablaba se mostraba apasionado. Era un gran orador y el mejor profesor que ha podido tener una universidad. Esa es mi humilde opinión, una opinión nada objetiva teniendo en cuenta que era su hija, claro.

Supongo que después de la muerte de mi madre, y antes de desesperarse con dos niñas pequeñas, decidió volcarse en su trabajo para no perder la cordura. Eso lo llevó a la creación de innumerables estudios sobre la creación y el progreso de la civilización en el Oeste, recopilando datos y programando varios viajes durante años para conocer mejor la idiosincrasia en esos lugares recién formados. Las nuevas colonias.

Mi padre soñaba con establecerse algún día en ese entorno tan lejano, ser testigo presencial de la vida y costumbres a ese lado del país. Le encantaba la naturaleza, los caballos, la aridez del desierto, los dialectos adquiridos en esos lugares tan inhóspitos, e incluso había entablado conversaciones con los kootenai, una tribu amerindia.

Pero Josua Finn Walker no estaba solo, tenía dos niñas pequeñas a las que cuidar, y debía pensar en nuestro futuro antes que en el suyo. Por eso, durante años sacrificó su felicidad por vernos crecer a nosotras, siempre con el deseo lejano de trasladarse a vivir allí cuando nosotras fuéramos mayores.

Sin embargo, nunca pudo llegar a retirarse como tantas veces había planeado. Su muerte nos sobrevino a todos tan de repente

que al principio no pudimos aceptarla. Tanto para mi hermana como para mí fue como si estuviera ausente en uno de sus múltiples viajes. No podía ser cierto que nos hubiera dejado, él nunca nos haría eso. Así que durante meses estuve entrando en su despacho, vacío, silencioso, solo para escucharlo otra vez en mi cabeza:

«Al principio aquella nueva zona adquirida era toda una incógnita. Un lugar del que se sabía más bien poco, ya que la mayoría de esas tierras estaban inexploradas por los propios franceses. ¿Cómo iban a poblarla? ¡A nadie le gustaría habitar en lo desconocido! Dejar atrás su hogar o su profesión era impensable para una escala social bien establecida. La única opción era vendérsela a la población más humilde como una oportunidad. Una forma fácil y rápida de conseguir tierras, riquezas y prosperidad, lo que los llevaría de forma instantánea a una posición y un estatus impensable para ellos hasta entonces en los lugares donde vivían. Así fue como se inició una incesante y prolongada migración de personas hacia el oeste del país, desplazando así culturas ancestrales y oprimiendo a pueblos originarios de nuestro continente norteamericano».

Sus palabras y la cadencia de su voz resonaban por todos los rincones de esa habitación, estaba en todos los objetos que veía. Fue allí, sentada en su mesa y leyendo sus anotaciones, repasando con las yemas de los dedos las páginas gastadas de sus diarios, donde decidí hacer realidad su sueño y ocupar su lugar. Desde entonces, y no me toméis por loca, su voz me ha seguido acompañando todo el viaje, haciendo que su recuerdo vivo apartase de mí la tristeza de un presente en soledad.

Mi padre nunca escondió sus ideales antiesclavistas o dejó de denunciar los abusos del ejército en las Guerras Indias; puede que por eso no deseaba que lo escuchásemos hablar en sus clases o que lo acompañásemos en sus viajes. No habría sido adecuado para unas jovencitas impresionables, pero sus intentos de aislarnos de los problemas reales fueron todos en vano. Al menos, en mi caso.

«El Oeste no es lugar para una señorita, Mary Jane», tuvo que alertarme al descubrirme por tercera vez entre sus alumnos en el auditórium.

Mi hermana, en cambio, pronto desistió con el tema. Menor que yo, además de mucho más guapa y extrovertida, siempre tenía otros hombres temas que le interesaban más. Pero yo nunca abandoné mi intención de acompañarlo. Siempre le pedía que me dejara ir con él, y siempre me decía lo mismo:

«Cuando acabes tus estudios de Medicina, hablamos». Y, a continuación, me acariciaba la mejilla con una ternura inmensa. Solo él conseguía apaciguar mis ansias por conocer mundo. El mundo del que él siempre hablaba.

Recordar ahora esa escena me emociona, pero si analizo bien la situación y sus palabras, creo que nunca me habría dejado hacer ese viaje, y mucho menos sola. Imagino que él esperaba que me olvidase de este asunto, como había sucedido con mi hermana, gracias a las atenciones de algún caballero.

Esa idea me atraviesa el cráneo en un instante, dejando la decepcionante sensación y el convencimiento de que mi padre planeaba que encontrase un marido en la universidad, y que tras mi boda y la de mi hermana, al liberarse por fin de sus responsabilidades paternales, se convertiría de nuevo en un hombre libre para poder vivir en esas praderas del lejano Oeste que tanto amaba.

Lo siento, papá. No sé si es normal sentirse culpable por no haber sido la hija que él esperaba. No haber cumplido con sus supuestos planes. Pero la realidad es que la anodina vida académica me apartaba de la mayoría de eventos sociales, los cuales también evitaba, así que siempre he estado muy lejos de tener pretendientes. Para contribuir aún más a mi torpeza social, tampoco asistía a muchos bailes, e incluso cuando lo hacía de forma inevitable, me sentía como un pez fuera del agua e intentaba esconderme detrás de las cortinas para que nadie supiera que era de esas mujeres a las que no se les da nada bien bailar.

Lo cierto es que ese también era un buen método para ocultarme de las *arpías*. Muchas damas, madres de las jóvenes que decían haber sido amigas mías en la escuela, me juzgaban al verme llegar y opinaban que estudiar una carrera no era adecuado para una señorita decente:

«Una mujer no puede ver el cuerpo desnudo de un hombre que no sea su esposo». Según ellas, las jóvenes e inquietas féminas, como así me llamaron, debíamos contentarnos con aspirar a ser maestras de escuelas o enfermeras.

«¿Qué será lo próximo? ¿Ver a una mujer ejerciendo de juez?».

Parece que fue hace doscientos años que escuché decir eso a alguien a mis espaldas en la última fiesta a la que asistí. Porque ahora todo aquello lo siento muy muy lejano, aunque siguen doliéndome las palabras y haciéndome sentir sola en esta lucha por la igualdad, aún más de lo que ya estoy en realidad.

Pero no todos en mi familia estaban tan descarriados para la sociedad de Nueva York. Mi hermana pequeña pronto abandonó el hogar familiar tras conocer a un joven encantador, Trevor Davis, y mi padre —quizá para huir de algunas viudas que trataban de echarle el guante— viajaba cada vez más a menudo y durante más tiempo al oeste del país. Yo, por aquel entonces, ya no era ninguna niña, pero a menudo lo echaba en falta y quería volver a verlo para que me explicase con entusiasmo cómo le había ido en su última expedición.

Su voz me acariciaba la piel mientras me quedaba viendo sus manos moverse a la vez que me contaba algo de forma apasionada. Era un fervoroso optimista y esa fue su mejor herencia, poner todo el empeño posible en conseguir que tu sueño se haga realidad. Su recuerdo todavía está muy vivo en mí y me estremece pensar que ya no volveré a verlo, que no podré consultarle nada. Una sola imagen de él, el recuerdo de algunas de sus frases preferidas, puede hacerme llorar todavía.

Fue mi padre el que me apoyó en todo momento para que me convirtiera en médica. En la universidad, sin embargo, me sentí rápidamente excluida. Era difícil ser la única mujer en todo, no pertenecía a ningún grupo y a veces hasta me vetaban clases por mi moralidad. Como si no pudiera soportar el horror de una muerte porque, al ser mujer, fuera demasiado delicada para poder enfrentarme a esa crueldad.

Aquellas ideas clasicistas me habían estado acompañando durante demasiado tiempo y, aunque no podía hacer otra cosa que

respetarlas si quería licenciarme, nunca me apartarían de mi ilusión por ser doctora, aunque la minasen continuamente.

«¿Y por qué quieres ser doctora, Mary?», me preguntaban a veces las chicas de mi edad, que no mis amigas, porque no podían entender que quisiera buscarme la ruina de forma voluntaria.

«Para evitar el sufrimiento de los enfermos», esa era la respuesta que no dudaba en dar de forma resuelta. Cuando era muy niña oí los gritos de mi madre al morir tras dar a luz a mi hermana Charlotte, y más tarde había visto el derramamiento de sangre que había provocado el galeno de turno para tratar de salvarla, así que estaba decidida a hacer todo lo posible para que eso no siguiese sucediendo a través de la prevención.

«La medicina tiene que ser más limpia, indolora. Tiene que salvar vidas, no quitarlas». Esas eran mis premisas.

Las voces y recuerdos de mi pasado cesan de repente cuando la diligencia en la que voy montada detiene en seco su traqueteo continuo.

—Ya hemos llegado, señorita —anuncia una voz ajada desde el exterior. Y el deseo de desentumecer todo el cuerpo, después de horas de viaje, hace que abra la puerta de la diligencia con rapidez.

Un polvo rojizo me abofetea con insolencia la cara como señal de bienvenida, al mismo tiempo que los rayos de sol me ciegan durante unos segundos. Bajo la mirada y añado con una sonrisa, feliz por haber llegado sana y salva a mi destino:

—Muchas gracias, es muy amable, pero puedo hacerlo yo sola.

A continuación, bajo de un salto levantando algo de tierra a mis pies. Sacudo con las manos mi vestido de viaje negro que casi parece gris debido al polvo del camino y, demostrando de nuevo que nada tengo que ver con esas señoritas del este, cojo mi propia maleta, que ya descansa en el suelo.

Para ellos es algo habitual, tanto que parecen haberlo normalizado, pero conmigo no lo volverán a hacer. La mayoría de los conductores de las diligencias suelen excederse en su servicio a la hora de ayudar a las damas a bajar del vehículo.

Siempre hacen que parezca algo casual. No parece más que un simple roce, una mano demasiado larga y tosca que se acomoda

más allá de la espalda, o un acercamiento de lo más intimidatorio en el momento justo de apearse, pero nunca nada violento o amenazador. Así resulta difícil de catalogar esa invasión del espacio, ese movimiento ambiguo, a medio camino entre lo fortuito y lo intencionado, pero, de tanto verlo y, por desgracia, experimentarlo, lo he terminado calificando como una fanfarronada más de estos lugareños.

Durante el trayecto en diligencia, siendo este aún más interesante que el de ferrocarril, me he percatado de que mi inesperada presencia —una mujer joven y soltera viajando sin carabina alguna —no resultaba indiferente para aquellos transeúntes que se detenían a ver quién llegaba nuevo a su ciudad.

Las miradas turbias de los hombres, escondidas bajo el ala de sus sombreros, repasándome de arriba abajo como si fuera una bailarina de salón a pesar de vestir hasta el cuello con un luto riguroso, han conseguido hacerme sentir incómoda.

El señor Frederick Ballard, el abogado de mi padre, que fue quien me encontró un destino seguro donde poder ejercer —algo que, al parecer, fue más difícil de encontrar de lo esperado porque ninguna ciudad del Oeste presentaba garantías para mí ni para nadie, en realidad—, ya me advirtió del rudo comportamiento que los vaqueros podrían tener conmigo al exponerme en un lugar tan apartado del orden y la ley. Incluso quiso convencerme de que sería más seguro, para viajar y establecerme, que me vistiera como si fuera un muchacho para alejar cualquier tipo de problemas de índole lujuriosa.

Esa frase le costó tanto decírmela que llegué a plantearme la posibilidad de hacerle caso, pero después comprendí que sería algo absurdo. Mi fisonomía me delataría enseguida. No soy muy alta, ni tampoco robusta. No obstante, en ese momento, no llegué a entender el motivo de su consejo y pensé que sus miedos eran infundados.

«Si tanta gente va para allá, no puede ser tan malo el Oeste», contesté a un derrotado abogado que veía que nada podría hacer para quitarme esa loca idea de la cabeza.

El señor Ballard también es padre y, como el mío, jamás querría ver a su hija en un aprieto. De hecho, en algún momento peliagudo del viaje me di cuenta de que era mejor no tentar la suerte y procuré no quedarme nunca a solas, teniendo especial predilección por las familias numerosas como acompañantes de asiento. Yo me dedicaba a jugar con los niños, muchos anhelantes de cariño, y así las madres podían echarse una cabezadita de vez en cuando. De esta forma, todos ganábamos durante nuestro trayecto.

Como nadie me espera en Four Steps, lo primero que me da la bienvenida es su calle principal, donde ha estacionado la diligencia. Los edificios de madera, que parecen haberse fabricado con más prisa que paciencia, me presentan una imagen muy humilde. Esta ciudad no debe de tener muchos habitantes, así que decido buscar yo solita al alcalde de esta localidad.

Me alegra comprobar que parece tan tranquila como le habían prometido a nuestro abogado, ya que durante el trayecto he tenido aventuras para lo que me resta de año.

En Silver Lane pude presenciar mi primer tiroteo. Bueno, en realidad, no vi nada porque todo fue muy rápido. Escuché disparos, aunque al principio no sabía que lo eran, y después todos se escondieron bajo las mesas del comedor donde estábamos almorzando. Entendí que sería ridículo seguir comiendo como si nada, así que hice lo mismo que ellos, aunque sin comprender demasiado. Enseguida varios hombres, de los cuales solo pude escuchar su voz grave y verles las botas sucias con sus espuelas brillantes, acorralaron al que había disparado y a sus compinches tras una pelea con puñetazos en el estómago y la mandíbula, donde salieron volando varios platos, jarrones y alguna que otra pieza dental bastante deteriorada.

Dudé en acudir a atender a los heridos, pero, antes de lo que pensaba, los hombres abandonaron el comedor y la gente salió de su escondite para continuar probando la sopa como si no hubiera pasado nada.

Fue tan extraño como sorprendente. Y, desde ese día, decidí mantenerme siempre cerca del revólver de mi padre, aunque no tuviera ninguna intención de utilizarlo.

Pero no todo fue malo o desapacible. A lo largo de mí accidentado viaje había podido ir conociendo a diferentes personajes habituales de estos territorios que me fueron ayudando a prepararme para lo que vendría después. Por ejemplo, conocí a un ilusionista y su hermosa ayudante, que nos hicieron el camino mucho más ameno con sus trucos de magia, aunque después nos dimos cuenta de que todo lo habían hecho para distraernos y poder robarnos el poco dinero que llevábamos encima.

—Al menos —dijeron alguno de los pasajeros—, no nos han robado de forma violenta.

Con esa frase me percaté de que el pillaje estaba a la orden del día y las peleas a punta de pistola todavía más. La más perjudicada ese día fue la señorita Megan Higgins, una maestra de escuela muy jovial de la que me hice amiga enseguida. Ella no había sido aleccionada para viajar sola como yo, así que llevaba todo lo que poseía en un pequeño monedero, y sin él no tenía modo de seguir viajando hasta su escuela de destino.

Pronto se ofreció a ayudarla un criador de caballos muy apuesto que había servido durante años en el ejército. Su interés en protegerla ante esa desgracia me pareció de lo más encantador. Al despedirnos, prometimos seguir en contacto, pues su escuela estaba en Black Stone, no muy lejos de Four Steps.

—Espero que tengas tanta suerte como yo —me susurró antes de apearse guiñándome un ojo—. Tú ya me entiendes.

Pero, la verdad, no la entendía en absoluto. Era ajena a ese tipo de suspicacias femeninas más típicas de los bailes de salón que de una sala de disección o anatomía forense, ambientes más habituales para mí en estos últimos años.

En ese viaje a través del desierto y las praderas norteamericanas, también conocí a muchos vendedores ambulantes, exploradores, tahúres que no perdían de vista las manos del resto de hombres, abogados somnolientos, exbuscadores de oro o incluso viudas, no mucho mayores que yo, que iban a sus segundas nupcias con sus hijos pequeños muertos de miedo por la incertidumbre de saber cómo sería su nuevo padre. Si podrían ir a la escuela o solo los

querrían para trabajar. Si les pondría la mano encima o, todo lo contrario, se portaría bien con ellos.

—Seguro que os va a querer mucho —les dije para tranquilizarlos, aunque hasta entonces no había sido consciente de que puede haber hombres que no deseen acoger a unos pobres niños en su casa simplemente porque no son sus hijos legítimos y por eso los traten como mulas de carga. Muchos vaqueros se casaban solo porque necesitaban a alguien que se quedase en casa para hacer el rancho y cuidar de los animales de la granja mientras ellos salían a labrar la tierra, no por una idea romántica ni mucho menos idealizada de compartir su vida con otra persona por amor. De hecho, en mi viaje fui testigo del trato despreciable de algunos esposos, y la mirada de esas pobres mujeres decía más que cualquier confesión. No quería ni pensar cómo las tratarían en la intimidad.

Durante el trayecto recopilé un sinfín de historias que no tardé en plasmar en mi diario, igual que hacía mi padre, llegando a dibujar algunas caras de lo más características para recordarlas siempre. Todas ellas formaron parte de un período de transición que me ayudó a conocer mejor el mundo en el que estaba a punto de entrar, y que, a pesar de su dureza o dramatismo, me hicieron olvidar un poco la pena que anidaba en mi interior debido a la reciente muerte de mi padre.

Al finalizar aquella lenta y bastante incómoda travesía, tuve tres cosas muy claras:

1) La mayoría de la población es analfabeta, algo que ayuda a los estafadores a engañar a la gente más humilde.

«Saber leer aquí no es ningún privilegio, más bien un peligro». Esto fue algo que me dijo un banquero antes de salir de la diligencia que compartimos, no sé si a modo de consejo o advertencia por ser tan insensata de viajar al Oeste sola sin ningún tipo de protección masculina. Algo que para él era casi un suicidio, «porque solo las rameras pueden gozar de esa independencia». No me gustó nada su tono y agradecí que llegase pronto a su destino, aunque lo que dijera fuera una verdad que no podía negarle, para mi desgracia.

2) Tengo la certeza de que el aseo personal no está en su rutina diaria. Ni en la semanal, ni en la mensual tampoco.

Tardé en acostumbrarme a respirar ese fuerte olor corporal, tanto en hombres como en mujeres, ya que en el interior de la diligencia se concentraba aún más debido a la poca ventilación y hasta podía sentirlo como si fuera un pasajero más. Igual de abrupta me pareció su forma de expresarse, incluso cuando estaban hablando conmigo, porque era evidente que se esforzaban mucho en moderar su lengua cuando yo estaba presente por ser «una señorita del este».

3) Renunciar a la posibilidad de tomar otra cosa que no sea ese líquido negro y espeso al que llaman café. Sabe a tierra, y es posible que tenga más tierra de la que jamás habían pisado nunca mis botas, pero aún peor es el sabor del agua. O lo que sea eso que me han servido en la última posada. ¡No quiero ni imaginar qué diablos beberán los caballos en sus abrevaderos! Con razón tantos hombres se hacen adictos al *whisky* por aquí…

En fin, a pesar de todas las incomodidades que he ido enumerando de este lugar —y que me han ayudado a tener la sensación de que me estoy metiendo en la boca del lobo—, no pienso cambiar de opinión. Mi orgullo no me lo permite. Estar aquí es toda una experiencia para mí, la cual atesoro con muchísima ilusión, aunque en este mismo instante tenga que esquivar boñigas de vaca para cruzar una calle sin adoquinar, en una ciudad a medio hacer, y con todos sus habitantes mirándome a través de las ventanas de sus casas como si fuera una apestada que ha venido a maldecir sus tierras.

«¡Bienvenida a Four Steps, Mary Jane!», me digo mentalmente mientras avanzo hacia el final de la calle.

Capítulo 2

Nacido para no tener suerte

Me estaba afeitando. Se puede decir que, hasta ese momento, había sido un día tranquilo para mí. Ni siquiera llevaba puesta la camisa y, aunque no perdía de vista ni mi arma ni lo que pasaba en el exterior, he de confesar que estaba bastante despreocupado.

Hacía unos días habíamos conseguido mandar al calabozo a Buddy Johnson y su banda de apestosos delincuentes en Silver Lane. Había sido una operación rápida y sencilla, los habíamos pillado por sorpresa en un restaurante. Al principio, los disparos asustaron a los comensales, que se ocultaron bajo las mesas despavoridos, pero después no hubo heridos ni muertos a los que enterrar. Un trabajo inusualmente limpio.

Todos sabíamos que su hermano Shutter, el pequeño de la familia, no tardaría en presentarse pidiéndome venganza. Pero confiaba en que pudiéramos descansar unas cuantas jornadas más. Con suerte, la nieve llegaría a las montañas y no podría esconderse en ellas, desechando la idea de molestarnos hasta la próxima primavera.

Sin embargo, no iba a conocer lo que era la tranquilidad todavía. Nuestro Señor era un viejo amigo muy cabrón que disfrutaba riéndose de mí desde allí arriba en el cielo. Porque yo, Dewey Morrison, era un pobre huérfano que había nacido para no tener suerte.

Escupí en la palangana, me acababan de enviar a una pesadilla del este en forma de mujer, joven y menuda, vestida de negro de la cabeza a los pies y que se apeaba sin ayuda de la diligencia de los Brawson.

—Que me aspen… —murmuro sin poder despegar los ojos de ella.

Acto seguido, mi mano, que lleva una afilada navaja, deja de deslizarse por mi garganta.

Me quedo boquiabierto viendo a la mujer sacudiéndose el vestido de forma enérgica y, con las mismas, coge su abultado equipaje

como si todo aquello fuera algo de lo más normal. Deseo de inmediato que Four Steps no sea su último destino, porque, de lo contrario, ya puedo renunciar a la calma que tanto me ha costado alcanzar en este lugar. Ese cuerpo y esa cara solo declaran una cosa: «problemas».

Todavía no sé nada de ella, ni pretendo, pero viéndola avanzar por la calle con esa fingida seguridad de señorita independiente —cuando está más que claro que no sabe hacia dónde se dirige—, solo puedo tragar saliva.

«Y encima tiene agallas».

Mi cuerpo reacciona al verla del mismo modo que lo habría hecho al observar a una preciosa serpiente de cascabel acercándose despreocupadamente hacia mí, teniendo que prestar toda mi atención a sus movimientos, para no ser mordido por su venenosa mandíbula.

Seamos sinceros, la mujer es preciosa, de pelo rubio cobrizo y piel pálida extremadamente fina, pero una incauta de cuidado. Mira hacia todos lados con esos ojos claros, brillantes y verdes como esmeraldas, siendo el blanco perfecto para cualquier desgraciado. Observa el lugar y se detiene a admirar los detalles más pintorescos, como los carteles de las tiendas o su decoración, sin saber todavía dónde se ha metido realmente.

Por increíble que me parezca, a pesar de su belleza y su juventud, queda confirmado que nadie la acompaña. Ha llegado a este lugar tan desprotegida como un cervatillo en medio del bosque y solo Dios sabrá cómo lo ha conseguido. Incluso dudo que sepa utilizar el pequeño revólver que lleva en el ridículo que cuelga de su muñeca, bolsito que la define de forma inconfundible como la señorita del este que es.

Mis ojos siguen sus pasos con atención, hasta aguanto la respiración y me quedo inmóvil cuando pasa junto a la ventana de mi oficina. Sin embargo, ella va tan distraída admirando el paisaje que la rodea que no se percata de mi presencia.

Me concentro en las líneas de su rostro. Quiero comprobar si es alguna de esas cuatreras o tunantes, una de esas mujeres astutas que se mueven más allá de estos límites, que *trabajan* de forma

asombrosa por las grandes ciudades. No quiero por estas calles a ninguna ladrona, a una de esas jugadoras de naipes que utilizan sus encantos para engañar a los hombres.

Me detengo en las preciosas pecas que salpican su cara. Después de examinarla de cerca sin que ella me vea, he de confesar que no parece ser este el caso, más bien, todo lo contrario. Y eso, maldita sea, me escama aún más.

«¿Qué demonios hace una mujer sola en una ciudad tan apartada como esta?».

Deseo que la respuesta que se dibuja en mi mente sea otra muy distinta, pues muchas veces las mujeres que vienen aquí han sido rechazadas por su familia debido a embarazos no deseados u otros motivos peores. Espero que no haya sufrido ninguna desgracia, ya que tiene un semblante dulce, de piel muy blanca, pero con sonrosadas mejillas. Lleva el cabello recogido y oculto bajo un pequeño gorrito de paja, quizá porque no quiere llamar la atención, pues unos pocos rizos naturales que cubren su frente y se escapan de su nuca me declaran sin lugar a dudas cuál es el color de su pelo. Ese rojo sería una verdadera atracción para cualquier hombre indio. En definitiva, su aspecto es demasiado juvenil para moverse como si fuera una mujer de mundo. Y se equivoca de pleno al fingir lo que no es, pero me asombra su osadía. O, más bien, su total ignorancia.

De modo que, después de estudiarla durante más segundos de los indicados, concluyo que, en lugar de tener que proteger a todos los habitantes de Four Steps de una desvergonzada, como había imaginado en un principio, es ella la única que precisa protección de forma inmediata. Lo extraño es que, si ha viajado sola hasta aquí como parece, haya llegado sana y salva.

—Jefe, ¿ha visto a la viuda? —me pregunta una voz somnolienta por detrás.

Después de la juerga que hubo ayer tarde por haber cazado por fin a Buddy y los suyos, mi ayudante, Louis Malarke, se quedó durmiendo la mona en el banco que estaba en el interior de la única celda de esta oficina. Pero, maldita sea mi estampa, ya se ha despertado, y con tanta energía que hasta se ha asomado al porche para poder ver bien a la forastera. Al igual que otros muchos

descarados, quiere comprobar que esa mujer no es fruto de un sueño.

En parte, era lógica aquella reacción en un tipo joven como Malarke. No hay demasiados pasatiempos por aquí y mujeres bonitas como ella brillan por su ausencia.

—*Yeap* —mascullo como única respuesta, como suelo hacer la mayoría de las veces.

—¿Crees que ha venido a trabajar con tu amiga Samantha? —insiste mi ayudante sin dejar de mirarla con una sonrisa boba preñada de esperanza.

«Ya está imaginándosela desnuda… Para él no importa mucho si es viuda o casada, lo mismo da mientras lleve faldas».

—No creo, Louis. Viene demasiado vestida —apuesto convencido —. Parece más un ángel caído del cielo.

—¡Y menudo ángel! —exclama silbando mientras se levanta el sombrero y muestra sus sienes sudorosas.

Antes de dejarnos atrás, la joven se sube las gafas metálicas que lleva por el puente de su pequeña nariz. Es un gesto tan rápido como instintivo que me indica que ese atuendo no es parte de ningún disfraz. Quizá sea una manía para aliviar la ansiedad y el nerviosismo de haber llegado a esta ciudad inhóspita, donde nadie parece querer recibirla.

De pronto, una idea cruza mi mente, y caigo por fin en la cuenta. Esa mujer de expresión inteligente, resuelta, que tiene la palabra *bondad* escrita en la cara, no puede ser de ninguna manera una ramera o una jugadora de cartas. Recuerdo entonces la conversación de hace unos días con el nuevo alcalde, Brian Henderson. Dijo algo de que un abogado de Nueva York se había puesto en contacto con él y que muy pronto llegaría un médico a la localidad.

«Y fíjate por dónde, Dewey, lo tienes delante de tus estúpidos ojos», me reprocho sintiéndome como un torpe principiante.

Es entonces cuando un pálpito me hiela la sangre: no es la primera vez que veo ese maldito rostro. ¡Cáspita! Por eso me resultaba tan difícil de creer que fuera una criminal o una

desventurada. ¡Ahora lo recuerdo! Gracias a la droga de Modoc, esa mujer apareció en mis sueños un par de meses atrás.

«Las alucinaciones que provoca ese indio loco no tienen por qué ser siempre verdad, pero en este caso lo son, y una parte de mí se asusta porque así sea. No puedo imaginarme tan cerca de una mujer así, no puede ser cierto todo lo que he visto en mis sueños, ¿verdad?».

Asumo, para mi desgracia, que se va a alojar en Four Steps y que ocupará la consulta ahora vacía. De modo que no se va a ir en unos días, ni siquiera en unas semanas. La voy a tener que ver durante una buena temporada y eso me parece…, me parece… ¡una idea de lo más ignominiosa!

La curiosidad que reverbera en mi interior hace que siga mirándola embelesado, fijándome en cosas que durante años no he prestado atención en otras mujeres, como su cintura estrecha o sus piernas largas. Es ciertamente muy agradable de ver, tanto de frente como de espaldas, y pensar así provoca en mí una reacción de negación tan violenta que hasta aprieto la mandíbula.

«No la mires más, déjala marchar», me digo para repeler su imagen de mis pensamientos, pero una fuerza misteriosa me impide hacerlo, hay algo en ella que tira de mí.

Avanza a paso rápido por la calle principal, mirando las casitas de madera que se disponen a ambos lados, tan humildes como las personas que habitan en su interior. Algunas están adornadas con macetas en las ventanas y de sus chimeneas sale humo del hogar, lo que hace intuir la presencia de más mujeres en el pueblo, algo que seguramente la tranquiliza un poco, pues hasta puedo notar cómo desaparece la rigidez de su espalda. Llegados a este punto, su respiración agitada se ralentiza. Sonrío. A mí no puede engañarme: aunque trata de ir con la barbilla bien alta, demostrando cierto orgullo o imprudencia por su parte, no es más que una chiquilla asustada. Lleva un ritmo enérgico, decidido, a pesar de que sus pisadas son pequeñas. Sabe que en plena calle es un blanco fácil para un pistolero. Debe de haber vivido alguna experiencia inquietante últimamente, aquí o durante el trayecto, por eso sabe que no las tiene todas consigo. ¡Dios! Y es que toda ella es menuda,

frágil, y de mis manos brota ese conocido hormigueo, ese afán de protección que no puedo reprimir. Pero es que esta mujer hace que mi cabeza vaya a mil por hora, y compruebo con espanto que de repente mis dedos ansían acariciar esa piel tan blanca que se entrevé por las pocas aberturas de su vestido.

«Debe de oler de maravilla», alcanzo a pensar, «y saber aún mejor».

El arrepentimiento ensombrece mi mirada y cierro los puños, furioso por las respuestas de mi propio cuerpo. Hace mucho tiempo que no perdía la cordura de esa manera por una simple mujer.

Mis ojos no pueden dejar de seguir su rastro. Su inquietud aumenta de forma considerable al darse cuenta de que la están observando a través de las ventanas.

Alcanza uno de los aguaderos que hay en las esquinas de la ciudad. Lugares que suelen oler mal y están plagados de moscas y estiércol, pues es allí donde los vaqueros de los ranchos de los alrededores dejan sus caballos mientras hacen sus compras o se dan un descanso con las chicas del salón. La muchacha se aparta unos pasos y hace un gesto gracioso arrugando la nariz al pasar, pero no por ello deja de caminar hacia delante.

«Es decidida».

Me recuerdo que no debe gustarme nada de ella, lo que termina siendo toda una contradicción, porque aún no he visto algo que me desagrade de esa criatura.

Por fin, la señora Harris, la mujer del tendero, sale a preguntarle si puede ayudarla en algo mientras se frota las manos al imaginarse frente a una nueva clienta, posiblemente con algo de dinero al ser viuda.

Las tiendas aquí se diferencian muy poco de las otras casas. Los letreros son pequeños, pintados a mano, y se colocan en el umbral de las puertas, que suelen permanecer abiertas debido al agobiante calor. Sin embargo, el cartel del colmado de Stephen Harris ocupa toda una pared, y encima, en el tejado de su propia casa, tiene otro más para que puedan verlo desde bien lejos. Lo habían hecho para los forasteros que se acercaban por aquí en diligencia o a caballo, pero también era una forma más de demostrar su opulencia frente al

resto elevando su nombre a lo más alto. Juegos suspicaces de un señor con dinero en los que yo no pensaba entrar. Mi guerra con estas personas era otra muy diferente.

En el colmado de Harris no solo se venden comestibles, también ropa, útiles de arado, cuerdas y hasta velas; todo esto se puede intuir a través de los cristales de su escaparate, ahumados por el polvo y la suciedad acumulada durante años, porque ni su mujer ni él mueven un dedo si no tienen asegurado un beneficio a cambio. También porque ya están algo mayores para hacerlo y no han sido agraciados con hijos para que los ayuden con el negocio.

Tras unas breves presentaciones, la señora Harris no duda en invitarla a entrar a su tienda. Minutos que aprovecho para terminar de vestirme, coger mi arma y salir de mi oficina. Movimientos que despiertan a Alondra de una de sus interminables siestas y provocan que primero me mire interrogante y, después, me siga al exterior moviendo la cola. Parece que le divierte verme correr preocupado hacia el desastre. Pero es que me siento en la obligación de liberar a la doctora de esa vieja charlatana, aunque sea con la tonta excusa de presentarme como el *sheriff* de la ciudad. Estoy dispuesto a que me mire como si fuera un bicho raro con tal de sacarla de allí cuanto antes. Conozco a la vieja, y no quiero que la deje sin blanca ofreciéndole cosas que no necesita.

Sin embargo, mis pies se frenan al darme cuenta de que no hacen falta mis servicios. Sorprendentemente, antes de que llegue, la muchacha ya está saliendo del colmado, despidiéndose con una sonrisa amable y encaminándose hacia la barbería.

—Increíble, ¿qué le habrá dicho? —murmuro al comprobar que la señora Harris también parece contenta de haber recibido aquella breve visita, a pesar de que no le ha comprado nada.

«Vaya, vaya. No dejo de maravillarme con esta forastera, y tampoco debo subestimarla».

Puede que sea tan encantadora como parece, pero mis pies quieren seguirla para saber más sobre ella, tener alguna prueba de todo lo contrario. Alondra y yo continuamos tras sus huellas por la Gran Avenida —que se llama así no porque sea grande, sino porque es la única que hay en Four Steps—, hasta que alcanza su destino.

En la barbería se encuentra por fin con el alcalde Henderson, aunque este último no parece disfrutar mucho de su visita con el barbero. Nos lo encontramos con un flemón deformándole la cara y agarrado a la silla como un condenado. Está esperando a que el bueno de Thomas le saque una muela de cuajo. El trapo que tiene colgado del hombro le hace las veces de manopla, delantal y mil cosas más. Ese trozo de tela ajada está tan manchada de grasa y sangre que hace mucho que ha dejado de ser blanca. Y eso, junto a las grandes manazas que se aproximan a su boca, no consiguen tranquilizar en nada a nuestro señor alcalde.

—¡Un momento! —grita aterrorizada la muchacha—. Espere, por favor, soy médica. Yo misma le sacaré esa muela si me lo permite.

Aquella frase deja mudos a los dos tipos que están frente a ella, no solo porque acaban de percatarse de su presencia, sino porque les ha dicho con toda la naturalidad del mundo que es una licenciada en Medicina y que ella misma hará el trabajo que estaba dispuesto a hacer un hombre.

—¿Y qué diablos hace una doctora en el Oeste? —pregunta el alcalde en cuanto puede.

Capítulo 3

Sin agua corriente

—Disculpe, señorita, pero me temo que ha debido de haber un error —vuelve a decir el alcalde Henderson, ahora vocalizando mucho mejor después de haberle sacado esa muela.

Uno de los principales problemas en este tipo de intervenciones, aparentemente sencillas, es la creación de un acceso directo a la sangre través de las heridas ocasionadas en la boca. La herida debe tratarse de la manera más limpia posible para evitar la infección, algo que no creo que ese barbero llamado Thomas tenga en cuenta tras ver su indumentaria y su local.

Henderson me mira con escepticismo. Todavía no puede creer que una mujer le haya dicho que va a convertirse en la nueva doctora de su localidad, permitiéndome incluso sonreírle después de habérselo dicho. Muchos me tacharían de insolente por hacer eso, sin embargo, no es lo que pretendo. Así de ignorante soy en ciertos asuntos diplomáticos. En este instante todavía no soy capaz de vislumbrar mi nivel de desconocimiento de la realidad que me rodea. Pero lo cierto es que solo el hecho de que una mujer le haya arrebatado el papel de *sacamuelas* a un hombre, fuera o no profesional, no es la mejor tarjeta de presentación.

—No, no ha habido ningún error, señor Henderson. Yo soy el médico que estaba esperando, la doctora Walker. Mary Jane Walker.

Sé que resulto muy poquita cosa delante de estos hombres tan hechos a sí mismos. Nunca he destacado por mi altura o mi aspecto, quizá solo por el color de mi pelo o por mis gafas, pero no me achanto ante sus caras de total incomprensión. Desde luego, no soy lo que estaban esperando, pero es lo que ha llegado. Ellos pensaban que el doctor M. J. Walker sería algo mayor que yo, con sobrada experiencia, puede que incluso aceptasen la idea de que viniera con su mujer, pero lo que no iban a tolerar es que no fuera un hombre. Algo que, tras mirarme y remirarme, queda bastante claro.

Lo tengo asumido, no va a ser fácil convencerlos de que puedo serles útil aquí, igual que lo sería un médico varón. Así que vuelvo a subirme las gafas por el puente de la nariz e inspiro hondo, esperando a que los engranajes de sus cabezas den con las palabras adecuadas como para continuar con la conversación que estamos manteniendo.

—Pero el hombre que me escribió… —comienza a decir el alcalde recordando mi carta de solicitud de empleo.

—Mi abogado —me apresuro a decir para darle a entender que sé de quién me habla, aunque en realidad el señor Ballard siempre será el abogado de mi padre, pero nunca podrá evitar protegernos tanto a mi hermana como a mí, siendo su trabajo admirable, incluso al otro lado del océano.

—¡Sí! Ese abogado de Nueva York comentó en su carta que el doctor Walker había sacado las mejores notas de su graduación. —Su voz histérica me da a entender que esta conversación va a ser más larga de lo que me gustaría. Él piensa que es imposible que, siendo mujer, haya conseguido licenciarme. Mucho menos con méritos y honores.

—Y así es, caballero. Si me permite, puedo enseñarle mi certificado y mis diplomas. Los traje conmigo para colgarlos en la consulta para que la gente los viera, no es problema si lo que desea es comprobar que lo que le dijo mi abogado es cierto —explico mostrándome muy tranquila y conciliadora, pues no sé hasta qué punto el alcalde de esta inhóspita ciudad valora que lo haya librado de una buena infección después de haberme encargado de la extracción de su premolar. Eso sin hacer un derramamiento de sangre innecesario, algo que incluso podría haberlo matado.

—Pero, pero… eso es imposible, ¡¿cómo va usted a ser médico?! —grita de nuevo sin dejar de mirarme de pies a cabeza, como si fuera una cucaracha que aún sobrevive después de haberla chafado por completo con un zapatazo.

Por un segundo, se me pasa por la cabeza la idea de volver atrás en el tiempo y dejar que Thomas, nuestro barbero-dentista, utilice su fuerza bruta para sacarle al señor Henderson todos los dientes que tiene en esa maldita bocaza. Imagino que, si fuera por él, las

universidades seguirían vetadas para las mujeres porque lo entendería como un gasto innecesario.

Intento guardar la calma y sonreír como solo una mujer podría hacer ante mi mala suerte, que es la misma suerte que han tenido todas de mujeres que hasta el momento han intentado hacer algo nuevo y diferente por primera vez.

—Hace más de diez años que las mujeres pueden licenciarse en Medicina, señor —enuncio como si fuera una verdad universal, pues es algo que para mí siempre está muy presente.

Henderson, Thomas el barbero y su amigo el mudo, un misterioso hombre al que todavía no me han presentado —y que no hace más que mirarnos desde la puerta junto a su perra—, me taladran con sus ojos perplejos como si hubiera dicho algo muy pero que muy absurdo.

Siguen dudando de mi profesionalidad, de que realmente sea médica. Por desgracia no es la primera vez que me encuentro ante una situación donde ningún título es capaz de demostrar mi valía en el oficio. Sé que en estos momentos solo mis actos conseguirán hablar mejor de mí que yo misma. Por eso he de ser tan rápida como estos vaqueros y actuar. Si flaqueo, si me tiembla la voz o me pongo a llorar —por muchas ganas que tenga de hacerlo debido a la situación—, no mejoraré las ideas preconcebidas que tienen de mí y del resto de mujeres en general. Para ellos solo sirvo como satisfacción sexual, para dar a luz a sus hijos y, como mucho, para producir leche mientras hago empanadas. Soy lo más parecido a una vaca que habla. Así que, limitada ante una realidad demoledora, decido tirarme al río y nadar contracorriente:

—Haremos una cosa, señores. Estaré aquí un mes. Durante ese tiempo prestaré mis servicios a la comunidad y a cambio solo recibiré techo y comida. —Me muerdo el labio de puro nerviosismo, no sé hasta qué punto ha sido arriesgada mi propuesta.

Henderson boquea como un pez mientras sigue mirándome sin pestañear, en su cabeza sopesa sus opciones. Todavía no le hace ninguna gracia que una mujerzuela como yo esté dándose aires de grandeza por el pueblo gracias a su generosidad, pero no puede negar que mi extracción ha sido limpia y efectiva. Toca su mejilla

con la mano, justo en el lugar donde antes estaba la hinchazón, que ya está bajando *de forma milagrosa*, y finalmente se decide a hablar para dar su veredicto como un César romano:

—De acuerdo. No pierdo nada con probar… —comenta en voz alta, como si me estuviera perdonando la vida en lugar de llevarme a los leones, y, segundos después, como si hubiese leído mi mente, me presenta a su amigo el mudo que no ha dejado de observarme en silencio desde que entré aquí—: Él es Dewey Morrison, el *sheriff* de esta ciudad. Él la acompañará al lugar donde debe alojarse. La consulta del antiguo galeno está justo enfrente de su oficina, así que, si necesita algo, no dude en preguntarle a él. Dewey es su hombre, como ya le he dicho. Y por la comida, no se preocupe. En el restaurante de la señorita Sharon le darán todo cuanto precise de mi parte. Hablaré con ellos esta misma mañana.

Asombrada por lo fácil que ha resultado, decido respirar aliviada. ¡Por fin voy a tener mi propia consulta! Sonriente, vuelvo mi rostro hacia el *sheriff* Morrison y me quedo petrificada al comprender quién es el hombre que tengo enfrente.

«Ahora entiendo muchas cosas».

El abogado de mi padre me dijo que si este lugar se podía llamar seguro era gracias a él, a este *sheriff* que había impuesto el orden en medio del caos de una ciudad que acaba de nacer. Ahora su famosa leyenda me parece del todo creíble. Según estuvo investigando, terminó dejando la caza de búfalos para dedicarse a esto, y, aunque lleve años ejerciendo la ley, no ha perdido ni un ápice de su ferocidad.

Da respeto con solo mirarlo a los ojos, cosa que intento no hacer, aunque los suyos no se aparten de mí. Su mirada es penetrante y me intimida un poco. Sonrío, o al menos pruebo a hacerlo, pero él no me responde. Ni se inmuta. De hecho, parece de piedra. Sigue apoyando las manos en el cinto que rodea su cintura y donde se pueden ver sus armas. Dos revólveres brillantes que deben de estar cargados y listos para disparar en cualquier momento. Algo que no me tranquiliza, aunque entiendo es necesario, sobre todo si eres el *sheriff* en una ciudad tan convulsa como esta.

Trago saliva y doy un paso atrás. Entonces la vuelvo a ver. Es esa perra que antes me observaba, igual que su dueño, con un gesto adusto y acusador. A ella sí que me atrevo a hacerle frente, así que la miro con los ojos entrecerrados, imitando un auténtico duelo de miradas. De repente, ella parece pensárselo mejor e, inclinando la cabeza, saca la lengua y empieza a menear la cola, divertida.

«Creo que ella es la única en esta habitación que se alegra de verme».

Emite un bufido, como una especie de ruidito de aprobación, aunque no pienso acercarme a acariciarla por si me estoy equivocando. Tiene un aspecto tan salvaje como su amo, así que temo perder la mano en el intento.

Mis ojos vuelven a él y, a pesar de haber hecho buenas migas con su mascota, él sigue siendo insondable. Suspiro. No entiendo por qué a este hombre lobo no le caigo bien, si todavía no me conoce. Debe de ser porque soy doctora. Hay mucha gente que odia a los médicos en general, y a las mujeres en particular.

Finalmente, el *sheriff* decide ser cortés conmigo y observo un leve gesto de caballerosidad, como una inclinación a modo de saludo, y, sin más, se adelanta para cogerme la maleta y echar a andar hacia el exterior.

—Eh, vaya, ¡gracias! —acierto a decir mientras lo sigo.

Como ya he dicho, impone a pesar de tener la cara sucia de crema de afeitar seca y la camisa mal abotonada. El hecho de verlo así debería resultar gracioso, pero nada en él parece divertido. Camina a grandes zancadas, dejándome muy pronto atrás, donde puedo apreciar su espalda ancha y bien formada. Debe de ayudar a las tareas de labranza o con el ganado, porque el tamaño de esos brazos no se consigue practicando el tiro al blanco.

«Sería muy fácil dar una clase de anatomía con su cuerpo», pienso tratando de ocultar una leve sonrisa.

De pronto, su perra, que camina a mi altura en lugar de a la suya, ladra un par de veces hacia él. Solo entonces el *sheriff* parece reaccionar y detiene sus pasos. Algo que debería haber provocado que yo hiciese lo mismo, pero estoy tan absorta mirando el movimiento de los músculos de su espalda cuando respira hondo

tras un suspiro de resignación que no me da tiempo a frenar cuando de forma repentina se gira hacia mí. Es entonces cuando nos chocamos.

Sus ojos se clavan en mis pupilas y me dicen demasiado. He sentido el calor de su piel y la dureza de sus pectorales, y ha sido…, ha sido… No puedo describirlo con palabras, ¡yo, que he examinado a un centenar de hombres y niños! No acierto a entender lo que está pasando en mi interior. Me sonrojo y me abruman este millón de sensaciones que me sorprenden de repente.

«¿Por qué este hombre me pone tan nerviosa?».

El *sheriff* continúa hacia delante, pero esta vez a un paso más lento, casi a la par que el mío. Entiendo que debemos seguir caminando, su perra y yo hemos sincronizado nuestros pasos. Cuando conseguimos alcanzarlo, animal y dueño mantienen un largo diálogo en silencio que yo no consigo comprender.

Es algo bastante irrisorio, porque es la mascota la que parece haber castigado al humano con la mirada, lo que me parece de lo más insólito.

Finalmente, consigo obviar a los dos para decir, con toda la amabilidad de la que soy posible:

—Muchas gracias, *sheriff* Morrison. —Premio su gesto, aunque sea forzado, con otra de mis generosas sonrisas.

De nuevo, no me responde, pero esta vez ya no me sorprende. Este *sheriff* es uno de esos hombres que no saben sonreír, apenas dialogar, tan solo asiente con la cabeza. Puede que un oso, un lobo o un búfalo —de esos que antes cazaba— le haya arrancado las cuerdas vocales de un zarpazo. ¿O sería tal vez de un cuernazo? Un momento, ¿los búfalos tienen cuernos? Es mejor que no se lo pregunte, no sea que se enfade conmigo por ser tan ignorante. Lo que está claro es que odia a todo el mundo porque ellos pueden comunicarse, incluso su perra lo hace, y él no. Aunque creo que tampoco siente la necesidad de hacerlo, lo que me lleva a pensar que está cansado de estar en este sitio. Algo que, por otro lado, me llena de curiosidad, pues al parecer gracias a él este es un lugar seguro. Y su fama no tiene precedentes.

Estamos desandando el camino de antes, una calle larga que acoge la mayoría de viviendas y establecimientos de esta ciudad. Aquí todos han de conocerse y debe de ser casi imposible guardar un secreto.

Ahora su paso es mucho más lento, calmado, pero siempre se mantiene vigilante. Ha aminorado su marcha en deferencia a mí, algo que le agradezco, porque así puedo ver mejor su rostro: sus cejas son espesas al igual que su barba poblada, y todo el conjunto le da una apariencia imponente. Bueno, su media barba, ya que viene a medio afeitar. Puede que le pique y por eso se la quiera quitar. Aunque parece suave, como era la barba de mi padre. Destacan sus ojos de un azul muy claro, en contraste con esa imagen ruda, sobre todo con esa piel tan morena curtida por el sol. Es una mezcla romántica de determinación y seguridad, una extraña combinación.

Sin querer, me fijo también en ese colgante indio que le cuelga del cuello, moviéndose ligeramente al ritmo de sus pasos. Roza su garganta con delicadeza, y me sorprende porque es muy bonito. Demasiado para ser de hombre.

«¿De quién será? ¿De su última víctima?».

Paramos delante de una pequeña casita de madera donde no se ve ningún letrero. Mientras deja la maleta en el suelo para abrir la puerta, miro a mi alrededor y compruebo que tenía razón el alcalde, enfrente está la oficina del *sheriff*.

Hay un joven apoyado en un poste que me mira con descaro, así que levanto la mano y lo saludo. Debe de ser el ayudante del *sheriff*, porque distingo de lejos la placa en su pecho. Enseguida él hace lo mismo, incluso cambia de posición para quitarse el sombrero y sonreírme abiertamente. Respondo agradecida ante aquel gesto de caballerosidad con otra sonrisa, pues ya pensaba que todos aquí eran igual de serios, pero, antes de que vaya a decir algo a gritos, el *sheriff* nos interrumpe:

—Tendrá que limpiar todo esto un poco. Hace algunas semanas que nadie viene por aquí, pero seguro que usted lo dejará muy bien y pronto volverá a ser una consulta como Dios manda. En la planta de arriba descubrirá una pequeña cocina y una cama. Allí es donde

puede alojarse si lo desea —explica mientras, con gesto práctico y algo de maña, va abriendo puertas y ventanas, dejando que la luz entre e ilumine el interior.

Me alegro de haberme equivocado en mi veredicto y que por fin pueda hablar. Su voz es grave y potente, justo como me la había imaginado.

Observo boquiabierta todo el escenario que va descubriendo el *sheriff* para mí. Lo hago sin emitir sonido algo, desde fuera, junto a la puerta, junto a su perra, que respira jadeante. Como ella, parece que yo tampoco puedo entrar. Algo me lo impide. Vuelvo a mirarlo todo otra vez y, a pesar de estar cubierto de polvo, es una visión deslumbrante para mí. Estoy paralizada de la emoción.

Las paredes, de madera clara, muestran signos del paso del tiempo con pequeñas marcas y astillas en algunos lugares.

«¿Serán disparos de pistola?». Prefiero no pensarlo.

A pesar de la suciedad acumulada en estos muebles y el desorden, me parece increíble. Tengo ganas de gritar a todo el mundo: «¡Lo he conseguido, por fin tengo mi propia consulta!». Es un momento insignificante para este hombre que tengo enfrente, que apenas se maneja con una decena de palabras al cabo del día, y, sin embargo, para mí es algo conmovedor. A pesar de la desidia evidente, para mí es un lugar perfecto, magnífico, incluso el efecto de los rayos de sol atravesando el cristal de las ventanas e incidiendo sobre el suelo me hace creer que sea algo celestial. No humano.

«¡Una consulta de verdad!».

Entro lentamente, como si hubiese aprendido a andar esa misma mañana, y toco todo con un cuidado extremo. Rozando las yemas de los dedos por las paredes como si estuviera ciega, haciendo que el *sheriff* se vuelva para observarme con interés. Veo una estantería llena de frascos de vidrio, una especie de dispensario, muchos de los recipientes están vacíos y otros tienen restos de polvos o líquidos de colores extraños, puede que sea alcohol u otros desinfectantes.

Hay también un escritorio de madera maciza con una silla de respaldo alto que descansa en el centro de la habitación; mientras la acaricio con las manos, pienso que debió de hacer las veces de despacho para el anterior médico. Tiene una ventana que mira al

exterior, justo a la oficina del *sheriff*, y me parece perfecta para escribir desde allí las cartas a mi hermana Charlotte.

—Es preciosa —resuelvo a decir claramente emocionada, y al instante sé que esas palabras que se me han escapado de la boca me han hecho quedar como una completa imbécil ante este hombre duro del Oeste. Pero me da igual. Es mucho mejor de lo que jamás habría imaginado, y no me importa el trabajo de limpieza u organización que habrá que hacer antes de empezar.

«Nunca he estado tan cerca de comenzar algo que fuera tan mío como este sitio».

La lámpara de queroseno que cuelga del techo tiene un vidrio opaco; como todo lo demás, necesita un buen lavado de cara. Reviso el armario de la entrada, tiene algunos suministros médicos que me pueden servir todavía, pero todo por lo general está muy desordenado y sucio.

—¿Qué le pasó al médico que estaba aquí? —No he podido aguantarme por más tiempo, la curiosidad me mata.

De pronto veo cómo los labios del *sheriff*, anchos y algo agrietados por la sequedad del ambiente, se van ampliando hasta dibujar una leve sonrisa.

«¿Me sonríe por fin? ¿Se ríe de mí?».

—No está muerto, si eso es lo que le preocupa —responde con la sobriedad que le caracteriza.

Asiento con la cabeza al saber que no voy a poder sacarle nada más a ese hombre que, al parecer, le ha hecho gracia que yo encuentre belleza en este lugar. Supongo que para él es solo un cuartucho lleno de telarañas, una caja de cerillas olvidada por todos en este pueblo hasta el día de hoy.

—Si necesita agua —añade para mi sorpresa—, tendrá que sacarla de mi pozo, el suyo estará seco. Dígame cuándo la va a necesitar y yo la ayudaré en todo lo que pueda.

—¿No hay agua corriente? —pregunto petrificada, y al segundo lamento haber sido tan rápida porque sé que he quedado como una estúpida chica del este.

—No —contesta secamente mientras no despega sus ojos de los míos. Creo que busca en ellos mis ganas de salir corriendo, pero se

sorprende al no ver nada semejante al arrepentimiento.

«Todavía».

—De acuerdo. Pues… ¡manos a la obra! —exclamo poniendo las manos en las caderas, tratando de disimular la incomodidad de su presencia observándome tan detenidamente. Una situación embarazosa donde las haya después de nuestro pequeño encontronazo.

El *sheriff* no se inmuta hasta que se percata de mi rubor, algo que no puedo esconder de ninguna manera, así que me giro hacia la ventana para disimular. Es muy cauto y en ese momento no dice nada, solo se vuelve hacia la puerta para esconder su media sonrisa.

«¿Otra vez riéndose de mí?».

Cuando se pone el sombrero, ya con intención de despedirse, me fijo en la herida cicatrizada que le atraviesa la mejilla izquierda. Se oculta bajo el pliegue de su piel, pero sigue siendo bastante espeluznante a pesar del tiempo que debe de haber pasado desde que se la hizo. Él se da cuenta de lo que estoy mirando y, como respuesta, me da la espalda para que no siga analizando esa vieja herida.

Sé que ahora ha sido una situación incómoda para él, por lo que deduzco que ese accidente fue un momento importante en su vida, por eso me contengo y no le pregunto qué le ha sucedido para tener semejante cicatriz.

En un arrebato de generosidad, me ayuda a meter el equipaje que todavía seguía fuera y, cuando sale al exterior, por fin se une a su perra, que parece estar esperándolo pacientemente.

«No solo es más amable que él, sino también está bien educada».

Parece un buen ejemplar, además de precioso, es medio lobo. Tiene los ojos de un azul muy claro, casi plateado, muy parecidos a los de su dueño. Algo que sorprende, porque también comparte con él ese aire salvaje, casi como si fueran hermanos de sangre.

—¿Cómo se llama? —pregunto señalando al animal, ya que no sé cómo despedirme. Debería agradecerle lo que ha hecho por mí, pero me parece demasiado íntimo y tampoco quiero que se ría de mí otra vez.

—Alondra —responde mirándola mientras le rasca detrás de la oreja—. Es una perra medio ciega que me odia a muerte porque nunca me acuerdo de ella cuando es la hora de comer. Sin embargo, es incapaz de dejarme solo. Es estúpidamente fiel.

Alondra responde con un nuevo ladrido, como reprendiendo su mala boca, porque me da la sensación de que lo ha entendido a la perfección. Sonrío y en esta ocasión decido agacharme y arriesgarme para acariciar su lomo, que es muy suave y mullido.

—Gracias por todo —digo mirando a su mascota—. Trabajaré sin descanso para estar lista lo antes posible. Estoy impaciente por conocer a la gente de Four Steps y atender a mis pacientes.

Como siempre, no puedo evitar mi verborrea de puro nerviosismo. Cuando por fin me alzo y me atrevo a mirarlo, veo que su gesto se ha endurecido de repente. El *sheriff* tarda unos segundos en responder de forma enigmática:

—No tenga prisa, doctora. —Y, tras esa frase, que me deja en ascuas, se despide de mí de manera definitiva.

Lo veo alejarse, levantando polvo a cada paso de sus gastadas botas y seguido por el repiqueteo casi imperceptible de sus espuelas plateadas. Espuelas que de repente reconozco como las que vi aquel día que presencié mi primer tiroteo en Silver Lane.

«¿Era él quien dio caza a ese delincuente?».

Puede ser. Hasta ese momento no estaba segura de que fuera un hombre de acción, pero, ahora que sé de lo que es capaz, me siento impresionada.

«No tenga prisa, doctora», repito sus palabras mientras me meto en la cama.

No entiendo muy bien por qué me ha dicho eso, ya que, supongo, todos en esta ciudad deben de estar deseando que se abra de nuevo la consulta del médico, ya que eso da prestigio a una pequeña ciudad como es esta. Por otro lado, me ha gustado oír cómo me ha llamado: *doctora*. Me subo las sábanas hasta los labios. Es la primera vez que alguien que no es de mi familia me llama así, y la verdad es que me ha gustado mucho…

«¿Debería empezar a creérmelo?».

Capítulo 4

¡Bah, mujeres!

Dijo que se daría prisa, que trabajaría sin descanso para poder abrir lo antes posible, y no bromeaba. Se ha estado despertando antes del alba todos los días y acostándose a las tantas de la madrugada. Lo sé porque una de esas mañanas retiró todas las cortinas para lavarlas y, desde entonces, el resplandor de las velas se ve más acentuado sobre las paredes y el techo de su casa.

Ha estado moviendo muebles, pintando sillas, lavando y tendiendo una infinidad de ropa distinta en la parte trasera de su jardín. Se diría que apenas se ha tomado tiempo para un descanso. En una sola mañana hizo una colada inmensa, donde no solo estaban los típicos pololos y algo más de ropa femenina, como vestidos oscuros, camisolas o guantes, también había una bata blanca de médico, varios juegos de sábanas, así como los restos de lo que parecía una mantelería.

«¿Todo eso llevaba en la maleta?».

Durante las siguientes jornadas ha hecho tantos viajes a mi pozo, teniendo el sol de cara o a la espalda, que casi he perdido la cuenta de las veces que la he saludado con un leve movimiento de cabeza o tocándome el sombrero. Ha visitado el colmado de Harris en un par de ocasiones y, después, ella misma ha clavado un letrero para señalar que allí trabaja un nuevo médico:

«Dra. Walter».

Sé que le gusta cómo ha quedado ese cartel, porque todas las mañanas se apoya en la barandilla de las escaleras, de espaldas a mi ventana, mientras se toma su primer café del día mirándolo en silencio.

Es el único momento en el que la veo parada; después, vuelve rápidamente a su labor, como si hubiera finalizado la oración del día.

No es que me inquiete saber qué está haciendo a cada instante, pero soy consciente de que su presencia suscita cada vez más

interés en Four Steps. Empezando por mi ayudante, Louis Malarke, que la acompaña siempre que puede a llenar cubos de agua. Maldito truhan. Una excusa como cualquier otra para poder hablar y saber más cosas sobre ella. Como Dennis, uno de los hijos del herrero, que ha estado tomando medidas y arreglando algunas cosas que se habían estropeado en la consulta por el desuso. Dennis es mucho más callado que Louis, pero puedo ver en sus ojos el interés por la doctora. En realidad, en mayor o menor medida, todos los hombres la miran, incluso el alcalde Henderson, y a lo que este último se refiere, no me cabe duda de que aceptó su propuesta por su atractivo. Una muchacha así de linda hace que cualquier tipo de los alrededores recorra millas para verla, y eso es lo que el alcalde quiere, jóvenes con ganas de trabajar y asentarse en esta zona.

Así que últimamente son muchos los que han venido a saludarme con cualquier excusa solo para poder revolotear a su alrededor, dejándose ver como estúpidos pavos reales, esperando a que la doctora termine de adecentar su consulta para invitarla a dar un paseo por la única calle construida de Four Steps. Algo totalmente decente e inofensivo en el este, pero que aquí supone toda una declaración de matrimonio. Gracias al cielo, y como buena viuda que es, no parece interesada en el cortejo de ningún caballero por el momento.

Pero sé muy bien que una mujer puede hacer que crezca una rivalidad insana entre dos hombres, así que me mantengo alerta, ya que por menos otros han terminado a balazos después de unos cuantos tragos de alcohol en el salón de Samantha. Son esas cosas las que intento evitar desde que me decidí a ser *sheriff* en esta ciudad, por eso no dejo de observarla.

«Solo por eso».

Vuelvo a verla sonreír para agradecer al señor Miller que le traiga una botella de leche fresca de sus propias vacas. Ni ella misma se da cuenta del peligro que supone esa sonrisa caleidoscópica, incluso al anciano le cuesta apartar la vista de ella para seguir a lo suyo.

Después de tanto ajetreo, parece que hoy ha abierto oficialmente la consulta. Otra cosa es que tenga pacientes a los que tratar. Aún no lo sabe, pero la gente de Four Steps no está muy acostumbrada a

ver a una mujer al frente de un negocio a menos que sea un burdel, y nadie —excepto los muertos— está preocupado por mejorar su salud.

Pasan las horas y nadie entra. No es que haya sido un fracaso total, ¡demonios, no! Pero las pocas mujeres que se han acercado a hablar con ella lo han hecho más para darse a conocer que para que las atienda. No son más que una veintena entre la ciudad y los alrededores, eso sin contar las chicas del salón, así que, en cuanto se han enterado de la llegada de una nueva forastera, no han tardado en hacerle una visita de bienvenida cuya única finalidad es la de cotillear.

«Las mujeres son así, no pueden evitarlo».

He podido ser testigo en la distancia de alguna de esas conversaciones de vecindad y, en serio, compadezco a la pobre doctora. El comportamiento de estas mujeres es totalmente incomprensible para un hombre. Lo más sensato sería solidarizarse y tratar de hacerle grata su estancia, pero no pueden evitar mirarla de soslayo y analizar su actitud. Viuda, sin hijos, con una profesión con la que pretende vivir y mantenerse sin tener que depender de un hombre. Es como si no llegasen a identificarla del todo como una mujer, como una de ellas, solo porque ha venido diciendo que es doctora y eso crea envidias entre ellas.

«Ha venido creyéndose alguien».

No me gustaría estar en su lugar en este momento. Me recuerda a cuando empecé aquí y todo el mundo le preguntaba a Henderson por qué tenía que ser yo el nuevo *sheriff*. No les gustaba mi relación con los kiowas, me llamaban *indio* a mis espaldas y creían que era uno de ellos.

No, desde luego, a mí tampoco me querían en su comunidad. Pero entonces llegó la pandilla de Buddy y sus amigos, haciendo cuanto les daba la gana, sin ningún respeto y educación, así que decidí tomarme en serio este trabajo por el bien de todos.

Después de un par de enfrentamientos en los que no tuvo nada que hacer contra mí, ya no hubo dudas de que mi sitio estaba aquí, protegiéndolos. Sin embargo, aunque sé que nunca he conseguido

su plena confianza, sí que tengo su respeto. Ahora ya nadie me llama *indio* a la cara, aunque puede que lo sigan pensando.

Eso es lo que necesita esta chica. Un Buddy que les haga entender a todos que es más valiosa aquí de lo que todos creen. Seguro que ella habría podido hacer algo cuando los kiowas empezaron a enfermar en la reserva. El antiguo médico se desentendió enseguida de su obligación, igual que el resto de habitantes de esta maldita ciudad, por eso me desvinculé de ellos hasta que vino Buddy.

La doctora ha dejado abierta la puerta de su consulta, ahora tan limpia y barnizada como la recordaba, pero no creo que lo haya hecho por el calor, ya que estamos en otoño. Es una manera sutil de invitar a la gente a que pase, que entre y la conozca. Pero alguien debería decirle que no tendría que tomarse tantas libertades, porque cualquiera puede entender ese mensaje como mejor le convenga.

En el local de Samantha ya empiezan a preguntar por *la viuda*, ya que en general los hombres se niegan a creer que pueda ser médico, y por eso resaltan la única característica que destacan de ella, además de que es pelirroja.

«Son demasiado incultos para ver en ella algo más».

Para los habitantes de Four Steps, la medicina está más cerca de la brujería que de la ciencia. A veces, cuando los escucho, me dan ganas de pegarles un tiro a todos por ser tan despreciables. Delante de un vaso de *whisky* hablan con tanta libertad de lo que le harían si estuvieran a solas con ella que me siento en la obligación de alertarla. Yo no quiero estar siempre pendiente de lo que sucede al otro lado de la calle, tengo mejores cosas que hacer, aunque por el momento no puedo evitar controlar esta situación.

Alondra me ladra de nuevo. Ahora tengo otro motivo para olvidarme de darle de comer, aunque en este caso me lo perdona porque parece haber conectado con la chica. De alguna manera, se las ingenió para que no pudiera ser indiferente ante sus ojos. Y, en parte, la comprendo. Tiene muchas virtudes, más allá de su belleza.

Después de unos días observándola en su rutina diaria, puedo decir que es una mujer muy práctica, nada coqueta. Durante todo este tiempo ha llevado el cabello recogido o tapado con un pañuelo, es también una buena forma de no llamar más la atención, algo que

le agradezco. Muy de vez en cuando la he visto delante de un espejo, y, cuando lo ha hecho, apenas ha reparado en su rostro. No es que yo sea un chismoso, pero retirar las cortinas de toda la casa para lavarlas es casi una invitación para ver en el interior. Allí la he descubierto con la mirada perdida, no atenta al reflejo de su imagen. Puede que reserve esos breves instantes de aseo personal para pensar en su difunto esposo.

Reconozco esa melancolía. Se puede espolear el pasado durante el día, pero las noches son más difíciles de superar, algunos recuerdos acechan en la penumbra y se meten bajo la piel.

Debe de haber sido duro para una chica tan joven perder a su esposo, es un dolor agudo que cuesta superar, como si te amputaran un brazo. Lo que no entiendo es cómo su marido le permitió licenciarse, debe de ser que llevo demasiado tiempo en este lado del país…

Lo cierto es que es una chica bastante independiente, no parece una viuda normal, me ha sorprendido no solo verla limpiando, también pintando o dando martillazos. No dudo de que ha tenido servicio, pues sus modales son exquisitos y su lenguaje más que correcto, pero no le ha importado nada hacer todas esas tareas sola y sin descanso hasta lograr que estuviera la consulta como ella quería. Es trabajadora, muy trabajadora, constante, disciplinada. Toda una delicia de muchacha. Cualquier vaquero de por aquí se la llevaría directamente a su rancho de saber esto, lo harían incluso si llevase un trapo tapándole la cabeza.

Eso es lo que me pone nervioso. Temo que pronto esa sonrisa que regala a cualquiera desaparezca. Siento como una premonición:

«Le van a hacer daño…».

Ella no lo sabe aún, pero los vecinos de Four Steps pueden llegar a ser muy crueles si se lo proponen. Más vale que no le toquen ni un pelo, pues, de lo contrario, se las verán conmigo.

Malarke, que es más agradable que yo para conversar… y para todo lo demás, para qué engañarnos, dice que la doctora no habla de otra cosa que no sea la prevención y la higiene. Quiere hacer una reunión con toda la comunidad para presentarse oficialmente y explicar mejor esos conceptos. Le ha sugerido que hagamos cosas

ridículas, como bañarnos al menos una vez a la semana. Pero no en el río, sino en una bañera con agua caliente y jabón. ¡Pero qué derroche, qué trabajo más inútil! ¿De qué serviría? ¿Acaso eso nos alejaría de la muerte?

De pronto veo cruzar delante de mis ojos a la señorita Sharon, la joven que se encarga del único restaurante de la ciudad. Se acerca a la consulta de la doctora por la calle de atrás, no sin antes comprobar que nadie la está mirando. Su rostro ha perdido todo el color y su cuerpo está en tensión. Parece asustada. Todos sus movimientos me hacen sospechar, así que me asomo más a la ventana para tener una mejor visión de todo lo que está sucediendo enfrente de mí. La joven entra con sigilo y es ella misma la que cierra la puerta a sus espaldas. Espero a que salga y, cuando lo hace, casi media hora más tarde, la confusión ensombrece su rostro.

Pienso en lo que acabo de ver y mi cabeza empieza a divagar, sé que algo ha sucedido en esa desgraciada familia.

«¿Qué le pasará ahora?».

No hace ni un año que su madre murió de tifus, dejándola sola al frente de ese restaurante donde también se ofrece hospedaje. Y digo sola porque, aunque todavía vive su padre, todos sabemos que lo único que hace ese mastuerzo es gritarle a su hija como si estuviera sorda sin mover un solo músculo, solo dándole a la botella.

No tengo dudas de que ha sido una mala idea aceptar el trato de esta doctora. Creo que no va a salir nada bueno con su presencia. Es como si oliese los problemas acechándola, se están acercando a toda prisa y sé que al final, quiera o no, me salpicarán a mí.

«¡Bah, mujeres! Cómo las odio, maldita sea».

Capítulo 5

Primer paciente

Miro a través de la ventana y observo al *sheriff* dándole instrucciones a su ayudante. Reconozco su voz autoritaria, sus andares seguros y sus gestos decididos mientras está repasando con Malarke todos sus quehaceres antes de salir. Parece no fiarse mucho de dejarlo a solas, lo trata como si fuera un niño pequeño, preguntándole por tercera vez las mismas cosas.

Sonrío al ver cómo farfulla cuando se le cae algo de una alforja del caballo, Malarke la recoge del suelo servicial mientras el *sheriff* apenas suelta un gruñido como agradecimiento. A mí me parece que ese hombre siempre está malhumorado, pero, según Louis, no es un mal jefe.

Se sube a su caballo con una apostura que yo jamás conseguiría ni intentándolo mil veces, y con un leve movimiento de cabeza, al que ya me he acostumbrado, se despide de su ayudante. Dewey Morrison apenas habla, pero todo su cuerpo dicta sentencia cuando se va.

Durante una fracción de segundo, diría que es capaz de verme a través del cristal. Nuestras miradas se cruzan y me siento aterrorizada por la idea de haber sido descubierta espiándolo todo este tiempo. Entonces Alondra ladra a su costado y me despierta de mi ensueño. Lo veo alejarse cabalgando y, cuando ya le ha dado un generoso tramo de distancia, su perra corre detrás de él perdiéndose en el horizonte como su amo y levantando una nube de polvo a su paso.

He comprobado que esa es la forma que tiene Alondra de despedirse. Es su ritual. Después vuelve meneando la cola y con alguna nueva presa en la boca. Debe de ser cierto eso de que siempre se le olvida darle de comer, pero ella es tan salvaje como su amo y encuentra fácilmente algo para cazar.

Lo observo todo desde la silla de mi escritorio, ese que me impresionó tanto cuando entré en la consulta. Es tan cómoda como parecía, pero no esperaba tener tanto tiempo libre para poder sentarme en ella. Para no caer en la desesperación, he decidido escribir una carta a mi hermana, pero llevo más de una hora aquí y apenas he avanzado unas palabras. El resto del tiempo me he dedicado a vigilar a mi vecino, el simpático y enigmático *sheriff* de esta ciudad. Tengo que decir en mi defensa que, gracias a él, mirar por la ventana tiene un nuevo aliciente, ya que su comportamiento es de lo más curioso. Sobre todo porque apenas interacciona con nadie, solo parece comunicarse con su ayudante con leves movimientos de cabeza y monosílabos ininteligibles.

Una vez que la imagen del *sheriff* Morrison ha desaparecido del paisaje que tengo frente a mi ventana, me obligo a volver a la realidad. Ya no puedo demorarme más, debo contarle a Charlotte todo lo que ha sucedido hasta el momento. Pero no sé si es buena idea ser sincera del todo llegados a este punto de la historia. Ella tenía tantas esperanzas como yo de que consiguiera una consulta en el Oeste, como así ha pasado, pero quizá debería obviar el hecho de que parece que nadie en Four Steps necesita un médico.

Sé que debo enviarle noticias mías, de lo contrario empezará a preocuparse y, sabiendo cómo es ella, es capaz de enviar al señor Ballard para buscarme. ¡Pobre abogado! Moriría del susto si supiera que la gente en este sitio ni siquiera sabe lo que es un cepillo de dientes, y mucho menos utilizarlo.

Suspiro con un nudo de angustia que me llena por completo el estómago. Desde que vino a mi consulta la señorita Sharon, no he podido probar bocado. Por eso tampoco he vuelto a su restaurante. Creo que no lo merezco. El Señor me ha enviado mi primera prueba con este caso, ella es mi primera paciente y aún no sé cómo tratarla.

«Querida Mary Jane, ¿no querías tener una consulta propia? ¡Pues toma mazazo de realidad!».

Me niego a practicar un aborto. No quiero que la primera maldita cosa que haga como doctora en esta ciudad sea matar a alguien, aunque ni siquiera haya nacido. Por muy bien que me pague, o por muy agradecida que vaya a estar conmigo la muchacha,

asegurándome que hablará con el alcalde Henderson para que prolongue mi contrato por un año entero.

Yo no crucé un país entero para hacer esto. No estudié medicina para quitar una vida. Entiendo su postura. Sharon apenas tiene dieciséis años, todavía es una niña, ¡por el amor de Dios! A su edad, yo todavía jugaba con muñecas y trataba de ser feliz junto a mi padre y mi hermana pequeña. Pero, a pesar de todas mis desgracias, ninguna es comparable con vivir aquí, donde un forastero te puede forzar y levantarte las faldas mientras en la otra habitación tu padre se emborracha con su mejor amigo. Y, encima, la muchacha tiene razón al predecir que no habrá misericordia para ella en Four Steps. Si el resto de mujeres de la comunidad se enteran de que está embarazada, terminarán despreciándola y diciéndole cosas horribles como que la culpa es de ella por haberse abierto de piernas delante de un completo desconocido. Las he oído conversar a mis espaldas y dicen barbaridades, son aún peores que las arpías de los bailes de Nueva York. ¿Qué no dirán de ella cuando esto se sepa?

Las lágrimas no tardan en resbalar por mis mejillas. Todo se me hace muy cuesta arriba. Cada día soy más consciente de lo loca que estuve al venirme aquí completamente sola y, por otro lado, de la suerte que tuve durante el viaje. Puede que mi padre esté cuidando de mi alma allí arriba en el cielo, pero, si ahora mismo me está viendo, espero que no se sienta mal por verme flaquear.

«No es que esté arrepentida, papá. Solo tengo miedo a no estar a la altura de lo que me espera. Quiero hacerlo bien, que te sientas orgulloso de mí, pero a veces el límite entre el bien y el mal es muy fino».

Parece irrisorio pensar que lo único que me tranquiliza ahora es saber que estoy frente a la oficina del *sheriff*. Aunque él precisamente no es la persona con quien más haya hablado en estos días. Sin embargo, tenerlo cerca me da tranquilidad. Su sola presencia, aunque sea a lo lejos, o su voz en la distancia dándole órdenes a Malarke apacigua mi desasosiego. Es bastante chocante que, en medio de este territorio hostil, él —que, señalo de forma

reiterada, no es ningún modelo de cordialidad— me resulte agradable.

«Quizá porque no hay maldad alguna en él, no como en el caso de las mujeres que me han visitado».

La señorita Sharon dice que el *sheriff* estaba fuera de la ciudad aquella fatídica tarde de su ataque. Cree incluso que el criminal se atrevió a hacer lo que hizo porque sabía que después no habría represalias de forma inmediata, ya que el *sheriff* Morrison tardaría días en volver a Four Steps. Si no, asegura, no hubiera permitido algo así.

—Tiene buen ojo para los forasteros —asegura Sharon.

Al parecer, su capacidad para implantar el orden ha sido el revulsivo necesario para echar a una decena de delincuentes que merodeaban la zona. Con esta idea en la cabeza, consigo dejar a un lado mis problemas y decido comenzar a escribir una carta lo más sincera posible a mi hermana pequeña. Sé que Charlotte la analizará desde todos los ángulos, así que no puedo dejar de ser yo misma. Si no, estaré perdida.

Four Steps, Oklahoma
18 de noviembre de 1860

Querida Charlotte:

Espero que al recibir estas líneas te encuentres bien y en paz. Siento no haber podido escribirte antes, pero mis primeros días aquí han sido agitados y desafiantes. Esta tierra es dura, hermana. El polvo parece no descansar nunca y el viento arrastra la tristeza que trajo consigo la muerte de papá.

Llevarás semanas esperando noticias mías, soy una pésima hermana, lo siento. Prometo no demorarme más en lo sucesivo y que, gracias al nuevo ferrocarril, mis cartas te lleguen a casa mucho antes de lo esperado —ya te adelanto que es una maravilla, y en cuanto la línea esté acabada, seguro se convierte en el nuevo método de transporte del futuro. Según me han dicho, tardará unos cuantos años más en llegar a California, tendremos que esperar—.

El viaje se me hizo eterno, pero creo que fue porque estaba deseando llegar. Apenas podía dormir de lo nerviosa que estaba, y creo que todavía lo estoy un poco. Durante el trayecto conocí a un montón de gente extraña y pintoresca que me fue ayudando a situarme en mi nuevo escenario. Me robaron, presencié un tiroteo y me di cuenta de que, quizá, lo que más le gustaba a papá de estas tierras salvajes era la posibilidad de que en ellas te pueda ocurrir cualquier cosa, por muy increíble que parezca.

Pero vayamos por partes. Seguro que querrás que te describa la ciudad donde ahora estoy viviendo con todo detalle, al igual que te encantará saber que estoy alojada en mi propia consulta.

¡Sí, Charlotte! Lo he conseguido. Por fin puedo ver una placa con mi nombre. Y todas las mañanas mirarla es lo primero que hago para recordarme lo mucho que ha merecido la pena todo el sacrificio que llevo a mis espaldas.

Es cierto que Four Steps es tan pequeña y encantadora como nos la imaginábamos, aunque existen diferencias significativas con la ciudad que teníamos en mente. Por un lado, está la luz, que entra a raudales por las ventanas de todas las estancias. Apenas hay edificaciones, así que durante el día la claridad es una de las grandes protagonistas de este escenario. La gente suele usar un sombrero de ala ancha y su piel es más morena, incluso las mujeres. Los ancianos tienen el rostro plagado de arrugas, resultado de la sequedad del ambiente.

Por otro lado, las casas son mucho más pequeñas que las del este, algunos cuartos parecen de juguete, pues a menudo la única forma de calefacción es el calor del hogar. Ninguna de las viviendas que he visitado tiene retrete en su interior, ya que todavía no se ha acondicionado una red de alcantarillado como la que conocemos en Nueva York, así que para asearse utilizan menos agua que un gato al lamer. La tina donde se lava la ropa, por ejemplo, es a menudo el mismo recipiente donde se cuece la comida, pues normalmente son muy escasos los artículos de menaje. Lo de tomarse un baño —algo para ti sagrado— solo lo hacen cuando es estrictamente necesario, como el día de su boda o cosas así, ya que el agua es un bien muy escaso. Cada casa suele tener un pozo, pero a menudo estos se

secan o el agua que sale de ellos no es potable. Tanto hombres como mujeres suelen ir vestidos con tejidos de lana, por ser un tejido resistente y duradero, aunque, cuando suben las temperaturas, los hacen sudar en exceso. ¡Como verás, todo un paraíso para mis fosas nasales!

Por otro lado, conforme atravesaba estados, he escuchado todo tipo de opiniones políticas. No te preocupes, hermana, me he mantenido al margen de hacer cualquier comentario. —Para muchos hombres sería impensable que una mujer tuviera algo que aportar en ese punto o que fuera capaz de defender una opinión verbalmente—. Las ideas de ruptura y secesión son cada vez más fuertes a este lado del continente; en algunas ciudades, el descontento popular es casi virulento, ya que muchos terratenientes se arruinarían de tener que dejar libres a sus hombres, de modo que no están de acuerdo con algunas decisiones que toma el Estado y abrazan con fuerza la idea de una guerra como un acto definitivo y necesario. En algunos sitios, se están acumulando armas y suministros, y sé que tu marido me odiará si escribo esto, pero la idea de una guerra se hace cada vez más fuerte conforme te alejas del este.

Creo sinceramente que es un error permanecer atrapados en la idea de que todo se resolverá sin violencia. Cuando pones un pie en estas tierras te das cuenta de que eso es imposible, por aquí es muy normal que cualquier problema se resuelva con un par de tiros.

Por otro lado, y para mi sorpresa, no he visto ningún indio como los que escribía papá en sus diarios, aunque sí esclavos de color. Se pueden ver trabajando en los campos y en los laterales de las vías del ferrocarril. A menudo no solo hay adultos, también niños. Algo totalmente despreciable, pero que para la gente de por aquí pasa inadvertido porque han nacido y crecido viendo eso.

En resumen, puedo decir que está siendo una experiencia de lo más enriquecedora. Y tranquila, estoy haciendo un verdadero esfuerzo para resultar lo más encantadora posible y que todos me conozcan como la gran profesional que soy. No me encierro en mi consulta a leer libros de anatomía, como cuando estaba estudiando y tú me pedías que te acompañase a un baile. Aunque a veces me

encantaría hacerlo, ya que no siempre las conversaciones vecinales son tan amistosas como desearía.

Sabes muy bien que estoy acostumbrada a tener que lidiar con la incredulidad masculina, pero lo que no esperaba es que también las mujeres dudasen de mí. Muchas me han tomado por una enfermera con aires de grandeza y me han estado haciendo preguntas tan ofensivas como las miradas de algunos hombres. Creen que venir aquí ha sido mi única alternativa después de quedarme viuda. ¡Ah, sí! Porque esa es otra. Todos han pensado al verme guardar el luto por padre que había fallecido mi esposo, porque al parecer soy demasiado mayor para permanecer soltera —coincidiendo con lo que opinan tus amigas de mí, ¿tendría que empezar a preocuparme?, ¿seré tan anciana como todos dicen?—. De modo que no he desmentido ese error porque así me mantengo al margen de posibles situaciones embarazosas. Ya sabes, cortejos inconvenientes, pretendientes pesados y aburridas conversaciones sin sentido sobre el tiempo o la comida.

No es que esté volviendo a las andadas, que no. Pero es que aquí tampoco he encontrado a nadie que me interese tanto como para olvidarme de mi objetivo: ser médica. Sabes que ejercer ha sido siempre mi sueño y será muy difícil encontrar a alguien que me haga cambiar de idea.

En este punto tengo que parar y alzar la mirada al escuchar el ladrido de Alondra. Su presencia es algo que me hace sonreír, pues ella sí que me ha acogido con toda la amabilidad que una mascota puede ofrecer. Ese hecho es algo que ni su amo puede entender, ya que a menudo aparece frente a mi puerta pidiendo con su mirada que juegue un poco con ella, o me deja una liebre o un pájaro que ha cazado como muestra de su afecto indiscutible. Un gesto tan simple que me hace apreciarla aún más, aunque después tenga que deshacerme del cadáver.

Sin darme cuenta, me distraigo pensando en alguno de esos momentos. En cómo el *sheriff*, al verme acariciando a su perra, ha dejado de llamarla para que acudiera a su lado. Como si pudiera entender de manera tácita que necesito esa pizca de cariño que me

ofrece su mascota en estos días tan difíciles para mí. A veces, me sorprendo recordando esa mirada intensa que me taladra y me hace apartar la vista de inmediato; es como si estudiara mi estado de ánimo. Pero eso es ridículo, ¿no?

«¿Acaso puede intuir cómo me siento?».

Un hombre no puede ser tan empático, mucho menos un tipo como él, que parece pasar de todo y de todos. Sé que me observa a través de su ventana porque está preocupado, no le gusta que me haya instalado aquí sola, ya que no puede protegerme en la distancia. Entonces las palabras de la señorita Sharon atraviesan de nuevo mis pensamientos, y vuelvo a recordar la situación en la que me encuentro.

Con este nuevo impulso, continúo escribiendo a mi hermana un poco más:

Se plantea ante mí un reto interesante en esta ciudad: no solo tengo que ser aceptada por esta comunidad —algo hermética y costumbrista—, también tengo que madurar como persona, como profesional. Puede que mi decisión no sea la correcta, pero nunca aprenderé si no me equivoco, ¿verdad?

Seguramente acabas de perderte y no sabes de lo que estoy hablando. Lo único que puedo decirte es que no me meteré en problemas, ni tampoco tengo pensado hacerme pistolera, aunque la idea me resulte bastante atractiva.

Y ahora, como ejemplo de mis sacrificios diarios para incluirme en esta comunidad, te diré que precisamente mañana iré al oficio de los domingos. Allí intentaré hablar con el reverendo, necesito que me ayude a concienciar a la gente sobre la salubridad de sus hábitos diarios, aunque para eso deba mostrar de nuevo mi título firmado y sellado.

Te tengo que dejar, con cierto entusiasmo te diré que se acerca un nuevo paciente. En este caso es un niño de apenas cinco años y tiene toda la pinta de haberse dado un buen golpe al caer del árbol por el que estaba trepando. Así que, descuida, tu hermanita sobrevivirá a pesar de las dificultades. Los primeros pasos son siempre los más costosos. ¿No es eso lo que nos decía papá?

Además, aún no te lo he dicho, pero vivo frente a la oficina del sheriff. *¿Qué mal podría pasarme?*

Un beso,
M. Jane

Capítulo 6

Salmo responsorial

Me va a salir un sarpullido. Esa mujer endiablada, la criatura más alocada que ha existido sobre la faz de la tierra, ha tenido que ir a parar frente a mi oficina y no tiene otra cosa en mente que crispar mis nervios con sus estúpidas ideas.

El otro día apareció en la iglesia vestida de luto riguroso —como ya nos tiene acostumbrados— y una dulce sonrisa en su rostro inocente. Enseguida la señorita Sharon y el anciano señor Miller le hicieron sitio en su banco. Por un momento, al verla allí sentada, pensé que todos mis miedos eran infundados y que pronto lograría integrarse sin problemas como un miembro más de esta comunidad. Sin embargo, ella venía allí con un objetivo concreto, que no era otro que el de cavar su propia tumba.

Al finalizar la misa, el reverendo le dio paso, algo que provocó un silencio sepulcral en la iglesia, ya que estaba dándole un gran voto de confianza dejándole que hablase a sus feligreses. Pronto percibí el descontento del alcalde Henderson en su rostro, al igual que el de muchos otros hombres. No están acostumbrados a que una mujer tenga voz en una reunión y les diga lo que tienen que hacer, haciéndolos sentirse como niños aleccionados. Podría haber sido menos directa, más cordial. Tenía la mejor oportunidad para lograr el favor de ese público y, sin embargo, despertó la animadversión de la gran mayoría con sus estrafalarios mensajes sobre la importancia de lavarse las manos o evitar los alimentos que no están bien curados.

Casi siento el impulso de echarme las manos a la cabeza, sabía que no conseguiría nada con sus palabras científicas, ese lenguaje es demasiado culto para muchos de por aquí y solo consigue alejarla de su audiencia. Solo algunas mujeres le prestaron atención cuando mencionó que sería un buen método para evitar enfermedades en sus hijos, pero cuando sus maridos abandonaron el recinto como protesta, ellas tuvieron que seguirlos sin más remedio.

—Mi querida doctora, creo que aún no estamos preparados para tantas verdades —se disculpó el reverendo compadeciéndose de ella tras comprobar que la iglesia se había quedado casi vacía. Y digo casi, porque yo estaba oculto entre las sombras. Siendo testigo de su vulnerabilidad, pues mostraba sin ambages su rostro alicaído.

No acertaba a entender qué pasaba por su cabeza. Así no podía continuar esta mujer. Se creía con derecho de alzar la voz frente a un auditorio, ni siquiera tenía la suspicacia de utilizar al alcalde o algún otro hombre para que abanderara sus palabras. Sola jamás sería tomada en serio por alguien de estas tierras. Su forma de pensar era demasiado moderna para un lugar como este, y eso era precisamente lo que hacía que todos estuvieran en contra de ella. Su presencia era una abominación, como dejar un lindo corderito rodeado por una manada de lobos. Para mí, pura dinamita que iba a explotar frente a mi oficina de un momento a otro.

Al pasar a mi altura, sus ojos se desviaron un segundo hacia el lugar donde me encontraba. Creo que el hecho de verme allí la hizo sentirse aún más derrotada, porque percibí el dolor de su rechazo, la frustración de no poder llegar a esas personas a las que pretendía ayudar.

—Malarke no ha venido, doctora. Pero, si no le importa, me gustaría acompañarla hasta su casa —anuncié avanzando un par de pasos hasta descubrir mi rostro.

Era consciente de que no estaba del todo a gusto en mi presencia, ya que su cuerpo se puso rígido nada más oír mi invitación, pero en esos momentos yo era mejor que saborear el fracaso en soledad. Me enterneció su rostro afligido, haciendo verdaderos esfuerzos para no salir corriendo como una niña pequeña después de aquel instante vergonzoso, y tuve que hacer acopio de mi fuerza de voluntad para no estrecharla entre mis brazos. Algo que hasta a mí mismo me sorprendió.

—Está bien, *sheriff* Morrison. Puede que me estén esperando allí fuera para tirarme tomates y entonces tendrá que defenderme de esos disparos —respondió con un inesperado sentido del humor, consiguiendo así apartar la humedad de sus ojos.

Sonreí. Me di cuenta entonces de que era una chica dura, que no permitía que la tristeza ahondara en su corazón, y comprender eso hizo que mi cuerpo se adelantara para ofrecerle el brazo. Llevaba años sin hacer algo así y, a decir verdad, me creía totalmente incapaz de volver a tener un gesto de caballerosidad con ninguna otra mujer. Y, sin embargo, con ella, con esa doctora del este que para algunos debía de estar un tanto loca, no había tenido ni que pensarlo dos veces. Mi cuerpo me estaba traicionando.

«¿Por qué?».

Supongo que no estaba acostumbrado a que la víctima de la desconsideración de estas gentes fuera otra persona, yo siempre había sido la diana de su desprecio.

—Alondra puede ser muy persuasiva cuando quiere, doctora. Descuide, si alguien la espera fuera, tendrá que ser con un buen ramo de flores —dije, para tratar de animarla un poco, y sus labios respondieron dibujando una tímida sonrisa mientras se asía a mi brazo, algo que me sirvió como aliciente para posar mi mano sobre la suya a modo de consuelo.

Salimos al exterior. Como siempre, la luz del sol nos cegó durante unos segundos, y, cuando pudimos ver algo, estaban alejándose las últimas carretas. Entre la maleza, mi perro nos ladró un par de veces para saludarnos moviendo el rabo animadamente y, después, volvió a ocultarse entre los arbustos para seguir buscando algún rastro. Ese paraje junto a la pradera era ideal para hacer un pícnic, pero las temperaturas en esta fría mañana no acompañaban, por eso todos los vecinos habían vuelto rápidamente a sus casas.

—He venido andando. —Su voz fue un murmullo y tras esa frase pareció empequeñecer a mi lado. Me fijé en ella, en sus mejillas arreboladas, tan sonrojadas como su nariz. Pero algo me decía que, en este caso, no era por causa del frío. ¿Mi querida doctora sentía vergüenza? Sí, puede que estuviese avergonzada al verse junto a mí, cogida a mi brazo, y por eso lo apartó enseguida de manera disimulada.

Tragué saliva. Sabía que mi compañía no era tan agradable como la de los jóvenes que habían estado visitándola estos días, pero

ahora ninguno de ellos estaba allí y yo estaba decidido a no dejarla sola. No en este momento tan difícil de asimilar para ella.

El reverendo cerró las puertas de la iglesia a nuestras espaldas después de despedirse de nosotros y sugerirme, de forma disimulada, que fuera un buen vecino de esta *amable* comunidad y la llevase de vuelta a casa. Ella parpadeó como respuesta, poniéndose aún más roja si eso era posible. Fui hasta mi montura sin decir nada, mientras ella siguió mis pasos por pura inercia sin levantar la mirada. Al parecer, sus pies eran de lo más interesante.

—¿Dónde va a comer? ¿Quiere que la lleve al restaurante de la señorita Sharon? —pregunté sabiendo que hacía días que prefería no hacerlo.

—No, no se moleste. Me quedaré en la consulta —respondió en voz baja mientras jugaba con los flecos de su falda, postergando el momento de subir a mi montura. Creo que estaba intentando encontrar las palabras exactas para negarse a acompañarme.

—Sí, entiendo, últimamente ha estado usted muy ocupada. —Mi pequeña broma hizo que levantara por fin la vista del suelo.

—¿Se está riendo usted de mí?

Abrió sus grandes ojos verdes y ese gesto contrariado me hizo reír a carcajadas de forma sincera, invitándome a hacer lo que me atreví a continuación.

—¡Oh, por favor! No me haga suplicarle. Vayámonos de aquí, *Doc* —exclamé con una inesperada familiaridad, cogiéndola por la cintura con rapidez y subiéndola a Golden, un noble alazán que aceptó aquel peso ligero sin esfuerzo.

Ella soltó un gritito de sorpresa cuando sus pequeñas manos se pusieron sobre las mías al elevarla del suelo. No lo esperaba, pero yo tampoco. Nunca habría imaginado que algo tan estúpido como esa pequeña broma que me aventuré a hacer tocara de algún modo mis recuerdos. Muchas sensaciones volvieron de repente. Yo quería animarla, hacerle olvidar el mal trago que acababa de pasar en la iglesia, pero, de algún modo, su presencia removía mi interior de forma poderosa. Pero eso no podía ser, porque Samantha —la única mujer que podía llamar amiga en este pueblo— me había gritado muchas noches que me había vuelto un insensible. Un ser inmune a

cualquier tipo de sentimiento, y me vanagloriaba de que así fuera, porque de ese modo jamás volvería a sufrir.

Entonces, ¿por qué mi corazón estaba latiendo de esa manera otra vez?

—No… no hace falta, yo… —Su voz se quebró con nuestro contacto y terminó por claudicar agarrándose al pomo de la silla de montar.

—Hace unos minutos no parecía tan tímida —dije mirándola de soslayo mientras me ponía el sombrero y subía junto a ella. Al apoyar mi pecho en su espalda para coger las riendas, ella se erizó de inmediato, pero la obligué a relajar su cuerpo con una mano en la cadera.

—Será mejor que… —balbuceó nerviosa.

—Cálmese, todavía no me he comido a nadie —susurré a la altura de su oído, sin ser consciente de que aquel gesto podría malinterpretarse. Mi cuerpo hacía y decía cosas que yo no estaba controlando, y empezaba a darme miedo lo que esa doctora provocaba en mí.

La doctora bajó la mirada y sus ojos se encontraron con la funda donde guardaba mi rifle. Esa visión le hizo comprender que no tenía ningún sentido discutir conmigo y, aunque no se permitía relajar la postura debido a mi cercanía, se mantuvo en silencio.

No estaba preparado ni para la suavidad de sus prendas ni para el agradable olor que desprendía su cabello rojizo, que bajo el sol lucía diferente. Era menuda y encajaba a la perfección en aquella silla, junto a mí. Esa intimidad tan inesperada me obligó a decir algo. Tenía que apartar de mi mente algunas ideas que se iban despertando después de años ignoradas, y todo por el tímido roce de su piel con la mía.

—Las semanas se agotan, debería empezar a cambiar su estrategia, doctora Walker —comenté sabiendo que no recibiría con agrado mi parecer—. Sería una pena que tuviese que abandonar la ciudad tan pronto.

—¿Eso es una amenaza? —quiso saber intentando girarse para ver mi rostro, aunque solo atisbó una leve sonrisa bajo el ala de mi

sombrero. Así supo que estaba bromeando con ella, algo que con ella resultaba tan fácil como divertido.

—Conmigo no tiene ningún problema, debería preocuparse por el resto. Por ahora, sus intentos de avanzar han sido tropiezos más que otra cosa.

—¿Acaso cree que no lo sé? ¡Me siento tan impotente! Para mi padre, hablar en público era fácil. La gente enseguida conectaba con él y le respetaban por las cosas que decía. Pero en absoluto he heredado su poder de convicción, parecen decididos a enfermar con tal de no hacerme caso.

—¿Su padre también era médico? —me sorprendí preguntando e interesándome por su respuesta.

—Profesor en la universidad. A él le hubiese encantado estar aquí y establecerse como un ciudadano más de esta comunidad, por eso decidí venir hasta Four Steps, para cumplir con su última voluntad. Tan solo espero que no haya visto desde el cielo el espectáculo horrible que he dado esta mañana, sería humillante para mí.

—Entonces…, es por él que guarda luto —comenté después de una pausa incómoda. Recordé aquella mirada triste frente al espejo y sentí alivio al pensar que su sufrimiento no había tenido nada que ver con el mío.

Ella se dio cuenta de que no había sido una pregunta, y quizá por eso decidió no continuar con aquella mentira. Conmigo no tenía sentido. Quizá por eso también empezó a relajar los músculos, apoyándose más en mí sin que yo la obligase a ello.

—Por favor, no se lo diga a nadie. Quedaría como una embustera, y eso no haría más que empeorar la imagen que tienen de mí. Solo lo hice porque…

—Porque así los hombres respetarían su duelo y no la molestarían durante un tiempo —corté su explicación tras entenderla al instante —. ¿Y por qué no vino vestida de monja? Eso habría sido aún más definitivo —bromeé para que sonriera—. Lo digo por chicos como Malarke o Dennis, ellos aún guardan esperanzas con respecto a usted.

—No es que no desee casarme, mi hermana lo está y dice ser muy feliz. También lo era mi padre, la muerte de mi madre supuso una

gran pérdida para él. Pero, sinceramente, no creo que Malarke o Dennis entendiesen algún día que realmente deseo ejercer la medicina, incluso por encima de ser madre o esposa.

Ambos guardamos silencio tras esas palabras y escuchamos las pisadas de Golden sobre la tierra rojiza; su paso era ligero, continuado, pero nos permitía reanudar la conversación sin necesidad de alzar nuestras voces.

—Cree que soy demasiado ambiciosa, ¿verdad? —preguntó sin mirarme al ver que no obtenía réplica alguna por mi parte—. Algunas personas en Nueva York creyeron que jamás podría conseguir mi propia consulta siendo mujer. Si les hubiese hecho caso, ahora no estaría aquí. Así que no voy a renunciar a mis sueños, por muy imposibles que parezcan. Debo seguir adelante con esto. Me lo debo a mí y a todas las mujeres que vendrán detrás, yo soy solo el principio de un futuro más próspero.

—Ojalá tenga razón —fue lo único que pude decir. Lamentablemente, era demasiado entusiasta y no podía evitar pensar que pronto ese brillo en su mirada se apagaría.

Mastiqué aquellas palabras que habían sido dichas con tanto sentimiento. Hasta entonces no me había encontrado con una mujer con las ideas tan claras como las de un hombre, y sabía que eso supondría una amenaza para muchos.

—¿Sabe por qué esta ciudad se llama Four Steps? —pregunté para intentar distraerla—. Porque cuatro fueron los pasos necesarios para quitar la vida de un hombre y separarlo de estas tierras. Fue hace años, mucho antes de que hubiesen expulsado a los indios de aquí. En tan solo cuatro pasos se decidió la suerte de dos hombres que se retaron en un duelo por un montón de arena. Uno murió y perdió todo por lo que había estado soñando; el otro se hizo el fundador de una ciudad, pero perdió a su mejor amigo.

—Vaya, qué historia tan triste.

—Tan solo le pido prudencia para mantener lo que ya ha conseguido, doctora. La felicidad puede ser efímera —aconsejé antes de parar, pues habíamos terminado nuestro recorrido mientras hablaba.

Ella se despidió y, sin dejarme que la ayudase, se deslizó con agilidad de la silla para bajar de mi montura.

Observé en silencio sus pasos hasta llegar a la consulta y, poco después, me sorprendí pensando que había sido una conversación agradable a pesar de su conclusión final. Algo que no me ayudaba en nada a descansar tranquilo.

Tiré de las riendas y giré en redondo a Golden. Comencé a trotar, pero pronto azucé al caballo para cabalgar un buen rato tan rápido como podían sus patas. Tenía que desprenderme como fuera de esa extraña sensación que estaba ahogándome de repente.

¿Pero qué me estaba pasando?

Capítulo 7

El pozo

Me siento algo deprimida después de lo sucedido en la iglesia, tanto que se me ha cerrado el estómago de por vida. Por eso he decidido subir pronto al primer piso de mi cabaña y meterme en la cama. Hoy no tengo ánimos ni para leer, tampoco me preocupa mucho que llamen a la puerta de la consulta porque sé que, otro día más, no tendré ningún paciente.

Permanezco tumbada en la cama mirando al techo tanto tiempo que he empezado a soñar despierta, imaginando lo que podría haber dicho en mi discurso para convencer a todas esas personas que ahora quieren verme muy lejos de aquí. En mi mente la jornada se habría desarrollado de otra manera, mucho más esplendorosa. Todos habrían terminado aplaudiéndome como le pasaba a mi padre en sus clases, y hasta la señora Harris me habría invitado a un café y a un trozo de su pastel de ciruelas.

«Nada que ver con la realidad».

Me duele un poco la barriga, y es porque llevo varios días sin comer un plato decente. Todavía no puedo volver al restaurante de la señorita Sharon. No hasta que pueda darle a su propietaria una respuesta convincente, una verdadera solución a su problema. Si echamos la vista atrás, desde que llegué aquí nada me ha salido como yo esperaba, ni siquiera esa extraña conversación que he tenido con el *sheriff* esta mañana.

«¿Ahora somos amigos?».

No podría confirmarlo con seguridad, pero creo que no le caigo tan mal como pensaba, ni tampoco está siempre de mal humor. Al menos, hoy se ha reído conmigo, y en varias ocasiones, además. Una de ellas para burlarse de mi *éxito* como médica en esta ciudad —cosa que no debería tolerar si quiero que me empiecen a tomar en serio—, pero se lo perdono porque sé que lo ha hecho para animarme.

Revivo el momento en el que nuestras manos han estado en contacto alrededor de mi cintura y reconozco, algo perpleja, que el sonido de su risa me ha enardecido. Normalmente no suelo reaccionar así ante la cercanía o la espontaneidad masculina. Después de haber estudiado en una universidad rodeada de hombres, más o menos galantes, he aprendido a mantener la distancia social suficiente para que no haya posibilidad alguna de interacción de algún tipo. Pero resulta que con el señor Morrison todo surgió de forma muy natural, casi novelesco. Su forma de cogerme, el calor súbito que he sentido al ocupar su montura junto a él, sus palabras acariciando mi pelo…

Doblo las piernas hacia arriba haciéndolas bailar a un lado y a otro mientras escucho de nuevo el sonido de su voz en mi cabeza, dejando que la camisola que me cubre las rodillas ruede por mis muslos hasta el estómago, mostrando la piel blanca de esa zona. Una imagen de lo más indecorosa, pero no creo que nadie pueda verme a través de las ventanas.

La pregunta llega entonces de manera inesperada a mi cabeza: «¿Existirá una señora Morrison?». Esa duda cruza mi mente como un relámpago en plena noche, alumbrando de manera fantasmagórica ese pedacito oscuro y desértico que parecía ser mi corazón. Un órgano vital al que han dedicado miles de libros, y que para mí sigue siendo un completo desconocido después de haberme licenciado en Medicina. A mis veintitrés años, he de confesar que nunca me he enamorado, ni siquiera de manera platónica, así que no entiendo muy bien qué es lo que me está sucediendo esta tarde. A qué se deben estas palpitaciones, la sonrisa que se dibuja en mi rostro solo con recordar la imagen del *sheriff*. Él es… es…

«¿En serio estamos buscando definir a ese hombre? Por todos los santos, Mary Jane».

Yo misma me avergüenzo de mis propios pensamientos. La primera vez que tuve delante al *sheriff* Morrison pensé que no era un hombre agradable de ver debido a su cicatriz, pero después de contemplarlo cuando me escuchaba esta mañana —mientras le hablaba sobre mi padre—, la forma de acunarme cuando estábamos sobre su caballo o la manera de adelantar su brazo para

acompañarme al exterior de la iglesia cuando sabía que no quería estar sola, me revelan que esa marca en su mejilla puede que le dé un aspecto salvaje y fiero, pero en absoluto es un hombre feo o repulsivo. De ninguna manera. Tras hablar con él, puedo decir con seguridad que tiene buenos modales y sabe cómo tratar a una mujer. Así que puedo considerarlo como un amigo, mejor dicho, el único que tengo por aquí. Como él bien ha mencionado, tanto Malarke como Dennis solo merodean por mi consulta con una clara intención. Desean algo que yo no les puedo ofrecer, ya que tengo claro que mi dedicación a la medicina será intensa y permanente. No la puedo considerar de otro modo. Es una profesión, no un *hobby*.

Rememoro nuestra conversación y concluyo que Dewey Morrison debe de ser un buen *sheriff*, porque ha conseguido que le confesara la realidad que escondía tras mi luto, algo que espero no trascienda. Dudo mucho sobre este asunto, ¿será capaz de mantener el secreto? Se supone que lo eligieron por ser un modelo de conducta, ¿no? ¿O fue solo porque cazaba búfalos? Cualquiera que fuese el motivo de su elección, acertaron de pleno con él. Ha conseguido hacer de Four Steps un lugar tranquilo. Algo que es evidente que le preocupa y desea que continúe siendo así mucho tiempo.

Llegados a este punto, puede que, por eso, después de ver la catástrofe que provoqué en la iglesia, no le quedase más alternativa que llevarme a casa antes de que a alguien se le ocurriera lincharme o apedrearme como si fuera una hereje.

Inspiro hondo. Cada vez tengo más claro que solo me quedan un par de semanas aquí, como él bien me dijo, pero, antes de irme, me gustaría hablar con las chicas del salón de Samantha Loom. Sé que visitar un burdel no es la mejor manera de limpiar mi nombre, pero creo que puedo hacer mucho por ellas sanitariamente hablando, claro.

Sonrío ante las perspectivas de esa nueva amistad, pero no sirve de nada mentirse: mis días como doctora en Four Steps están contados.

En algún momento de la noche, con el ceño fruncido y las mejillas húmedas de haber llorado por reconocerme a mí misma haber sido muy tonta y confiada, me quedo dormida pensando en mis

siguientes pasos para ayudar en lo que pueda a los habitantes de esta ciudad. Sin embargo, está claro que no es mi día —ni mi noche —, porque de repente me despierto asustada:

«¡He oído algo en el piso de abajo!».

Permanezco en alerta. El silencio se prolonga en la estancia, así que me maldigo por haberme dejado el revólver de mi padre en el piso inferior. Descalza, salgo de la cama a regañadientes. Me digo a mí misma que soy muy tonta por asustarme como una niña por un ruido de nada, y me dispongo a bajar los escalones para comprobar que he dejado todas las puertas y ventanas cerradas.

Todavía la casa es nueva y algunos ruidos me son ajenos. Oigo el crujir de la madera bajo mis pies, y eso me ayuda a relajarme. La luz del quinqué de aceite dibuja sombras chinescas sobre las paredes y despierta mis fantasías más terroríficas, pero sonrío ante mi estupidez.

«¡Tranquila, Mary Jane, todo son imaginaciones tuyas!».

De pronto, cuando llego al piso de abajo —el que he destinado para ser mi consulta—, identifico claramente el sonido de unas pisadas bruscas y desafiantes avanzando hacia mí.

«¡Dios mío, no puede ser! Han entrado en mi casa».

Giro hacia la entrada para alejarme en silencio y descubro que han roto el cristal de una de las ventanas. Han conseguido entrar por ahí. Siento cómo la punta afilada de un trozo de cristal entra en la planta de mi pie y, a pesar del dolor, intento seguir andando para huir. De pronto, me topo con una figura oscura que me parece inmensa, un hombre que me hace elevar el rostro para poder ver sus ojos.

Muy asustada, y con el pulso acelerado, giro sobre mí misma y decido correr hacia el otro extremo de la casa para pedir auxilio por la ventana de atrás, pero, antes de llegar, una mano grande y fuerte me coge de la cintura levantándome en peso, y con la otra me tapa la boca para evitar que grite.

Quiero chillar, desgañitarme, pero solo se escuchan mis esfuerzos inútiles como gemidos sordos y su respiración forzada. Sé que el *sheriff* está al otro lado de la calle, veo luz en las ventanas de su oficina, pero con un trapo me cubren la boca para callarme.

—¡No, por favor! —Tengo tanto miedo que apenas me sale la voz. Estoy vestida con un simple camisón y voy descalza, estoy sangrando por el cristal que me he clavado en el pie, y aun así intento dar patadas y puñetazos al hombre que me tiene cogida.

Es un gigante enorme que huele a cerveza y sudor.

—¡Maldita perra! —Me sacude cuando acierto a darle en el costado. Quería golpearle más abajo, pero no he podido llegar a sus partes íntimas porque él tiene todo el control sobre mi cuerpo. Es el doble de grande que yo.

El golpe me aturde bastante, hasta el punto que dejo de oír y ver, pero el frío en el cuerpo me dice que hemos salido fuera. Me lleva en volandas, mi peso no debe de suponerle ningún esfuerzo porque siento el balanceo de mi propio cuerpo como si fuera de una hoja de papel. Incluso en ese momento de seminconsciencia, quiero llamar al *sheriff*. Sé que va a hacer conmigo algo horrible, semejante a lo que le pasó a la pequeña Sharon, y me doy cuenta de que no tenía nada por lo que llorar realmente hasta hace unas horas.

«Qué estúpida».

Los pasos del hombre que me lleva como si fuera un saco de patatas sobre su hombro cesan de repente, no hemos avanzado mucho, así que debo de estar cerca de casa. Pestañeo para discernir lo que tengo delante de mis ojos, cuando de repente siento como me arrojan al vacío y caigo sin poder agarrarme a nada, porque las paredes que hay a mi alrededor están húmedas y son de tierra y piedras.

«¡Estoy en un pozo!».

Acaban de tirarme al pozo vacío que hay en la parte trasera de mi casa y el golpe con el fondo, esta vez mucho más fuerte, me deja —ahora sí— totalmente inconsciente. La noche empieza a refrescar, pero allí abajo mi cuerpo comienza a mojarse por las aguas de las lluvias acumuladas, mientras un pequeño hilo de sangre empieza a mancharme las sienes.

Capítulo 8

Tiene pulso

Alondra ladra nerviosa despertándome, no para de dar vueltas y oigo como rasca la puerta con sus garras para salir. Hace mucho que no la veía tan agitada.

Me incorporo con dificultad e intento no tambalearme demasiado para dejar que se marche fuera y me deje dormir tranquilo. La cabeza me estalla y mi boca sabe a rayos. No debí beberme aquella botella yo solo, pero los remordimientos no dejaron de atormentarme hasta bien pasada la madrugada.

Hacía mucho que no tenía una resaca así. El mismo tiempo que no me sentía tan desprotegido del terrorífico monstruo que es la soledad del duelo, y eso me hace verme como un completo desgraciado. No tengo derecho a volver a sonreír, y menos junto a una joven que llega a esta ciudad cargada de ilusiones y con el corazón intacto. Ya tiene bastante con los integrantes de esta odiosa comunidad, que miran a todo el que no sea como ellos por encima del hombro. Si supiera que en otra ciudad iba a estar mejor, yo mismo la ayudaría a hacer la mudanza. Pero dudo mucho que en otro sitio le dieran la oportunidad de ejercer como médica. Henderson se la dio en un arranque de generosidad porque acababa de sacarle esa maldita muela que llevaba días sin dejarle dormir. Y porque es bonita, rabiosamente bonita.

Ayer noche pudo comprobarlo otra vez…

«¿Cuándo diablos va a poner cortinas a esas malditas ventanas de su cuarto?».

Al menos aquí me tiene a mí, a alguien que la protege aunque sea en la distancia. Eso no sucedería en otra ciudad. Por eso me niego a pensar en el día en el que tenga que irse, aunque sé que por el momento su estancia aquí no ha sido muy agradable.

Alondra vuelve a entrar en casa y me ladra iracunda, castigándome con su mirada por seguir con un aspecto detestable.

Me muerde la manga de la camisa que llevo y, entre gruñidos y bufidos, tira de mí para que salga con ella al exterior.

—¿Qué pasa, bonita? —pregunto mientras intento zafarme de ella.

Empieza a hacer frío por las mañanas, el invierno está a la vuelta de la esquina. A lo lejos, las montañas ya están cubiertas de nieve, y siento en mi cuerpo que no tardará en llegar hasta aquí.

Alondra vuelve a ladrar desde el otro lado de la carretera.

—¡¿Pero qué demonios te ha picado hoy?! —grito un poco harto de que se crea con derecho a sermonearme, en lugar de ser simplemente mi mascota. Pero, a pesar de lo enfadado que estoy, cojo mi chaqueta y mi rifle, y me voy a ver lo que Alondra quiere enseñarme.

Un mal presentimiento cruza mi mente cuando nos acercamos a la consulta de la doctora y veo su puerta entreabierta. Me quedo paralizado cuando descubro el cristal de la ventana hecho pedazos. Mi paso, que hasta entonces era algo torpe y desacompasado, comienza a acelerarse al igual que los latidos de mi corazón para entrar en su casa y descubrir que está desierta. De pronto, ya no me separan varios metros de Alondra, sino que estoy casi encima de ella alentándola para que corra y me lleve hacia donde quiere que vaya. Ahora la he entendido por completo.

—Vamos, bonita. Búscala, busca a la doctora Walker —le digo palmeando su lomo, animándola a pesar de mi inquietud por la incertidumbre. En estos momentos agradezco el día en el que me regalaron a esta perra, porque sin ella estaría completamente ciego.

Algo dentro de mí quiere que me equivoque, que se haya ido a la tienda de la señora Harris y que vuelva sonriente dentro de unos segundos, pero sé que Alondra nunca falla, de modo que solo espero encontrarla con vida.

Llegamos a la parte trasera de su casa, sigue su rastro sin dilación, no levantando apenas el hocico del suelo, es como si supiera que el tiempo apremia. De repente, se sube al pozo vacío delante de mis ojos, asustándome al ver su expresión seria e indómita, como si fuera un puma en plena selva. Posa sus cuatro patas sobre el borde de piedra y empieza a ladrar hacia el interior.

—No, joder, no puede ser. —Corro hacia el pozo medio mareado y mis piernas flaquean al comprender que está allí dentro.

«¿Qué han hecho esos cabrones?».

Todavía no es mediodía, pero los rayos de sol se cuelan en la profunda oquedad sobre la que estamos Alondra y yo, e iluminan el cuerpo inmóvil de una mujer que se oculta entre las sombras.

—¡¡¡Doctora Walker!!! —chillo con todas mis fuerzas como un loco, y mi grito desesperado se amplifica en el interior del pozo. No recibo respuesta alguna, ni siquiera un gemido, tampoco hay movimiento que pueda apreciar, pero sé que está viva.

«¡Tiene que estarlo, por favor!».

—Alondra, avisa a Malarke. Tienes que venir aquí con él. ¿Me has entendido? Lo necesito para sacarla de este pozo —le explico a mi perra, pues sé que me entiende mejor que ningún hombre, aunque a veces sea un dueño miserable y la trate como si fuera un simple chucho.

El animal ladra y hace un gesto con la cabeza que podría definirse como de asentimiento, después la veo cruzar la carretera hacia mi oficina a gran velocidad. Aunque Louis no la entienda tan bien como yo, sabrá que algo ocurre y querrá salir a investigar como he hecho yo mismo hace un momento.

Mientras tanto, compruebo que la cuerda que cuelga del pozo sea tan resistente como para aguantar mi peso y el de la doctora. Debo descender para coger su cuerpo y, después, subirlo a la superficie.

«Necesito comprobar que respira. Que está viva».

Voy acercándome lentamente, ayudándome con las piernas y rozando la pared opuesta con mi espalda. La caída —porque se ve por la forma en la que descansan las extremidades que la han arrojado al vacío— ha debido de superar las siete yardas, la maldita longitud de este túnel.

Cuando llego hasta el cuerpo, la sangre sobre el algodón blanco de su camisón me llena de preocupación y no sé por dónde empezar. Está helada, húmeda, y la piel de los pies y de las manos tiene tonos violáceos.

—Hijos de puta —maldigo sin poder evitarlo. Pongo los dedos en su cuello, pero estoy tan nervioso que no noto nada—. ¡Joder! —

mascullo tratando de serenarme, cogiéndola entre mis brazos y advirtiendo que es un saco de huesos.

Vuelvo a intentarlo y, esta vez, aunque sea muy débil, noto por fin su pulso.

—¡Gracias a Dios! —grito aliviado.

Sé que, cuando la levante del suelo, le van a doler todos los huesos del cuerpo, pero tengo que sacarla de aquí para que un médico la examine. Al elevarme con ella en mis brazos, a pesar de intentar ser lo más delicado posible, ha emitido un sollozo.

—Lo siento, *Doc.* —Emito la disculpa muy cerca de su rostro, aunque sé que no va a escucharme—. Tranquila, ya estoy aquí.

Capítulo 9

Afortunada

Me despierta un olor nauseabundo y me cuesta abrir los ojos para comprobar qué es lo que huele así de mal. Siento una presión por detrás de las sienes, y es ese dolor intenso el que me devuelve a la realidad. De pronto, recuerdo todo lo sucedido antes de llegar a esta cama y me asusto al revivirlo.

«Por un momento, pensé que no sobreviviría».

Emito un leve gruñido al intentar mover las piernas por debajo de las sábanas, y entonces me doy cuenta de que no estoy sola. Distingo la figura de la jovencísima señorita Sharon a mi lado, mirándome algo preocupada.

—Buenas tardes —me dice con una gran sonrisa, aunque intuyo por su gesto forzado que mi rostro no debe de estar muy acorde con esa frase. El suyo, sin embargo, parece aún más redondo e infantil.

Quiero agradecerle su presencia, pero mi garganta no me deja, la tengo reseca y con un sabor extraño en la boca. Al comprender mi malestar, Sharon me acerca con rapidez un vaso con agua que hay en la mesilla de noche. Bebo como si me hubiera perdido en el desierto durante un mes, a pesar de que este líquido nunca será *agua* para mí, y después compruebo que, aunque el malestar no ha cesado del todo, ya puedo hablar.

—Gra… gracias —respondo con una voz que no reconozco.

—¡Oh! No es nada. El *sheriff* me pidió que la ayudase si se despertaba, ya que seguramente le va a ser difícil incorporarse. ¿Quiere que le prepare algo de comer?

Sharon sería una excelente enfermera, ya está acomodando almohadones detrás de mi espalda sin que yo le haya dicho nada.

—No hace falta. ¿Qué hora es?

—Las cuatro. Ha estado durmiendo todo el tiempo. Si tiene ganas de ir al baño, puedo acercarle este jarrito.

—Gracias, quizá más tarde. —Lo miro y respondo meneando la cabeza.

Su presencia me hace sentir terriblemente mal, porque llevo días evitándola y ella, sin embargo, se ha ofrecido para ayudarme en este momento. No sé si ha sido ella o el *sheriff* quien me ha sacado del pozo al que me arrojaron, ni si son ellos los que me han llevado hasta mi dormitorio, me han aseado y curado las heridas con una cataplasma que parece hecha con excrementos de mono. ¡Es eso lo que huele tan mal! Pero, aunque no hubiera hecho nada de eso, Sharon está aquí. Cuidando de mí. Y eso es mucho más de lo que yo he hecho por ella.

—Dígame, ¿cómo se encuentra? El *sheriff* me dijo que podría despertarse algo mareada, recibió un golpe muy fuerte en la cabeza —me confirma inclinándose hacia mí con una mirada cargada de compasión, y esas palabras me hacen revivir los momentos más angustiosos de la madrugada pasada. Cuando, aterida de frío, sin poder gritar, pensé que me reuniría con mi padre de forma tan terrible y repentina.

Me doy cuenta en ese instante de que he sobrevivido a todo eso, a una muerte segura gracias a alguien que se ha apiadado de mí, quizá el *sheriff* Morrison, y las lágrimas acuden a mis ojos como un torrente incontrolable mientras la barbilla no deja de temblarme.

Me intento tapar la cara con las manos para que la señorita Sharon no me vea en una situación tan vergonzosa, pero, como las llevo vendadas, se me hace imposible acercarme más a ese efluvio hediondo que llevo sobre mis heridas.

—¿Sabes qué es esto? —pregunto señalándome las vendas que están tintadas por algunas zonas de un tono terroso.

—Es medicina india. El doctor Holden, que vive en Black Stone, no estaba disponible hasta la semana que viene porque se había ido a ver a su hijo a Chicago, por eso el *sheriff* se vio obligado a hablar con un hombre de la reserva que hace de curandero. Ese viejo indio le facilitó un ungüento para aliviarle la inflamación y reducirle la infección. Él sabía que con esto se pondría mejor enseguida. Me dijo mientras se lo echaba que «cuanto peor huele, mejor es el efecto que tiene».

—Humm, eso espero, porque el olor es insoportable —murmuro apartando las manos lo más lejos que puedo y, tras unos segundos en silencio, vuelvo a indagar sobre el tema que la señorita Sharon me ha revelado—. ¿El *sheriff* tiene relación con alguna comunidad india?

Sharon asiente con la cabeza:

—Con los kiowas. Vivían en estas llanuras antes de que Four Steps se constituyera oficialmente como una ciudad. Sobrevivían gracias a la carne de búfalo y a recolectar verduras. Eran muy buenos criando caballos, y algunos los vendían para el ganado. Cuando el señor Morrison era joven, antes de hacerse *sheriff*, vivió con ellos durante un tiempo. En una de sus famosas cacerías, fue atacado por una manada de búfalos, de ese accidente solo queda esa fea cicatriz que le cruza la mejilla izquierda.

Me alegra que mi enfermera esté tan bien informada y que además sea así de locuaz, no tengo que insistir para que me cuente cosas sobre el *sheriff* y parece satisfecha por amenizarme la tarde. No me guarda ningún rencor, y eso es algo que me asombra, porque yo ni me dirigiría la palabra después de darle la espalda a su problema. Lo único que lamento es que no prolongue su discurso. Me gustaría que diese más detalles de su juventud, que concretase más qué fue lo que le sucedió. No quiero que malinterprete mi interés hacia la única persona de este pueblo que se ha preocupado por mí, aparte de ella misma, pero es que realmente me gustaría saber más sobre su pasado. Conocerlo un poco mejor.

—¿Sabes si tiene esposa? Parece un hombre muy solitario —comento de forma distraída, intentando por todos los medios que no advierta mi sonrojo.

Sharon ladea la mirada hacia arriba un poco antes de contestarme, como si debiera recordar algo muy atrás en el tiempo.

—Hubo una mujer, sí…, pero la mataron. —Arruga los labios con un mohín y después baja la mirada para continuar con voz temblorosa—: Era de esa misma tribu y, aunque ese matrimonio nunca tuvo lugar, él siempre la consideró su esposa. Se enamoró perdidamente de esa mujer india, y hasta habían planeado fugarse para poder vivir juntos, pero días antes unos desalmados entraron

en su campamento por la noche y la degollaron igual que a otros muchos. Después, quemaron sus cuerpos en una pira funeraria para asegurarse de que no quedaba ningún indio vivo.

—¡Dios mío! Pero eso es horrible. ¿Y nadie hizo nada?

—Por aquel entonces no teníamos *sheriff* y los mineros contrataban a delincuentes y mercenarios para obligar así a los kiowas a abandonar sus tierras para explotarlas. Hace muchos años de eso, yo era todavía una niña, pero mi padre se acuerda bien y por eso no simpatiza mucho con el señor Morrison. Dice que, desde entonces, no ha roto los lazos con esa tribu y que es medio indio. Lo mismo piensan muchos hombres de por aquí, pero fue él quien nos protegió contra Buddy y su banda cuando vinieron a molestarnos. Ese hombre sin escrúpulos fue uno de los que estaban aquella noche, y por eso ahora nadie se atreve a ofenderlo de forma abierta.

—Sus palabras son una auténtica revelación para mí. Sharon comprende enseguida que se ha excedido en sus comentarios, pues mi cara debe de reflejar verdadera estupefacción, así que decide parar y fingir que no ha dicho nada de importancia—. Esta es una comunidad difícil, doctora Walker. No se lo voy a negar. Estas personas consiguieron que los indios se exiliasen a las reservas con sangre de por medio y mucho dolor. Nadie lo ha olvidado.

—Y eso es lo que han querido hacer conmigo —resuelvo decir disgustada—. Quieren que me vaya porque les he dicho alto y claro lo que están haciendo mal, y aquí nadie les dice lo que tienen que hacer.

Sharon permanece en silencio, pero entiendo que esa es su manera de darme la razón. Mi enfermera mira por la ventana y decide cambiar de tema a uno mucho más ligero:

—Debería usted volver a poner las cortinas, desde aquí se divisa todo. Incluso puedo ver a Malarke hablando con el *sheriff*.

La miro con atención. Creo que tiene un carácter tan afable que resulta insólito en una zona tan árida como esta. Debe de ser de esas personas que nunca se han enfadado con nadie, ni siquiera con su padre que la trata a gritos, y tampoco le gusta que nadie a su alrededor dé muestras de violencia. Pero yo considero que tengo

derecho a una rabieta como mínimo, aunque termino callándome y respirando con fuerza para que se me pase el mal humor.

No he puesto las cortinas todavía porque me gustan los reflejos del sol que iluminan la pequeña estancia en la que nos encontramos, de paredes y muebles de madera y con un inconfundible olor a resina natural, posiblemente de pino. De normal, deberían dar un aspecto cálido a este instante, sin embargo, nuestro silencio es frío y atronador. Incómodo para ambas. Todavía no hemos hablado sobre su caso clínico y asumo con resignación que es el momento adecuado para abrirse y confesarlo todo.

—Sharon, yo… —Sus ojos me miran sin maldad, lo que me hace aún más difícil seguir esta conversación, porque ella se merece a una persona que realmente la atienda como necesita—. Debería contarte algo sobre mí. Hace muchos años, mi madre murió al dar a luz a mi hermana menor. Un médico intentó salvarle la vida, pero creo, bueno, no, a día de hoy, estoy segura de que lo único que hizo ese hombre fue prolongar su agonía y sangrarla hasta la extenuación. Por eso, no me veo capaz de operarte y provocar un aborto. No quiero ser responsable de otra muerte innecesaria. Sé lo que significará para ti vivir aquí dentro de unos meses, cuando todo el mundo se dé cuenta de que estás embarazada, pero, entiéndeme…, yo no puedo hacerlo. No quiero volver a revivir esa escena. Lo siento, de verdad, siento mucho no poder atenderte. Sé que necesitas ayuda, pero no puedo ir en contra de mis principios. ¿Lo entiendes?

De pronto, esa mujer con cara de ángel me sonríe y suspira aliviada. Con ese gesto se ha derribado delante de nosotras una barrera que nos impedía tratarnos con confianza. Algo que ambas, espero, deseábamos.

—¿Quieres que sea sincera? Llevaba días sin poder dormir. No es que no confíe en ti, pareces muy profesional, pero tenía mucho miedo a la operación. No estaba segura de querer realmente lo que te dije, y además…

—¿Además?

Que de repente a Sharon le cueste hablar me hace sospechar, así que me incorporo un poco y la animo para que continúe mirándola

fijamente.

—Levy Fisher es un capitán de caravanas que a menudo se aloja en el piso de arriba que tenemos para huéspedes del restaurante, ya sabes que no puede llamarse hotel porque no son muchas habitaciones, pero a veces la gente no tiene otra alternativa. —Asiento ante la explicación para que vaya directa al grano—. Levi es un hombre muy agradable. Es viudo, con una hija que a menudo lo acompaña en sus viajes, y gracias a ella hemos hablado mucho, quizá demasiado, sobre todo estos últimos días…

Ante mi desesperación, vuelve a quedarse muda, pero esta vez no se le borra la sonrisa.

—¿Y? ¿Qué pasa con el señor Fisher? —insisto.

Ella voltea los ojos y finge que le cuesta decirlo, pero me termina confesando:

—Me ha pedido que me case con él.

Abro los ojos y mi cuerpo se paraliza ante la idea del matrimonio. Para mí no supondría ningún motivo de alegría, sino una perdida absoluta de libertad, pero está claro que para ella es todo un acontecimiento y la solución a sus problemas.

—Pero… ¿has hablado con él sobre…? —me arriesgo a preguntar.

—¿Tú lo crees necesario? Podríamos decir que…, no sé, que ha sido un parto prematuro.

Al oír aquel disparate, mi mente se frena en seco y empiezo a entender el motivo real de por qué Sharon está aquí.

«Busca una cómplice».

—Sharon, escúchame. Debes decírselo. Si no lo haces, no habría un peor comienzo para vuestro matrimonio si lo descubriese después de casaros. Es más, puede llegar a repudiarte por no habérselo contado antes, por no haber sido sincera con él desde el principio.

—¡Pero yo esperaba que me ayudases! Me dijiste que lo harías, y si no puedes quitarme esto de encima —dice apartándose la tela del vestido como si le quemara—, te pido que hagas todo lo posible para que pueda vivir con ello sin sentir vergüenza.

Sharon grita con rabia y termina levantándose de su silla, demostrándome que también tiene sangre en las venas y no es el alma cándida que yo pensaba.

—Y lo haré, prometo ayudarte, pero no con una mentira. No sé qué tipo de relación tienes con ese hombre, pero lo mínimo que le puedes ofrecer después de esa petición de matrimonio es honestidad por tu parte, ¿no crees?

—¡Para ti es muy fácil dar lecciones! Tú eres una mujer a-for-tu-na-da —dice con retintín—. Eres bonita, inteligente, trabajas en un oficio respetable y no estás embarazada, a ti nadie te ha marcado para siempre con el bochorno perpetuo de ser una madre soltera.

—Solo te pido que lo pienses un poco, ese es mi consejo de amiga.

—¡Menuda amistad más hipócrita! —Se despide de mí con un portazo y escucho desde mi cama como baja las escaleras a toda prisa.

«¡Fantástico! Ahora sí puedo decir que todo el mundo en Four Steps me odia».

Capítulo 10

Una chica del Oeste

Malarke me había dicho que ya estaba despierta, pero no esperaba verla de pie, y mucho menos moviéndose por la consulta. Lleva todavía las vendas que le puse, aunque se las ha cambiado, porque observo que tiene las manos enrolladas de forma más profesional. Yo, la verdad, hice lo que pude.

—Buenas tardes —saludo y hago que ella se gire rápidamente al oír mi voz—. Disculpe, doctora, si la he asustado, estaba la puerta abierta —explico a modo de disculpa mientras me quito el sombrero y la sigo mirando directamente a los ojos. Ese verde esmeralda vuelve a recibirme con un brillo especial.

—Y lo seguirá estando —dice resuelta volviendo el rostro hacia sus cosas y tratando de ocultar su enfado detrás de unos mechones sueltos.

No hay que ser ningún sabio para entender que no soy bienvenido, algo que no puedo comprender del todo. Por experiencia sé que no debería intentar conocer el motivo, las mujeres suelen ser un enigma, pero también sé que terminaré escaldado de todas maneras por mucho cuidado que lleve.

—Doctora Walter, lo que pasó el otro día solo fue un aviso. Una llamada de atención. La próxima vez no creo que sean tan benevolentes con usted —digo cerrando la puerta detrás de mí.

Ella avanza hacia mí renqueante, demostrando que todavía le quedan secuelas de la caída, ya que no es el paso decidido que recuerdo del primer día. Se planta ante mí para mirarme a los ojos muy digna, con las manos en la cintura, a pesar de que las vendas le dan un aspecto bastante ridículo que ella no parece notar. Tiene sangre guerrera, lo demostró cuando sobrevivió a la caída en ese pozo que la dejó inconsciente.

—Esta es mi consulta. El señor Henderson me ha dicho que puedo quedarme todo el tiempo que desee, así que ahora esta es también

mi ciudad y tienen que respetarme —sentencia mientras vuelve a abrir la puerta—. Solo hay un médico en Four Steps y soy yo, así que es cuestión de tiempo que el que me tiró al pozo pase por mi puerta. Y cuando lo haga, *sheriff*, no se moleste en venir cuando escuche los gritos de dolor, ¡porque pienso quitarle todos los dientes!

Sus amenazas me hacen estirar los labios y dibujar una sonrisa en el rostro, ya que no tiene ni la estatura ni la complexión para enfrentarse a ningún pistolero que se precie, y mucho menos al que describió como autor de los hechos de aquella terrible noche. Pero, de todas maneras, admiro su coraje. Si fuera un hombre, lo querría como ayudante por las agallas que está demostrando.

—Si decide quedarse, tendrá que ser bajo la promesa de que aprenderá a defenderse —respondo hablando totalmente en serio y cerrando otra vez la puerta—. Y dejará que Alondra se quede a dormir con usted, ella sabe cuidarla mejor que usted misma. Gracias a ella pudimos encontrarla enseguida.

La doctora mira en silencio la puerta y después a mi perra, que está justo a mi lado, moviendo la cola y con la lengua fuera, encantada de vernos discutir porque eso quiere decir que la doctora ya tiene fuerzas y está totalmente recuperada.

—No puedo aceptarla, es su mascota —murmura emocionada por mi ofrecimiento sin dejar de mirarla. Alondra parece haber entendido mis palabras o su expresión compungida, y por eso se va hacia ella para acariciarle las piernas con el lomo.

—¡No pienso dársela! Solo se la presto hasta que sepa disparar como Dios manda —aclaro enseguida.

—Claro, ya lo sabía —responde ella cuadrando sus hombros ante esos segundos de debilidad, algo que me vuelve a hacer sonreír—. Gracias de todas maneras.

—¿Y por qué demonios sigue enfadada conmigo? —pregunto para terminar de una vez con este problema, pues aún noto su actitud reticente.

—¡Yo no estoy enfadada! —exclama sorprendida porque haya conseguido leer su mente, pero es que sigue siendo demasiado

inocente para vivir en el Oeste, y para mí, a estas alturas, ya es como un libro abierto.

—Sí que lo está, así que dígamelo y aclaremos esto de una vez. ¡No tengo tiempo para tonterías! —Aunque me divierte terriblemente tener este tipo de discusiones con ella. Porque, no sé cómo lo consigue, pero es capaz de sacarme de mis casillas con cualquier tontería.

—Sé que tuvo que desnudarme el otro día. Malarke me lo ha contado. Dice que él fue a buscar al doctor Holden en Black Stone mientras usted trataba de cambiarme la ropa húmeda y asearme.

«Malarke es un puto bocazas».

—¿Y qué quería que hiciera? ¡Estaba helada y sangrando por todas partes! Usted misma no se harta de decir lo importante que es limpiar las heridas antes de curarlas. Además, ¿cómo quería que le echase eso que lleva encima? —Le señalo las vendas que están tintándose lentamente de verde otra vez. Por lo visto, ha vuelto a aplicar el ungüento que me sobró a pesar del olor que desprende.

Ella hace un mohín y refunfuña algo que no entiendo.

—¿Qué ha dicho? —insisto en un gruñido seco.

—¡¿No podría haberlo hecho Sharon?!

—Sharon estaba trabajando en el restaurante, ¿en serio se siente molesta por eso? Doctora Walter, me sorprende que estemos discutiendo por algo tan absurdo. ¡¿Qué piensa usted cuando ve a un hombre enfermo desnudo?! Dígame, ¿qué tipo de pensamientos tiene usted?

—Pero eso es diferente, ¡yo soy médica!

—¡Y yo solo trataba de salvarle la vida! ¿Acaso es diferente? El corte que había en ese pie se había hinchado y apenas notaba los pinchazos. Tenía el pelo mojado, el cuerpo húmedo, y sentía tanto frío que no dejaba de temblar en mis manos, ¿debería haber esperado a que terminase Sharon su jornada para que le quitase ella las prendas y le lavase las heridas? Señorita, créame, no voy a volverme loco por verla desnuda.

Nada más terminar aquella frase me percato de que no debería haberla dicho, pero sigue resonando mi voz entre nosotros como una sentencia mortalmente injusta. Cierro los ojos con fuerza y lo

lamento, sé que la he ofendido profundamente porque los suyos se humedecen y un rubor acude de inmediato a sus mejillas, aunque ella trata de disimularlo apartando la mirada hacia Alondra, que está tumbada en el suelo mirándonos con los ojos alzados hacia arriba como si fuéramos un espectáculo. Y quizá puede que lo seamos.

—Discúlpeme. —Trato de tocarla, pero ella da un paso atrás y niega con la cabeza.

—¡No, tiene razón! Soy una idiota, le estoy recriminando algo que no tiene ni pies ni cabeza. Cuando he escuchado a Malarke me he sentido agraviada, puede ser por cómo lo ha dicho, por eso no he razonado y lo he acusado directamente. Ahora me doy cuenta de que mi desnudez era un mal menor y no tiene sentido culparle de nada, más bien debería sentirme agradecida por lo que hizo. Y en verdad lo estoy, de veras, quería darle las gracias desde el principio, solo que, no sé, Malarke me hizo ver las cosas de otra manera. —Su voz se pierde bajo la duda y la vergüenza.

—Debe escuchar siempre las dos partes de una misma historia para sacar sus propias conclusiones. Y tenga cuidado con Malarke, doctora, piense que él sí que se habría aprovechado de esa situación —le advierto con severidad, aunque no sea de mi incumbencia.

—Yo… lo siento, ¿vale? Siento haber dudado de usted. Es que, cuando el otro día ese hombre me cogió y me levantó en peso, me sentí tan desprotegida, tan débil, que por un momento pensé que trataría de… —me dice ausente mientras se abraza, deja pasar un par de segundos y después se despierta de sus propios pensamientos mientras siento cómo el corazón se me acelera. Yo también creí que la habría forzado cuando la saqué del pozo, su aspecto era horrible y por eso quise ser el primero que la viese antes que nadie—. Tiene razón, le haré caso. Aprenderé a disparar y cerraré la puerta.

—Perfecto, no debería tentar su suerte.

—Ahora que ya soy oficialmente una chica del Oeste, debo empezar a actuar como tal. —Que termine esa frase con una sonrisa me hace saber que he conseguido que me perdone realmente, así que me dispongo a abandonar su consulta hasta que escucho—: Por cierto, *sheriff* Morrison.

—¿Sí, doctora Walker?

Ambos nos miramos y escondemos al otro una nueva sonrisa, esta más tímida y personal.

«¡Diablos! Este es un juego tan antiguo y peligroso como el de la ruleta rusa, y a mí se me ponen los pelos de punta solo de pensar que he vuelto a jugarlo con esta señorita sin darme apenas cuenta».

—¿Habría alguna posibilidad de que yo pudiera ver al hombre que le dio esta pomada? —pregunta con una mirada inocente, y decide explicarse, ya que mi cara de sorpresa debe de haberle puesto sobre aviso—. Verá, me gustaría saber de qué está hecha, entender un poco mejor los principios activos que la componen —dice con propiedad subiéndose las gafas metálicas por el puente de su pequeña y pecosa nariz, un gesto que cada día me parece más encantador.

Deduzco por su forma de pedírmelo que conoce mi relación con el hombre que menciona y, por ende, toda la historia que me une a él. Algo que no me extraña porque hablar de mi pasado siempre ha cautivado a estas gentes.

En realidad, me encantaría llevarla a la reserva. La doctora podría ayudar a los kiowas, ella tiene medicamentos más eficaces, pero debería ocurrir un milagro para que Modoc la aceptase en el interior de su comunidad. Está demasiado resentido para hacerlo, y más lo estará cuando descubra que le robé uno de sus botes para utilizarlo con ella.

—Veré lo que puedo hacer, doctora Walker, pero no le prometo nada. —Esa frase me sorprende saliendo de mis propios labios, y no entiendo por qué no puedo negarle nada a esta muchachita.

—¡Gracias! En serio —dice dando un saltito por la ilusión—. Y… lamento mucho lo de antes, no pretendía ser tan brusca. Créame que estoy muy agradecida de que me salvase la vida. Bueno, como cualquiera que siente que ha vuelto a nacer, supongo.

—Déselas a Alondra, fue ella la que la encontró en el pozo —repito muy serio, algo que ella entiende como un malestar por mi parte, de modo que se siente en la obligación de confesarme algo más y me toca el brazo para que la escuche con atención.

—Sé que no soy el médico que todos desearían tener, pero prometo mejorar y estar a la altura. Ya no molestaré a nadie más diciendo que se laven, o que no coman carne si no está muy hecha o curada, les dejaré que se pongan malos —asume resignada con un tono de voz algo jocoso—, así no tendrán más remedio que venir a mi consulta.

Sé que ha dicho eso para hacerme reír, y por muy poco lo consigue.

—Bien pensado. ¡Que tenga un buen día, doctora Walker! —termino despidiéndome de ella porque no quiero que los vecinos que nos están viendo charlar en el interior de su consulta se pongan a hablar de mis visitas a la doctora Walker como si fuera el último chisme de la semana.

—Claro, que tenga un buen día también usted, *sheriff* Morrison.

Me acompaña hasta la puerta y observa en silencio cómo me pongo el sombrero. Alondra aparece a su lado y parece pedirle que baje la mano para acariciarla, gesto que me deja bastante tranquilo porque sé que ambas estarán mejor ahora que están juntas, se cuidarán la una a la otra: mi perra comerá por fin todos los días algo sin tener que ir a cazarlo y la doctora se sentirá más protegida con ella correteando alrededor de la casa.

Capítulo 11

La visita del doctor

—Así que por su culpa se ha formado tanto revuelo. —Samantha Loom me mira de arriba abajo desde ese sillón de cuero rojo oscuro que preside la salita donde nos encontramos. El fuego crepita en la chimenea que se encuentra a mi espalda e interrumpe de manera casual nuestro silencio. Veo lujo desmesurado por toda la estancia: en los candelabros de oro, en esos tapices colgados con piedras incrustadas o las cortinas de terciopelo que podrían cubrir toda mi consulta.

Esa necesidad de remarcar su opulencia es una manera sutil de evidenciar su estatus en esta pequeña comunidad. No me extrañaría que el alcalde Henderson sea uno de sus mejores clientes…

Sus ojos inciden sin recato alguno en cada una de mis curvas o planicies, levanta el labio con desagrado por el algodón gastado de mi vestido y me sigue evaluando mientras abre sus labios gruesos, de un rosa frambuesa artificial, para echar otra cadena de anillos de humo de ese habano que lleva en la mano.

—Supongo que sí. Yo soy la doctora Walker —anuncio con cierto orgullo, y separo las piernas para mostrarme firme ante su escrutinio. He aprendido que en el Oeste mirar y callar es un arte del todo necesario.

La señora Loom es una mujer madura de una belleza indescriptible. A pesar de ser mediodía, está perfectamente peinada, con un recogido bajo que termina en unos bucles rubios que revolotean en su pecho generoso. Lleva un vestido de seda corrugada en la zona del corpiño, y su escote es amplio, aunque elegante. Por el tornasolado de las telas, sé que no son de por aquí, algo que imagino debe de haberle costado una fortuna. Todo el conjunto es del todo innecesario en una ciudad tan pequeña y apartada como esta.

Sin embargo, es su forma de aparentar. Sabe imponer con su imagen, que para ella debe serlo todo, por eso cuida con esmero cada detalle que la rodea. Me desafía con esa mirada acerada, unos hermosos zafiros azules que en algún momento de su vida fueron la clave para obtener el esplendor que ahora ostenta.

—Bienvenida a mi casa, doctora Walker. —El gesto, la frase, el modo de decírmela y su forma de mirarme me hacen sentir como si fuera un hombre que pretende seducirme de manera descarada. Algo de lo más extraño que jamás me había sucedido con ninguna otra mujer, y que no sé muy bien cómo encajar. Supongo que está jugando conmigo a noquearme nada más empezar porque soy joven y no tengo poder alguno en esta ciudad.

«Para ella valgo menos que cualquiera de sus chicas».

—Muchas gracias por abrirme las puertas de su negocio, señora Loom. —Finjo admirar los cuadros que salpican estas paredes. A mí me parecen horribles, pero reconozco que el estilo imita al de los lejanos salones franceses, de donde parece provenir todo cuanto lleva.

—Señorita Loom —me corrige con una sonrisa imperceptible mientras me indica que me siente en un sillón cercano al suyo—. Y el placer es mío, doctora Walker. Hasta el día de hoy nunca había venido un médico por aquí para prestar sus servicios, en lugar de solicitar los nuestros —dice con cierto tono de burla. Tiene una entonación pausada y una cadencia en la voz dulce, sofisticada. Puede que eso sea un argumento más para seducir a un hombre, aunque yo nunca hubiese reparado en que algo así pudiera influir. Supongo que todo cuenta, en realidad.

Con ella en la misma habitación constato que soy una absoluta ignorante en ciertos temas que la señorita Loom debe de dominar a la perfección. La atracción, el deseo, la seducción o la lujuria son aspectos de la condición humana totalmente desconocidos para mí. Lo único que sé, y es por la poca experiencia recibida durante mis años de carrera como estudiante de Medicina, es que ese tipo de apetitos carnales pueden llegar a ser mortales en algunos casos.

—¿Nunca había estado en un burdel? —pregunta llanamente, diciendo con todas las letras el nombre del sitio que yo habría sido

capaz de obviar aun estando aquí.

—No, nunca —confieso abiertamente porque quiero poner todas mis cartas sobre la mesa—, por eso imaginé que, si venía por la mañana temprano, podría estar más o menos vacío, pero ya veo que no siempre es así.

A pesar de que las dos hemos omitido comentario alguno —yo por el decoro, ella por la costumbre—, los gruñidos masculinos que salen de la pared que tengo a mi espalda no dejan nada a la imaginación.

—Hace algunos años, con la fiebre del oro, trabajar en un burdel era un verdadero asco. Había toda clase de hombres y se creían capaces de todo por tener una mísera pepita. Pero, gracias a Dios, eso ha cambiado bastante. Ahora ya hay más mujeres por esta zona que alivian la soledad de los hombres y el alcohol llega sin problemas a todas partes gracias al ferrocarril, así que nuestro trabajo es mucho menos sacrificado.

—¿Alivian la soledad? —pregunto con una sonrisa e inclino la cabeza hacia un lado—. Señorita Loom, seré joven, pero no nací ayer. Sé muy bien lo que vienen a buscar los hombres cuando visitan una casa como la suya, y no es precisamente la compañía, sino más bien el calor de esta. El deseo es algo carnal, no existe ningún sentimiento como el amor o la amistad en él, y tampoco lo esperan. Desde luego, yo no lo llamaría así porque no dejan de estar solos a pesar de haber yacido con una mujer. Ni la mujer por estar con distintos hombres.

Samantha me devuelve la sonrisa, pero la suya es oscura y traicionera. Siempre tiene un as en la manga y ambas sabemos que esperará el momento más adecuado para utilizarlo. Aunque debe de haberse dado cuenta de que yo me defenderé por conseguir lo que quiero, pues si he venido hasta ella es porque no tengo nada que perder.

—Doctora Walker, créame que no es tan fiero el león como lo pintan. Los hombres, incluso los casados, se *sienten* solos muy a menudo. Puede que incluso más que las mujeres. Aunque nadie se lo haya dicho en esos libros de medicina que usted lee, también necesitan un hombro en el que llorar o alguien que los consuele después de todas las desgracias que han vivido. Soportan mucha

carga, tanta que se creen incapaces de compartirla con las personas que más quieren: una esposa o una madre. Así que es una verdadera satisfacción saber que, cuando entran en mi local, se sienten liberados por unas horas de su realidad. Por ejemplo, y sin ir más lejos, su querido amigo el *sheriff* Morrison. —La mención de su nombre me pone furiosa, algo que ella nota de inmediato—. Dewey es un verdadero encanto, aunque usted ya debe de saberlo…

Sé que ese comentario no ha sido un descuido. Sabe que esa última acotación ha hecho mella en mí, porque no he podido evitar levantar la mirada para encontrarme con la suya, que es de nuevo afilada y desafiante.

Sin pretenderlo, lo imagino en una cama sobre esta mujer. Él está desnudo igual que ella, besándole el cuello y acariciándole el cuerpo, que es mucho más voluptuoso que el mío. Ambos se besan, se abrazan, se aman fogosamente delante de mí. Sus movimientos son tan violentos que debo apartar la mirada. Esa imagen me ha provocado un escalofrío de estupefacción, porque jamás pensé que mi mente podría imaginar escenas tan lujuriosas como esa. Pero lo está haciendo, y me duele, porque sé que jamás viviré algo así con él.

En ese momento una joven de rostro muy pálido y labios pintados de rojo carmín entra con sigilo para dejar en una mesilla una bandeja con una tetera y unos dulces. Desde mi asiento, parece un verdadero festín, ya que muchos son productos usuales en el este como el té o el azúcar, pero que aquí no tienen un servicio regular, y ni siquiera en la tienda de la señora Harris se pueden encontrar con encargo.

—Permítame que sea una anfitriona como se merece y acepte tomar este refrigerio conmigo. ¿Le parece bien un té? Viene del mismísimo Londres, por supuesto.

—Gracias —es lo único que puedo decir mientras veo como se levanta para servirlo con un cuidado exquisito. Todo en ella rebosa delicadeza y feminidad, como si fuera una refinada bailarina de *ballet* en un escenario caminando de puntillas de un lugar a otro.

Mientras observo medio encandilada cómo vierte el agua caliente sobre la taza, pienso en sus palabras. Esta mujer debe de tener

mucha confianza con el *sheriff* después de compartir a menudo el lecho con él y debe de conocer las partes más oscuras de su historia. Así que, no sin cierto reparo, me lanzo a averiguar algo más sobre él:

—¿Sabe por qué el *sheriff* Morrison sigue en esta ciudad? Quiero decir, si los ciudadanos de Four Steps no hicieron nada para evitar el asesinato de su prometida, ¿por qué sigue siendo su *sheriff*? —pregunto en voz alta, sin darme tiempo a sentir remordimientos por haber sido tan clara en mi interés por él. Sin embargo, Samantha parece encantada de haberme oído, como si ella misma hubiese provocado esa carambola en este tablero de billar que se ha convertido nuestra conversación.

—Si conoce la existencia de su prometida, también sabrá que pertenecía a la tribu que está establecida no muy lejos de aquí. La reserva de los kiowas se abastece gracias al servicio regular que controla nuestro *sheriff*, y solo gracias a él esas personas reciben lo que de verdad necesitan: comida, medicinas, ropa, libros, mantas. Todo cuanto puedan necesitar. De no estar él en ese puesto, doctora Walker, ¿quién sabe lo que pasaría con esas gentes? Muchas otras tribus no han tenido tanta suerte, se lo aseguro, las enfermedades infecciosas han diezmado a la población de indios americanos mucho más rápido que lo hicieron las balas durante la guerra; seguro que usted lo sabe, ya que su padre era profesor en la universidad, ¿me equivoco?

Asiento, asombrada de lo que esta mujer puede llegar a saber. La única persona en esta ciudad que sabe eso es el *sheriff* Morrison, así es como me demuestra que no hay secretos entre ellos. ¡Qué ladina! Lo hace para que me ofenda, pero intento no transmitir ningún sentimiento mientras sigo escuchándola, aunque me cuesta.

—Después del exilio al que se vieron sometidos, donde murieron miles de nativos de estas tierras, nadie se preocuparía tanto como Dewey para que sigan manteniendo unas condiciones mínimas de salubridad. Algo que, por otra parte, ya me han dicho que es un tema que le interesa muchísimo.

—Supongo que es por lo único que me conocen aquí —comento, desilusionada sin apenas mover los labios.

No sé cómo me pueden hacer tanto daño sus palabras si es la primera vez que nos vemos, pero que tenga toda esa información sobre mí me demuestra también su interés y el poder que tiene sobre la gente de Four Steps.

«Supongo que nada sucede sin que ella lo sepa».

—No, querida. Le aseguro que no es por lo único que la conocen, usted tiene mejores atributos que la describen a la perfección —me dice de forma sugerente, acercándome la taza, que desprende un olor delicioso—. Como ese precioso cabello, por ejemplo… Dicen que las pelirrojas vuelven locos a sus amantes en la cama porque son extenuantemente apasionadas. Dígame, ¿es cierto? —pregunta haciendo resbalar unos mechones míos entre sus dedos mientras me mira con devoción, haciéndome sentir otra vez muy incómoda dentro de mi propio cuerpo.

—Pues no, no, no lo sé —respondo con una forzada sonrisa mientras me aparto de ella y me hundo más en el sillón donde estoy sentada, pues no tengo otra escapatoria.

—Disculpe —dice dejándome ir y volviendo a su asiento con resignación, moviendo los dedos como si notase aún la suavidad del tacto de mi cabello en sus yemas—, supongo que estoy demasiado acostumbrada a ser yo la que domine la conversación. Los hombres de por aquí no son muy habladores, como habrá podido comprobar, y por eso me siento tan emocionada con su visita. Así que, dígame, doctora Walker, ¿en qué puedo ayudarla?

«Bien, directa al grano, no esperaba menos de una mujer que vive en el Oeste».

—Durante mis prácticas de medicina en Nueva York, tuve ocasión de atender a mujeres de vida disoluta. He estudiado y trabajado con muchas de las enfermedades que ustedes suelen padecer y quiero ayudarlas. —Por primera vez desde que entré en esta habitación, Samantha Loom se baja de su pedestal para mirarme a los ojos como si fuera una mujer válida y útil, por eso continúo hablando, ya que ahora he despertado su interés—: Moratones, cortes, ahogamientos, eczemas, picores, por no hablar de la sífilis o la gonorrea, enfermedades a las que aún nadie sabe la cura definitiva, pero puedo paliar sus síntomas. En Nueva York conocí lo que sucede

realmente al otro lado de esas paredes y realmente quiero ayudarlas —le digo señalando las que hay a mi espalda—. Muchas veces el comportamiento de algunos hombres no es del todo correcto, y aunque a menudo son ustedes las que los enseñan a tratar a una mujer en el lecho porque vienen aquí sin ninguna experiencia, otras solo quieren a alguien que los consuele sin importar mucho quién, cómo o dónde. Las agresiones físicas puedo aliviarlas, al igual que las verbales.

—Parece que la aleccionaron muy bien sobre nuestro oficio en Nueva York —comenta sonriente, pero sé que no le hace ninguna gracia—. Y le agradezco su interés, significa mucho para mí y para mis chicas, es reconfortante saber que aún existen personas como usted en este mundo. Pero, mi querida amiga, si usted hace lo que está diciendo, sellará su tumba. Después de venir aquí, nadie en esta ciudad entrará jamás a su consulta.

—Nadie lo está haciendo de todos modos, señorita Loom —respondo con seguridad—. Como ha visto, he venido aquí por mi propio pie, no tengo nada que perder, pero sí mucho que ganar.

Capítulo 12

Una mujer diferente

Habían visto al hermano de Buddy en las proximidades de Long Lake. También por esa zona habían atracado una diligencia, llevándose todo el dinero, las joyas y otros artículos de valor. Además, decían que en una granja de las afueras habían desaparecido dos reses y varios caballos. Todo apuntaba a que el pequeño Shutter, que ya no debía de ser tan pequeño, estaba detrás de estos incidentes para llamar la atención.

—Está buscando a gente para sacar a su hermano de la cárcel —asegura Malarke a mi lado—. En Silver Lane deberían estar avisados para que refuercen la seguridad en su calabozo, pronto les van a hacer una visita inesperada.

—Pero Buddy ya no está allí, lo van a juzgar y terminará en la horca como el resto —respondo haciendo girar el vaso de *whisky* en la barra sin levantar la mirada del líquido ambarino—, y cuando Shutter se entere, buscará a todos los que metieron a su hermano en la cárcel.

Malarke reacciona unos segundos tarde a mis palabras, tan pronto como llega a la misma conclusión a la que yo llegué hace unas semanas.

—¿Crees que vendrá a por ti? ¿A por nosotros? —Su tono de sorpresa me hace sonreír. A veces no se da cuenta de lo ingenuo que parece ante mis ojos.

—¿Tú no lo harías? El odio puede ser muy traicionero, y la sed de sangre de estos chicos es ilimitada. Siendo joven, prefieres matar a salvar una vida.

—Pero lo lógico sería sacar a su hermano primero antes de que lo condenen e ir juntos a por ti, si de verdad quiere vengarse…

—¿Alguna vez has hablado con alguno de esos tipos? ¿Sabes el tipo de padres que tenían Buddy y Shutter? No tienen el mismo concepto de familia que tú tienes. Su padre les pegaba, su madre

murió de una paliza cuando todavía eran muy pequeños. Para ellos el amor es algo que desconocen por completo, así que sus prioridades no son las mismas que las que tú tienes. Shutter quiere notoriedad, y todavía no se ha hecho un nombre, está harto de que lo identifiquen como el hermano de un ladrón famoso. Él quiere ser mejor que Buddy en todos los sentidos, ¿qué hermano menor no lo querría? Por eso, primero irá a las montañas hasta que tenga un plan, creará una banda de delincuentes desgraciados que no tengan ningún aprecio a su vida, como hizo su hermano, destinados a hacer el mal por pura satisfacción. Sumará unas cuantas atrocidades más y, cuando se crea lo suficientemente listo, bajará hasta aquí para matarme. A mí y al resto de hombres que estuvieron aquel día.

—¿Y el *marshal* sabe algo de todo esto? —Malarke está estupefacto, no entiende muy bien cómo puedo ser capaz de anunciar mi propia muerte sin que se me acelere el pulso.

—Estaba esperando que fueras tú el que se lo dijera, el resto de *sheriffs* tendrían que estar preparados también. Ya sabes que, cuando yo falte, serás tú el que se encargue de todo, quizá sea antes de lo que esperabas… —termino la frase y Louis se marcha corriendo hacia la oficina del telégrafo. Sale tan rápido del salón que incluso empuja a una de las chicas sin querer.

—Tu muchacho necesita modales —me dice una voz socarrona que reconozco de inmediato a pesar de estar detrás de mí—. Mira que lleva tiempo a tu lado, pero no ha aprendido nada de ti.

—Ya sabes que los jóvenes de ahora no tienen tiempo para aprender nada, solo quieren acción.

Samantha Loom deja escapar una pequeña carcajada mientras se pone frente a mí. Quiere decirme algo, de lo contrario no bajaría hasta aquí para hablar conmigo. No le gustan nada los borrachos que se sientan durante horas en la barra de este bar, le recuerdan demasiado al que fue su marido.

—¿A que no sabes quién me ha visitado esta mañana? —Sus ojos se iluminan como dos luceros con la luz parpadeante de las velas que hay a nuestro alrededor. Está eufórica y su espléndido estado de humor es debido a lo que tiene intención de contarme—. Tu protegida, la doctora Walker.

—La doctora Walker no es mi protegida, se supone que mi trabajo es proteger a todos los ciudadanos que residen aquí —contesto a la defensiva, y me doy cuenta de mi error en el momento mismo de decirlo. Ha dado la impresión equivocada, como si me afectara mucho lo que se comente sobre mí, y no debería ser así. Al menos, antes no me importaba, pero es que antes los chismorreos sobre mí no tenían que ver con ella.

Samantha no dice nada, tan solo dibuja una sonrisa ladeada y se pone un vaso de un *whisky* que tiene escondido debajo de la barra. Una botella que solo unos pocos clientes tienen el gusto de saborear. No me ofrece porque ella sabe bien que mis jornadas aquí no se deben a mi pasión por el alcohol, aunque a veces haya momentos en los que sienta debilidad por él cuando los recuerdos se hacen demasiado amargos, como me sucedió el otro día. Si estoy aquí es por ella, porque es una fuente de información muy fiable y me ha ayudado en numerosos casos. Ella no solo habla, también escucha, y la mayoría de los hombres sienten debilidad por una mujer guapa como lo sigue siendo. No ha perdido ni un ápice de encanto con la edad.

—Aunque es una mujer del este, algo que no puede negar con ese cutis perfecto, no es la típica damisela que yo me esperaba. Me pareció una mujer diferente. Un verdadero soplo de aire fresco —dice después de saborear la bebida, dejando la mirada perdida en una pareja que sube al piso de arriba con prisa—. Tiene las ideas muy claras en su cabeza. ¿Sabes? Me recuerda a alguien que conocí hace muchos años.

Sus frases son puñales que me llegan con una puntería certera, pero solo sonrío con amargura y encojo los hombros. Entiendo lo que pretende con esa insinuación, y no voy a consentirlo. No puede manejarme como a los demás, no soy tan estúpido.

—Esas ideas la arrojaron el otro día a un pozo vacío y casi le cuesta la vida, no va a ir muy lejos con ellas en este sitio. Tendría que quitárselas de la cabeza si pretende seguir trabajando. Tanto tú como yo —le digo señalándola con el dedo sin dejar el vaso que tengo en la mano— sabemos lo difícil que es estar aquí si quieres

seguir respirando el aire de Four Steps. No la ayudes, no la alientes y, sobre todo, no te hagas su amiga.

Samantha suelta una carcajada.

—¿Sabes por qué vino aquí? Para ofrecerme sus servicios. —Hace una pausa para mirarme a los ojos y después continúa—: ¿Cuándo has visto a un médico venir aquí para trabajar, en lugar de para tomarse un descanso?

—Reitero lo dicho. Sus decisiones no son muy acertadas. No le hagas caso, no sabe lo que hace, y menos lo que dice.

—Esa chica decidió venir hasta aquí para montar su propia consulta y demostrar al mundo, y a ella misma, que en el Oeste también puede prosperar una mujer sola. ¿Por qué no iba a ayudarla? ¿No lo estás haciendo tú?

—Yo estoy haciendo mi trabajo, que es protegerla, nada más —murmuro sin despegar los labios del vaso.

—¿Y por eso ahora tu perra va siguiéndola a todos lados? ¡Vamos, Dewey, por favor! Podrás engañarte a ti mismo, pero a mí no. Esa chica te preocupa, no puedes fingir que te es indiferente solo porque llevas demasiado tiempo sintiendo solo odio hacia los demás y hacia ti mismo por estar vivo.

Siento la mirada taladradora de Samantha, pero no quiero girar el rostro y encararme con ella, reconocer que esa doctora ha removido algo en mi interior que creía ya muerto y enterrado de forma tan rápida como inesperada.

—Pensaba que tenías algo sobre Shutter, pero, si no es así, tengo trabajo que hacer —digo incómodo. Quiero cambiar de tema para que no continúe llevándome a su terreno.

Desde que Eleanor Harper —el verdadero nombre de Samantha Loom— me conoce, quiere que encuentre otra razón por la que vivir que no sea el odio. Ella me ha visto llorar de desesperación cuando aquella noche en la que me emborraché en su bar llegué a apuntarme a las sienes con mi revólver para mandarme al infierno de una vez. No sé cómo consiguió que bajase el brazo y me olvidase de mandar todo al cuerno. Bueno, sí lo sé. Porque me derrumbé, porque me di cuenta de que no podía quitarme la vida, porque si lo hacía toda la familia de mi amor terminaría exterminada y su muerte

no habría servido de nada. Ella encontró el motivo que me hizo quitar el dedo del gatillo y olvidarme de beber para no flaquear. En aquellos años solo quería irme de este lugar maldito, pero Lana me había pedido que cuidase de su padre y sus hermanos, y no podía faltar a mi promesa del mismo modo que su espíritu seguiría conmigo para protegerme.

—Tranquilo, *sheriff*, ya no me meteré más en su vida. Igual que usted hizo borrón y cuenta nueva con la mía. Pero no pasaría nada si se da una segunda oportunidad, nadie aquí va a juzgarle. Tiene que dejar atrás y olvidar de una vez el pasado sin necesidad de beberse una botella entera de alcohol en mi local —dice como si no nos conociéramos, como si no viera en sus ojos una historia igual de triste o más.

—¿Olvidar? ¿Cómo se puede olvidar lo que hicieron? —pregunto furioso enfrentándome a ella, cayendo al final en su trampa de mostrar cómo me siento realmente—. Jamás podré borrar de mi mente la imagen de Lana mientras ardía, el olor de su carne quemada.

—¿Y qué vida habría tenido contigo, Dewey? Su padre nunca la habría dejado irse, lo sabes bien. Nunca habría permitido vuestro matrimonio. Esa historia nunca habría tenido un final feliz, ella siempre habría sido una desgraciada por entregarse a ti en contra de los suyos.

—¡Pero al menos seguiría viva! —respondo cogiendo mi sombrero y levantándome de allí tirando el taburete al suelo. Ya no me importa lo que me pueda decir de Shutter, yo mismo lo averiguaré con el tiempo.

—La verdad duele tanto como las mentiras, sheriff Morrison —se despide Samantha con esa última frase que apenas puedo oír, aunque sea del todo cierta.

Capítulo 13

Mentir por amor

La señora Harris tiene una hernia inguinal y no quiere decírselo a su marido, así que finjo que busco telas en su tienda y, cuando él la abandona, después de oírnos comentar lo bonitos que son todos los colores que han traído esta temporada, nos vamos a la trastienda para aplicarle un emplaste de hierbas que reduce la inflamación y previene la infección. Esto lo hago porque no quiere tratarse quirúrgicamente, algo que será inevitable cuando no pueda andar por el dolor.

Para la pomada que le estoy aplicando he seguido una receta que mi padre escribió en su diario cuando estuvo con los kootenai, por eso he vuelto a insistir al *sheriff* para ver al hombre kiowa que me curó. Quiero agradecérselo y hablar con él, pero últimamente parece muy ocupado buscando a un tal Shutter.

—Tiene mejor aspecto, ¿verdad? Ya no huele tan mal —comenta la anciana señora mientras abro con cuidado el vendaje.

Es cierto que la herida ha mejorado considerablemente, ya ha dejado de supurar después de haberla desinfectado quemándola, algo que le dolió bastante, pero tuve que hacerlo para eliminar la infección que empezaba a extenderse. No me gusta provocar más dolor al paciente, pero a veces es la única manera para no empeorar su cuadro clínico.

Al ser un matrimonio mayor, duermen en camas separadas, y gracias a eso ha podido mantener su enfermedad en secreto, pero todavía no entiendo por qué se lo esconde. «¿Para no preocuparlo? Vamos, pero si es evidente que sufre dolores».

Mientras trabajo pienso que quizá lo que hace la señora Harris con su marido es lo mismo que hago yo con mi hermana: mentir por amor. Aunque visto desde fuera es una manera muy extraña de demostrar que quieres a alguien.

—¡Pues ya está! La veré dentro de una semana, pero si el dolor no remite, ya sabe que tendré que intervenir —le digo cerrando mi maletín de manera profesional—. Pero no tiene que tener miedo, es una operación que he visto hacer muchas veces.

Y es la verdad, porque en la mayoría de ocasiones no me dejaban participar en las prácticas, por miedo a que me desmayara. Una excusa como cualquier otra para hacerme a un lado.

—Ya, pero no puedo pagarle una operación. No puedo sacar dinero de la caja, pero, si quiere, puedo hacerle un buen precio por esas telas que ha visto antes.

—¡Oh, no! No estaba viendo nada en concreto, era solo una manera de fingir para que su marido se fuera aburrido de nosotras y nuestra cháchara —explico sonriente—. De verdad, no tiene que preocuparse por el dinero, lo importante es que se recupere.

—¡Pero ese terciopelo verde que ha cogido es excelente! Resaltaría su hermoso cabello y haría juego con sus ojos. —Ese piropo nada intencionado consigue sonrojarme de manera espontánea.

—No tengo tiempo para esas cosas…

—¡¿Y cuándo lo va a tener?! ¿Cuándo sea una anciana cascarrabias como yo? Vamos, querida, deme el gusto de verla lucir esta tela como se merece. Creo que ya va siendo hora de que retire ese luto que tanto la afea, muchos chicos lo están deseando. —Los Harris no han tenido hijos y por eso creo que ella hace de madre de todos los que pasan por su tienda. La cuestión es que, al mencionar lo del luto, me siento impulsada a preguntarle:

—¿Cree que el luto me afea?

—Oh, no, claro que no —se excusa con torpeza—, eso sería imposible. Pero parece mayor de lo que en realidad es. Si no fuera por esas gafas… —comenta de pasada, y eso sí me sorprende.

—Entonces, ¿ahora no es el luto, son las gafas?

La señora Harris es una vendedora nata, pero hoy no sabe dónde meterse, no se ha dado cuenta todavía de que me estoy riendo de sus intentos por halagarme. De pronto, abren la puerta y vemos entrar a la señorita Sharon. Está algo más pálida de lo normal, pero no solo eso, todo su cuerpo muestra una fragilidad extrema.

—¡Oh, señorita Sharon! ¡Qué bien que haya venido! Estaba diciéndole a la doctora Walker que debe hacerse un vestido en condiciones. Dentro de un par de semanas será el baile de fin de año y necesitará lucirse para encontrar una buena pareja —exclama la anciana sin mirarla porque está muy atareada buscando complementos para mi supuesto nuevo vestido.

—¿Se encuentra bien? —pregunto acercándome rápidamente a la señorita Sharon. Lo hago sin apenas mover los labios, para que la dependienta no pueda oírnos. Su aspecto no me gusta nada.

—No he dejado de sangrar… —me confiesa en un murmullo que apenas alcanzo a oír—. Yo…, yo… me siento tan mareada… —De pronto, la joven se abalanza sobre mí y, gracias a que la cojo a tiempo, no cae en el suelo redonda.

—¡Señorita Sharon! —la llama la dependienta sin ninguna respuesta.

—No se preocupe, no pasa nada. Creo que dejaremos lo del vestido para otro día, ¿le parece bien? Voy a llevarme a la señorita Sharon a mi consulta para que se eche una siesta. ¿Le podría decir a su padre que está conmigo? No quiero que se preocupe demasiado si se retrasa —digo cargando con la joven para disimular su indisposición y que no parezca demasiado extraño.

Ya en mi cama, después de oler unas sales, Sharon me cuenta entre lágrimas algo que yo ya he comprobado mientras ella estaba descansando.

—Lo siento mucho, Sharon —le digo acercándole una infusión de anís estrellado, que sé que le aliviará el dolor.

—Al final le hice caso, ¿sabe? Se lo conté todo al señor Fisher. —Después de decir eso guarda una pausa y, dada su facilidad de palabra, me hace esperar lo peor.

—Hiciste lo que debías, no te quepa duda. Creo que no habrías podido aguantar el peso de esa mentira tanto tiempo —respondo a modo de consuelo.

—Por eso mismo lo hice, y al principio pareció no importarle en absoluto —me sigue explicando con una sonrisa triste en los labios —. Me dijo que él también aportaba una niña al matrimonio, incluso

se aventuró a decir que sería niño y que le enseñaría a llevar las caravanas.

Tengo sus manos heladas entre las mías para que entre en calor, pero no solo es por eso, he visto en ella una debilidad que me ha roto por dentro, más allá de la fragilidad física. Necesita aferrarse a algo, a alguien, pero está sola. Nadie conoce su verdadera historia, solo yo. Sé que ahora ya no puedo hacer nada para ayudarla, solo escuchar lo que me tiene que decir. He puesto un tronco más en la chimenea y el olor a leña inunda esta pequeña estancia. Entonces me doy cuenta de que también eso sirve para aliviar su dolor, dejar caer las lágrimas y sentirse acompañada. No necesita nada más, solo una amiga.

—Pero todo era mentira, doctora, realmente no lo quería. ¡Él no me quería! Esta mañana se ha ido sin despedirse, sin dejarme una nota. Se ha ido y sé que no volverá, porque no me quiere, porque no es cierto nada de lo que me dijo ayer.

La abrazo y siento cómo mi camisa se humedece por la parte del hombro, justo donde ella está apoyada. Se aferra a mí, aunque no haya podido hacer nada por ella, a pesar de que el único consejo que le di le ha partido el corazón.

—¿Cuántos días llevas sangrando? —le pregunto cuando vuelve el silencio y cesan las lágrimas.

—Empezó ayer noche, pensé que era porque necesitaba descansar un poco después del disgusto, pero esta mañana estaban todas las sábanas manchadas y ha ido a más al incorporarme. No sabía a dónde ir, estaba muy asustada y enseguida he pensado en usted. He ido a su consulta, pero Malarke me ha dicho que estaba en la tienda de Harris. Se ha ido, doctora, mi niño… mi niño se ha ido —me dice rompiendo a llorar, y yo siento una rabia inmensa por dentro porque otra vez la vida de alguien cercano a mí se me ha escapado. Esta impotencia me hace sentir la peor doctora del mundo.

—Lo siento mucho, Sharon. De verdad, no sabes cuánto lo siento. —Intento pensar en algo que pueda aliviarla—. Si quieres, le diré a tu padre que has sufrido una indigestión y debes guardar reposo un par de días aquí. Puedes quedarte aquí conmigo.

—¡No! Dirá que siempre me estoy quejando y que no valgo para nada.

—Pues que lo diga, Sharon, pero tú necesitas descansar. Has tenido una hemorragia y necesitas recuperarte. —Pienso un segundo lo que quiero decir y, tras morderme el labio, lo suelto—: Necesitas despedirte de tu hijo.

Le acaricio el pelo a modo de consuelo, no sé qué más puedo hacer por ella.

—Mi niño —murmura entre lágrimas.

—Te dejaré a solas para que puedas dormir un poco.

Salgo de mi propia consulta y me dirijo hacia el restaurante mientras pienso que quizá en este caso Sharon no debería haber seguido mi consejo. Si no hubiese actuado con franqueza, quizá hubiese tenido una oportunidad de cambiar su destino y apartarla de su padre.

«¿Pero quién me asegura que con el señor Fisher hubiese sido feliz?».

Después de todo lo sucedido, ante mí se me plantea la duda de seguir mintiendo a mi hermana. Mentir por amor, como hace la señora Harris a su marido, mostrándole a Charlotte una realidad en mis cartas que no es la que estoy viviendo, o, por el contrario, ser honesta y escribir sobre esta verdad agridulce que me está tocando vivir.

Unas horas más tarde, mientras compruebo con tristeza que en la oficina de enfrente no hay luz y nuestro *sheriff* sigue sin dar señales de vida, decido escribir a mi hermana. La vela que ilumina mi mesa emite una llama débil y mortecina; apenas puedo ver a Alondra tumbada a mis pies, fiel a su promesa de protegerme en todo momento. La acaricio al escuchar su respiración calmada, está a punto de dormirse. Gracias a ella, la sensación de vacío no se hace tan grande y poderosa en mi interior.

12 de diciembre de 1860

Querida Charlotte:

Espero que esta carta te llegue antes de que sea Navidad, aunque eso sería pedirle mucho al correo postal de esta zona. Casi puedo oír a mis sobrinos cantando villancicos frente a la chimenea. ¿Has vuelto a tejer unos calcetines para tu señor esposo? Estoy segura de que otro año más dirá que le encantan, y ni siquiera se le ocurrirá mencionar que has tenido que utilizar dos colores diferentes de lana para hacerlos.

¿Es posible que me haya puesto nostálgica? Puede que estar tan lejos de vosotros me haya hecho pensar mucho más en todas esas cosas que antes vivía con normalidad y no valoraba en absoluto.

Por aquí el frío llegó definitivamente, algo que hace unas semanas parecía casi imposible, y muchos vaqueros de la zona dicen mirando el cielo que pronto bajará la nieve de las montañas. Algo que es habitual todos los años. Los más ancianos comentan que tengo mucha suerte, que es precioso ver las llanuras heladas, como si un manto blanco se posase sobre ellas hasta la primavera, pero yo no sé si estoy preparada para aislarme en este pueblo durante varios meses sin tener otra cosa más que hacer que conservas de fruta o postres.

¿Me enviarás algún libro como regalo de Navidad? La única tienda que puedo considerar una librería, el colmado del señor y la señora Harris, tiene escasos títulos, aunque bastante reveladores, como La cabaña del tío Tom*. Creo que nadie de por aquí sabe de la existencia de ese libro, ni siquiera el dueño de la tienda, porque de ser así ya lo habrían escondido bajo tierra.*

Lo único bueno que parece traer esta fría temporada a este lugar perdido de la mano de Dios es un baile que organizan a final del año. Varias personas me han aconsejado que aproveche ese acontecimiento para dejar a un lado el luto, y, lo creas o no, estoy considerando la idea. ¿Crees que a papá le importaría? Sé que no, por supuesto que no, porque él nunca tuvo en cuenta esas cosas. Pero, de todas formas, ya sabes que para mí esta tela oscura era como un uniforme, una especie de sotana sanitaria.

¿Te acuerdas de cuando me tinté el pelo de negro utilizando hollín y la señora Rolan me sumergió la cabeza entera en la bañera para darme un escarmiento? Puede que de nuevo esté atravesando una

de esas extrañas etapas de búsqueda de identidad, porque hacía mucho que no recordaba a esa pobre mujer que tuvo que criarnos y enseñarnos algo de disciplina. Deberías buscarla, si no ha muerto ya, y darle un premio por haber hecho de mí alguien de provecho. Porque, aunque cambie el exterior, el interior siempre permanecerá intacto y eso es solo gracias a vosotros.

Sigo echándote muchísimo de menos.

Tuya siempre,

M. Jane

Capítulo 14

La mina

—Debe venir conmigo —digo apremiándola a salir de su consulta, aunque antes debe recoger en su maletín todos los utensilios que puedan serle necesarios.

Hace más de una semana que no había entrado en la consulta, pues la búsqueda del pequeño Shutter me ha mantenido lejos de Four Steps, así que verla de nuevo con su cabello recogido en una suave trenza rojiza, que cae sobre uno de sus hombros, me provoca un pequeño e inesperado nudo en la garganta que tengo que sortear tragando saliva.

—¡Vamos, rápido! Una mina se ha desmoronado en Silver Lane —le informo con la voz acelerada—. Muy pocos mineros han logrado salir y dicen que abajo hay más de cien hombres.

—¡Dios mío, qué desastre! ¿Y eso cuándo ha sido?

—Hace unas horas. Todos los médicos de alrededor han sido avisados con urgencia.

—¿Y por qué a mí nadie me ha dicho nada hasta ahora? —pregunta mientras mete vendas de forma atropellada en una bolsa.

No contesto, porque tampoco hace falta. Ella sabe bien que, aunque ya todos la conocen por los alrededores, nadie la considera realmente una doctora licenciada en Medicina. Su cualificación se confunde con el boca a boca: unas mujeres creen que es matrona, otras una simple enfermera, incluso los hay que dicen que en realidad el médico era su marido difunto, pero nadie la ve como un galeno ilustrado. Aunque le duela, solo tarda unos segundos en comprender y se sobrepone inmediatamente. Lo sé porque sus ojos se dirigen al suelo y aprieta la mandíbula, para después volver a subir y desafiarme con esa intensidad tan propia de ella.

Estoy cansado de su falta de reconocimiento profesional, sobre todo porque sus progresos en Four Steps han sido más que notables desde que trató al hijo de Melany Thorne. El niño ha salvado su

pierna después de caer de un árbol mientras jugaba con sus hermanos a trepar por las ramas. Ni siquiera le quedarán secuelas después de semejante accidente.

Una vez lista, la ayudo a subir a una carreta que se ha preparado en pocos minutos, donde van algunos hombres voluntarios con todas las herramientas necesarias para ayudar. Nada más verla, Dennis sonríe y le ofrece su asiento. Sé que le dará conversación hasta que lleguemos a Silver Lane, y eso, aunque no me agrade, sé que la hará bien, porque así conseguirá distraerla un poco. Antes, cuando la he cogido de la cintura para subirla a la carreta, era todo un amasijo de nervios. Malarke y otros hombres, junto conmigo, vamos a lomos de nuestros caballos porque serán necesarios para cargar con las piedras que se vayan sacando de la mina hasta alcanzar alguna veta de aire. Por desgracia, no es la primera vez que ocurre algo así, y ya todos sabemos lo que hay que hacer.

Más o menos.

Cuando llegamos, a pesar de que el viaje ha sido de algunas millas y ha resultado bastante agotador, la doctora Walker nos sorprende a todos los que vamos en ese grupo bajándose ella misma de la carreta y dirigiéndose hacia el hospital improvisado que han montado frente a la boca de la mina. Anda con buen ritmo, aunque su bolsa debe de pesar una barbaridad, ya que la tiene que coger con ambas manos.

—La doctora Walker —saluda extendiendo el brazo hacia el doctor Holden—. ¿En qué puedo ayudar?

El que se supone que es su compañero de profesión y debería tratarla como tal la mira por encima del hombro sin dejar de atender al hombre herido que está tumbado a su lado. Señalando detrás de ella, le manda en esa dirección con cierto desdén:

—Alguien debería ver a esos negros.

La doctora mira hacia el lugar indicado y ve que, muchos metros más allá, fuera de las instalaciones del hospital, que no es más que un par de sábanas extendidas para evitar que la arena cubra a los heridos, hay un grupo de hombres de color desangrándose sin que nadie los atienda.

Cuando llego hasta ella, con agua, una palangana y otros utensilios que me ha pedido, descubro que está haciendo un torniquete a un hombre que ha perdido una pierna y se desangra de cintura para abajo. El hombre no para de gritar, y es necesario que otros dos lo cojan por los hombros para que la doctora pueda seguir trabajando. El escenario alrededor suyo es dantesco, hay una docena de hombres cubiertos de arena, carbón y sangre esperando su turno. Algunos lloran como niños, otros llaman a sus compañeros que todavía no han salido a la superficie, y un último grupo ya no dice nada porque están muertos o desfallecidos. Me sorprendo viendo cómo esa mujer menuda de pelo rojizo, a la que todos han ninguneado en Four Steps, aquí se afana por atenderlos sin importarle su color de piel. Trabaja sumamente concentrada, imperturbable ante el horror que se extiende más allá de los gritos de auxilio y dolor.

Malarke se acerca a nosotros y juntos tratamos de ayudar en lo posible a estos esclavos que trabajaban en la mina a cambio de su libertad. La doctora nos da órdenes certeras y claras para que tapemos las heridas, tal y como ella hace. Pone su mano sobre la mía y me enseña a taponar las arterías importantes, lavando siempre antes las heridas con un poco de alcohol que usamos como desinfectante.

—Tranquilo, Louis, ya voy a ayudarte —exclama cuando vemos a mi ayudante que parece a punto de desmayarse, porque no es fácil soportar la visión de ciertas fracturas abiertas, pero el chico aguanta en pie por pura hombría, ya que la doctora no parece sensible a la deformación de los huesos, las hemorragias o las vísceras sueltas.

—¡Doctora Walker! —gritan su nombre desde el hospital que hay más adelante, de donde la han echado hace unas horas—. La necesitamos aquí, uno de mis hombres se ha herido tratando de entrar en la mina.

El hombre que ha hablado es un sargento del ejército que ha acudido con su compañía al conocer la noticia.

—De acuerdo, enseguida lo atiendo —dice sin moverse del sitio—, pero antes debo terminar de ayudar a estos hombres.

Holden y otros médicos levantan la cabeza y la miran ante la insubordinación, pero pronto vuelven a sus heridos negando con la cabeza como si al ser una mujer no tuviera criterio ni sentido explicarle nada.

—¡Iré yo! —exclama un joven doctor que acaba de llegar, abriendo su maletín y sacando varios instrumentos—. Me llamo McNeil.

Mary Jane me sonríe y se encuentra entonces con mi mirada reprobatoria.

—Todos la han escuchado, se está buscando enemigos también por esta zona —le explico—. ¡No debería haber dicho eso en voz alta!

—Me da igual lo que digan, ¿no ve que soy una mujer estúpida? ¿O es que todavía no lo ha entendido? Antes era demasiado mala para tratar a los blancos, y ahora soy demasiado buena para cuidar de los negros. —Tiene el cuello, los brazos y las manos salpicados de sangre. Está furiosa porque no puede controlar ese sentimiento que late en su corazón y está a punto de hacer que se le desborden las lágrimas de los ojos, y, aun así, a punto de desmoronarse, me sigue pareciendo preciosa e inalcanzable.

—Tiene que aprender a elegir las batallas en las que tiene que luchar. Aquí puede ganarse de una vez por todas el reconocimiento que anhela de sus compañeros —le digo cogiéndola del brazo para hacerla entrar en razón—. Pero, como siga así, lo que conseguirá es que le den la patada definitiva. Necesita la buena opinión de ese hombre —le explico señalando al sargento—, él puede ayudarla.

—No necesito su reconocimiento, solo el de mis pacientes —dice con desprecio, apartándose de mí y volviendo a atender a los mineros que hay todavía por el suelo.

Solo cuando todos los hombres de su grupo están fuera de peligro, la doctora decide ir al hospital, donde aún se escuchan los lamentos de algunos moribundos.

Cerca de ella, un sacerdote practica la extremaunción, mientras Mary Jane le cierra los ojos al paciente tras unos segundos intentando que reaccione insuflándole aire a sus pulmones a través de una cánula.

—Que Dios la bendiga —dice el eclesiástico haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza—. Hoy ha sido de gran ayuda.

—No la suficiente, padre —dice la doctora mirando al fallecido—. No la suficiente.

Capítulo 15

Dudas

—Debería comer algo más, *Doc.* —Su voz parece tan cansada como la mía. Reconozco que, después de lo que he visto y vivido, me cuesta tragar, pero hago el esfuerzo porque sé que el *sheriff* Morrison está preocupado por mí, aunque intente disfrazarlo utilizando ese diminutivo. Solo lo hace cuando estamos a solas, como ahora, camino de vuelta a Four Steps, con la moral bastante baja por haber perdido una treintena de mineros.

A pesar de que tenía una entrevista pendiente con su *marshal*, se quedó conmigo hasta que la situación estuviese controlada en Silver Lane. Pasó casi todo el tiempo a mi lado, demostrándome que no era la primera vez que se encontraba de cara con la muerte. Incluso bajó a la mina y sacó a algunos hombres más, toda una proeza.

Durante esta extenuante jornada he tenido la oportunidad de entablar amistad con un par de médicos de la zona, hombres a los que no les ha importado que yo fuera una mujer para ayudarlos. El doctor Dolomius, de Cold Water, y el doctor McNeil, de Mine Falls. Colaboraron conmigo, trabajando codo con codo, y agradeciendo más tarde mi intensa dedicación con los más afectados.

«Ha sido un placer tenerla como compañera, doctora Walker. Espero tener la oportunidad de volver a verla en mejores circunstancias», dijo McNeil con sinceridad tras estrecharme la mano en nuestra despedida, como hizo con el resto de hombres. Un gesto que significó mucho para mí, ya que otros hombres como el doctor Holden ni siquiera se dignaron a mirarme cuando se fueron de allí.

—¿Por qué sonríe? —pregunta el *sheriff* despertándome de mis pensamientos, y descubro entonces que me está observando mientras mastico en silencio.

Hemos parado en una pradera preciosa para dar un descanso a los caballos, ya que la carreta se fue con el resto de hombres hace dos

días. Hay un río muy cerca y se puede escuchar el agua circular, incluso de vez en cuando se asoman algunas ardillas de los árboles. Creo que saben que tenemos comida.

—¿Recuerda la cara de ese sargento cuando le dije que no podía atender a sus hombres?

Morrison no responde, pero la sonrisa que se le dibuja en la cara le hace un pliegue en la piel ocultando, casi por completo, esa fea cicatriz que cruza su mejilla izquierda. Ya me he acostumbrado a ella, pero es cierto que está mucho más guapo así. Feliz o, al menos, sin tener tan presentes todas sus preocupaciones.

—Fue una imprudencia de su parte —me dice apuntándome con la cuchara con la que está comiendo, y que hace unos minutos removía el estofado que me ha preparado—. Las cosas se están poniendo muy feas y eso ha sido toda una provocación.

Una de las mujeres de los mineros fallecidos nos acogió en su casa para descansar y no nos permitió que nos fuéramos sin algo de comida para el camino; ahora, gracias a ella, me doy cuenta de que mi compañero de viaje es, además de *sheriff*, un excelente cocinero.

—Algunos vaqueros dicen que al final estallará la guerra —digo estirando las piernas delante de sus ojos. La falda me cubre hasta las botas, pero aun así se me ven un poco las enaguas de color crema que trato de esconder rápidamente, algo que no ha pasado desapercibido para el *sheriff*—. Los oigo hablar cuando pasan a comprar provisiones por la tienda del señor Harris.

—No me extrañaría. Hay más negros que indios en América, y con ellos también tendrán que utilizar las armas para que dejen de ser una amenaza.

Esa frase provoca un silencio extraño entre nosotros. Deseo preguntarle más cosas sobre la tribu con la que llegó a vivir, los kiowas, sobre ese hombre al que me encantaría conocer para que me trasladase todos sus conocimientos medicinales, pero la voz desaparece en mi garganta por miedo a perder su amistad. La mujer que amó también era kiowa, y ser testigo de su muerte debió de ser algo horrible.

Seguimos en silencio, pero no es nada incómodo. Me gusta mucho su compañía, me he acostumbrado a su conversación escueta,

aunque sincera, incluso cuando me sermonea como ahora por haber sido una imprudente. Sé que no debo aspirar a más, porque su corazón ya lo entregó a otra persona hace muchos años, pero creo que ambos nos estamos ayudando a que nuestra existencia en Four Steps sea más soportable.

—Vamos, *Doc*, levante su bonito culo de ahí, porque aún nos queda mucho camino por delante —exclama poniendo fin a nuestro merecido descanso.

—He pensado… —digo rápida para obviar su escandalosa frase, aunque no puedo evitar sentir calor en las mejillas.

—¿No me diga? —me corta mientras tira de mi brazo con fuerza para levantarme del suelo, y, por el impulso, quedamos muy cerca, uno frente al otro.

Ninguno de los dos se aparta, estableciendo una conversación silenciosa con los ojos. Nos miramos con intensidad durante unos breves segundos y siento la calidez de su mano en mi espalda.

—Sé que se está riendo de mí, cuando dice ese tipo de cosas —murmuro casi sin voz—. Lo hace para provocarme, ¿verdad?

Me siento muy débil, muy niña frente a él cuando lo digo. Pero no es por la diferencia de altura o porque su cuerpo sea el doble de grande que el mío. Es por ese influjo indómito que proyecta y que me tiene fascinada desde el primer día. Siento que sin querer me estoy desnudando un poco, demostrándole de forma abierta y sincera lo que me hace sentir. Eso me hace totalmente vulnerable, pero con él la sensación de calma y seguridad es infinita. Algo dentro de mí me dice que nunca me haría daño, y esa tranquilidad es casi adictiva.

—Jamás se me ocurriría —susurra sin apartar sus ojos de mí, acariciándome la mejilla con el pulgar hasta llegar a un mechón de mi cabello que aparta poniéndolo detrás de mi oreja.

Ese gesto, que pasaría desapercibido para muchas mujeres, para mí es algo abrasador. Nunca he tenido esta clase de intimidad con nadie, por eso se me aceleran las pulsaciones, me flaquean las piernas y siento que me voy a desmayar.

«Necesito aire, separarme de él, respirar un poco».

—¡No, en serio! He pensado que, como estamos muy cerca de la reserva de los kiowas, podríamos… —digo apartándome deliberadamente y alzando la voz más de lo debido.

—¡Ni hablar! —dice dándome todo el espacio que necesito, haciendo como si no hubiese sucedido nada entre nosotros hace un momento—. Tengo todavía una entrevista pendiente, ¿recuerda?

Aprovecha para recoger todos los cacharros que hemos utilizado y avanza unos metros hacia la orilla del río para lavarlos. Yo contemplo absorta cómo se mueven los músculos de su ancha espalda, fijándome en la parte del trasero que se le ha manchado de tierra y que debería sacudirse. Pero entonces se me caldean las mejillas y enseguida me obligo a despertar de la ensoñación. Lo acompaño torpemente con solo un par de cubiertos en las manos. Quiero comprobar que no está enfadado conmigo, al menos, no tanto como yo confundida por lo que he sentido hace un momento cuando me miraba con esa intensidad.

—Pero su *marshal* ya sabe que está de camino, ¿qué importa si llega un día más tarde de lo esperado? Además, usted no es el único *sheriff* que está bajo sus órdenes, hay más hombres que pueden hacer ese trabajo —digo mientras me cojo las faldas y las subo para que no se mojen demasiado.

—Gracias por valorarme de ese modo, doctora Walker —dice fingiendo más seriedad de la acostumbrada—. La próxima vez que necesite ayuda para atender a los heridos de un accidente, llame a su amiguito.

—¿A quién se refiere?

—Al doctor McNeil; según ha dicho, está deseando volver a verla «en mejores circunstancias».

—¡Estaba escuchándonos! —exclamo sorprendida por esa actitud infantil.

—Ese hombre se lo dijo cuando estábamos a punto de partir, yo estaba a su lado —me responde subiendo un tono su voz y salpicándome de agua mientras enjuaga los platos.

—¡Está celoso! —Y de inmediato pierdo los cubiertos de las manos.

«¿Pero qué he dicho?».

Consigo recuperar las cucharas antes de que se las lleve el río y trato de explicar mi conclusión para no llevarlo a error:

—Quiero decir, que está celoso de que mi trabajo pueda ser más importante que el suyo. Pero no es verdad, ¡los dos lo son! Usted también ha estado magnífico en esa mina.

A Morrison le parecen divertidas mis palabras.

—No estoy celoso porque el doctor McNeil se haya comportado como un caballero con usted, ¡ojalá todos lo hubiera hecho esta mañana! —responde mirándome desde arriba, haciendo más evidente nuestra diferencia de altura—, como tampoco estoy celoso por su labor en esta comunidad. En realidad, me siento muy orgulloso de usted, Mary Jane. Lo que ha hecho allí ha sido toda una proeza.

De repente, me siento atravesada por sus palabras. No las esperaba y casi siento cómo llegan a toda velocidad, directas para estrellarse contra mi corazón.

—Gracias —consigo decir mientras pestañeo rápidamente, para que no se dé cuenta de lo mucho que me ha emocionado.

En ese momento él arroja a la orilla todo lo que lleva en las manos y, después de apartarme las lágrimas de los ojos con sus enormes pulgares, me dice con voz estrangulada:

—No vuelva a dudar más de sí misma, ¿me ha entendido?

Aquello me hace sentir aún más pequeña a su lado, y asiento como única respuesta, ya que de repente se me ha olvidado hablar. Entonces siento cómo me envuelven sus brazos, grandes y poderosos, haciendo que el calor de su cuerpo me haga sentir el ser más deseado de esta tierra. No puedo evitar responder a su abrazo, estrechándome aún más a él, apoyando la mejilla en su pecho. Sus labios besan mis sienes, sellando para siempre esa escena en mi colección de recuerdos favoritos.

—Gracias —es lo único que consigo decir sin dejar de oler su cuello, memorizando para siempre el perfume de su piel.

Capítulo 16

El marshal Buck

—No puedo esperar tanto. Dentro de poco será el baile de fin de año en Four Steps. ¿Y si Shutter está esperando ese día para presentarse? ¿Qué le digo a la gente? ¡Que no tengo balas porque descarriló un tren y robaron todo lo que había en él! ¿Sabes quién fue el que lo hizo? Porque a mí me viene un nombre, y es el de la misma persona que nos está volviendo a todos locos.

—Tranquilo, Dewey —murmura mi jefe mirando a nuestro alrededor y cogiéndome del brazo como advertencia para que no siga elevando la voz—. Está todo controlado, como siempre.

Normalmente en el local de Samantha estamos tranquilos porque gracias a la música y a las chicas hay demasiadas distracciones para que alguien esté pendiente de nuestra conversación. Pero es cierto que me he confiado demasiado, no conozco a todos los vaqueros que han venido esta noche a ver la actuación.

—¿Qué pasa, *sheriff*? ¿Todo bien por casa? —pregunta Buck mirándome directamente a los ojos, ladeando la cabeza para ver más allá de las sombras que proyecta mi sombrero—. Hace unos meses te habría importado una mierda que Shutter viniera aquí a pedir tu cabeza, ¿por qué ahora estás tan nervioso? ¿Qué ha cambiado desde la última vez que nos vimos?

—Ese día habrá ancianos y niños en la plaza, señor —contesto imitando su tono formal—. No me gustaría que hubiera ningún herido.

—No lo habrá, Dewey, porque tú estarás ahí. Y yo confío en ti. ¿Confías tú en mí?

Devuelvo la mirada taladradora de mi viejo amigo y él parece leer algo en mis ojos, porque de repente sonríe enseñándome los dientes mientras se apoya en el respaldo de la silla.

—Entonces, es cierto lo que dicen por ahí… —Un deje de humor en el tono de su voz me hace beber hasta la última gota de mi vaso

para dejar de ser un blanco fácil—. Me alegro mucho de que esa polvorilla pelirroja haya encontrado la cura definitiva para los males de tu corazón.

—Para ser *marshal*, se te da muy bien escuchar los chismorreos de la gente, ¿no crees? Deberías estar más atento a tu trabajo y así no asaltarían tantos trenes —respondo con resquemor, pero no consigo el efecto deseado, porque me contesta con una carcajada triunfal.

—Escuchar chismorreos es mi trabajo y, por lo que he oído, te ha dado fuerte con esa doctora, ¿eh? Por eso estuviste buscando tan intensamente a ese tipo que se metió en su consulta y la tiró al pozo —murmura pensativo peinándose la barba—. Empiezo a sentir curiosidad por conocerla. Dime, ¿lo que dicen que hizo en Silver Lane es cierto?

—Totalmente —aseguro sin exagerar un ápice—. Yo estuve allí, Buck. Aquello era una verdadera carnicería, y ella supo mantener el temple en todo momento. Incluso Malarke estuvo a punto de desmayarse al ver tanta sangre.

De nuevo provoco una fuerte carcajada en mi amigo, pero esta vez me doy cuenta de que es su método para moverse del asiento y ampliar su campo de visión, así toma nota visual de todos los hombres que nos rodean. No sería la primera vez que uno de ellos se levanta de repente y nos apunta con la boca de su revólver en las sienes.

—A ese chico tuyo todavía le hace falta mucho mundo por vivir.

—Solo espero que sea lo suficientemente listo para no aprender nada de mí —escupo con sinceridad.

—Bah, ¡bobadas! Eres el mejor hombre que tengo —dice poniéndose el sombrero y levantándose, dando así terminada esta reunión.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí, Buck? Escondido en el culo del mundo.

Salimos al exterior y la claridad nos ciega unos segundos.

—¿Por qué sigues aquí, Dewey? Fuiste tú el que me pidió no moverse, ¿o es que acaso ya no quieres seguir controlando esa reserva?

Buck se planta ante mí poniendo las manos en su cinturón, donde cuelgan dos pistolas plateadas a la altura de sus dedos. Un movimiento en falso de cualquiera de esos tipos que merodean la puerta del local y ambos vaciaríamos nuestro cargador sin pestañear. No sería la primera vez que nos encontramos espalda con espalda en medio de un tiroteo.

Asiento con la cabeza para responder a su pregunta, pero al hacerlo descubro a la doctora atravesando la calle con un hombre del este vestido de manera muy elegante.

«¿Pero quién coño es ese?».

Hablan animadamente, y ella parece disfrutar de su conversación, lo que me provoca cierta repulsa inmediata. Me doy cuenta de que algo ha cambiado en la señorita Walker, apenas lleva el cabello recogido, algo muy extraño en ella, y luce una camisa blanca con volantes y una falda que no le había visto antes. La falda es de terciopelo verde oscuro en lugar de su habitual color negro. Hoy está especialmente bonita, ciñendo su estrecha cintura con ese cinturón ancho de color marrón, algo que me enfurece. Aunque lo intento, no puedo controlar mi repentino mal humor. Me distraigo unos segundos más porque mis ojos no pueden dejar de seguirla, reconociendo su andar ágil y decidido que ya me resulta tan familiar. El hombre elegante se ríe por algo que ha dicho, y a mí se me revuelven las tripas. Creo que casi emito un ligero gruñido tal y como haría Alondra. Las ganas de cruzar la calle y pegarle un puñetazo son tan obvias que Buck no puede hacer otra cosa que girarse en redondo para poder ver lo que ha robado mi atención de manera instantánea.

—Vaya, vaya, vaya…

Cuando la ve en la distancia, sus labios se tuercen levemente para dibujar una sonrisa y me dice mirándome de soslayo:

—¿Y a dónde dices que quieres que te envíe? —pregunta el muy ladino levantando su espesa ceja—. Porque no me importaría nada en absoluto cambiarte la oficina para tener las mismas vistas que tú tienes ahora.

Mi golpe en su brazo no resulta tan fuerte como me gustaría, porque su posterior carcajada de provocación me sienta como una

patada en el estómago.

Capítulo 17

La noticia

La primera en felicitarme fue Megan Higgins, la maestra de escuela de Black Stone que había conocido en mi viaje de ida. Finalmente se había prometido con ese criador de caballos que la había ayudado a llegar a su destino, y él la había llevado hasta Four Steps para que pudiera visitarme mientras hacía negocios, y así darme la invitación a su próximo enlace.

—En cuanto me dijeron que una doctora había salvado la vida de tantos hombres, me acordé de ti —comentó nada más entrar en mi consulta, sorprendiéndome muy gratamente—. Sabía que no pasarías desapercibida mucho tiempo en el Oeste.

Megan tenía razón porque, días después, un periodista del *Harper's Weekly* de Nueva York me envió un telegrama para solicitar una entrevista de manera oficial. Y aquello sí que me dejó de piedra:

—¿El *Harper's Weekly* no es una revista política? ¿Qué relevancia puede tener para los ciudadanos mi actuación en Silver Lane? —le pregunté al periodista, el señor Brooks, mientras atravesábamos la calle principal de Four Steps hacia mi modesta consulta.

Yo misma había estado esperando un buen rato a que llegase con la diligencia, la única manera de llegar aquí hasta el momento, pues las vías del ferrocarril se terminan a un día y medio de distancia. Según dicen, tendremos que esperar hasta la primavera siguiente para que venga el tren por aquí, eso si antes no estalla la guerra que todos esperan.

Como sabía que mi hermana compraría la revista, ya que el señor Brooks me indicó que también me haría una fotografía, decidí estrenar la falda que Sharon me había regalado con la tela de terciopelo verde oscuro que la señora Harris me había entregado. Ambas estaban muy agradecidas por mis atenciones y así me lo demostraron, aunque yo todavía no me veía merecedora de tanto cariño.

—Si mal no me he informado —responde el señor Brooks, ya sentados en el despacho de mi consulta, buscando entre sus libretas algunas anotaciones—, usted atendió a todos los esclavos heridos en esa mina de Silver Lane el 12 de diciembre. Solo usted, ¿no es correcto? Entienda que, ahora mismo, dadas las tensiones políticas, algo así tiene mucha relevancia. En algunos sitios ya empiezan a llamarla la doctora *Walker Black*, porque solo atendió a los hombres negros. Y tras saber que era de Nueva York, el interés de los nacionalistas por conocer a alguien como usted ha sido mayúsculo. Por eso también desde el *Harper's Weekly* nos gustaría obtener una imagen suya, ya que muchos creen que es una leyenda y no existe una mujer como usted en la realidad.

—No solo estaba yo, había más médicos atendiendo a los enfermos, ya que fueron muchos los hombres afectados en aquel accidente. Nos tuvimos que separar para poder asistirlos a todos, pues había numerosos casos de urgencia. A mí me tocó el grupo de esclavos, pero no solo atendí a hombres negros. Yo fui a Silver Lane a ayudar, me daba igual el color de la piel —confieso mientras el señor Brooks anota mis palabras muy concentrado. Y, de pronto, en medio de esa narración, mis ojos se desvían hacia las escaleras que llevan al piso de arriba.

—¿Sabe a cuántos hombres atendió? ¿Cuántos trabajaban en esa mina? —Las preguntas del señor Brooks se van concentrando en un tema bastante escabroso, y mi corazón se acelera cada vez más—. Algunos informes dicen que, después del accidente, no se han encontrado algunos cuerpos de los fallecidos, ¿cree que es posible que algunos de esos hombres huyeran en búsqueda de su libertad aprovechando el alboroto?

—¡No, seguro que no! —afirmo con seguridad—. Los hombres que salían de allí estaban heridos, sería imposible huir de ningún modo. Todos los habríamos visto.

«¡Dios mío, no! Espero que me haga caso y que por su bien no se mueva en absoluto».

Desde hace un par de días, estoy hospedando al hijo pequeño de uno de esos esclavos de los que hablamos. Después del accidente, su padre murió y se encontró solo en el mundo. Herido y huérfano,

aprovechó la oportunidad en medio del caos para huir; fue así como se escondió en la carreta que llegó hasta Four Steps con el resto de vaqueros que habían venido a ayudar. Permaneció escondido entre unas mantas hasta que me vio; tras reconocerme, supo que yo lo ayudaría, momento en el que salió y me siguió hasta mi consulta. Allí, después de darme un susto de muerte, se me presentó y decidí acogerlo unos días después de conocer su historia. Sé que no puedo quedármelo mucho tiempo, pues habrá hombres buscándolo, pero estoy esperando a que sus heridas mejoren antes de saber qué hacer con él.

«He metido la pata».

Sin embargo, si ahora este periodista lo descubre, puedo meterme en un buen lío. Y no quiero volver a cometer ningún fallo para que venga después el *sheriff* Morrison a echarme en cara lo inconsciente que soy por hacer cosas así.

—Y, dígame, doctora Walker, ¿qué fue lo que la empujó a venir al Oeste? ¿Cuál es su posición frente a la esclavitud? ¿Tenía servidumbre en Nueva York? ¿De qué color eran? —Las preguntas del señor Brooks empiezan a ser bastante incómodas y ya no me parece tan agradable su visita.

Definitivamente, ha sido mala idea aceptar esta entrevista. Se están tergiversando mis actos para politizarlos en su conveniencia. Debo hacerle entender que yo no soy ninguna noticia, es preferible no abanderar ninguna causa, para salvar el cuello. El mío y el del que tengo ahora bajo mi cuidado.

—Me temo que ha debido de haber un malentendido, y siento mucho que haya hecho un viaje tan largo solo para verme. Mi única intención al acudir a ese lugar fue humanitaria, en ningún caso me guie por ideales políticos —trato de explicar mientras me levanto de mi asiento, obligándolo a hacer lo mismo.

—Pe-pero… ¡tengo muchas preguntas! ¿Y las fotografías que accedió a hacerse? —De pronto, un estruendo en el piso de arriba nos asusta a ambos y desvío la atención hacia el lugar donde procede ese ruido—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Alondra baja las escaleras rápidamente, interpretando un magnífico papel de perrita asustada, buscando su cobijo bajo las

caricias de mis manos, que no tardan en llegar para premiar su astucia.

«A veces me sorprende lo lista que es esta perra».

—Tranquila, Alondra, no ha pasado nada —murmuro en voz alta siguiendo con la pantomima para que el señor Brooks no insista—. Debe de haber sido mi perrita, siempre está hambrienta la pobre. Debería darle algo para comer, ¿quiere usted acompañarnos?

Sonrío de la manera más encantadora posible y el señor Brooks me mira con una expresión que no sabría muy bien cómo identificar, algo que me pone bastante nerviosa. No sé hasta qué punto se ha tragado el numerito de Alondra.

—No, gracias, yo… —comienza a decir el periodista—. Me alojaré un par de días en una de las habitaciones del restaurante de ahí enfrente, hasta que pueda coger el próximo ferrocarril que me lleve hasta Nueva York. Si tiene algo más que decirme, por favor, búsqueme. La historia de su vida sería una gran noticia para nosotros. Una mujer sola que viene hasta aquí para defender sus ideales es algo que nunca se ha visto hasta ahora —dice con pena, rascándose la coronilla.

—Lo siento mucho, señor Brooks. Pero no soy la mujer que está buscando. Lo que sucedió en Silver Lane es solo un ejemplo de las injusticias que se sufren aquí a diario. Vaya a Nueva York y cuente la historia que quiera, seguro que la realidad supera la ficción —me disculpo con él mientras lo acompaño al restaurante de Sharon, allí ella le dará algo delicioso para comer y hacerle olvidar el mal día.

En el camino de vuelta a la consulta, soy terriblemente consciente del error que he cometido al esconder a Mosi, pues es así como se llama el niño.

Mosi puede ser un detonante para que mi enemistad con los ciudadanos de Four Steps termine confirmándose y Henderson me dé al fin una grandiosa patada en el culo llevándome de vuelta a Nueva York.

Los vaqueros de los alrededores podrían hablar de él a los capataces de Silver Lane si lo ven, y pronto vendrían a buscarlo para que siguiera trabajando en la mina como hacía hasta ahora. Sé que

conmigo no puede quedarse, en la consulta puede entrar cualquiera y descubrirlo, pero, entonces…, ¿dónde?

«¿En quién podría confiar este secreto para que me ayudase a sacarlo de aquí sin ser visto?».

De pronto, mis pasos se detienen frente a la oficina de *sheriff*. Hace un momento lo he visto despedirse de su jefe, así que sé que está solo, ya que, por la hora que es, Malarke ya habrá ido también al restaurante de Sharon a tomar algo.

Me miro en el reflejo de la ventana para revisar mi nueva imagen y me retoco el peinado antes de llamar a su puerta. Aunque no quiera reconocerlo, quiero que se fije en mí. Que diga algo sobre mi falda nueva o mi camisa blanca.

Sin embargo, cuando abre la puerta, su cara no es de muy buenos amigos. Tiene el ceño fruncido y la cicatriz en la mejilla se le nota aún más, afeando su rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha recibido malas noticias? —le pregunto mientras entro sin necesidad de que él me dé permiso. Algo que disculpa tras un carraspeo y vuelve a sentarse en su mesa, donde estaba limpiando su rifle, mientras yo espero una respuesta—. ¿Y bien?

—¿Y bien? —me pregunta sorprendido alzando la mirada y encontrándose con la mía. Está furioso, lo noto, sus fríos ojos me taladran sin piedad.

Su acritud me pone muy nerviosa y para evitar salir corriendo me subo las gafas por el puente de la nariz, sin saber si hago bien al esperar a que se le pase el enfado. Estoy nerviosa porque él me pone nerviosa, porque no lo soporto cuando se pone así. Como un perro sabueso a punto de morder. Está claro que su *marshal* no le ha reportado buenas noticias, pero tampoco es necesario tomar represalias conmigo por eso.

Si no fuera tan urgente lo que quiero pedirle, lo dejaría a solas con su mal genio, pero no quiero que el señor Brooks o alguien descubra a Mosi en mi consulta. A fin de cuentas, es un niño de seis años, en cuanto se recupere querrá salir de casa para jugar o correr, por eso solo el *sheriff* Morrison puede ayudarme para llevarlo a un sitio más seguro.

Trago saliva y decido decir al fin:

—Sé que posiblemente no sea el mejor día para pedirle algo, pero necesito que me haga un favor.

Capítulo 18

El pequeño Mosi

—¿Qué ha pasado? ¿Ha recibido malas noticias? —pregunta tras leer mi rostro, como si nos hubiésemos dejado una conversación a medias hace un momento.

A pesar del mal humor que me ha provocado la conversación con Buck, verla me relaja de inmediato. Me sonríe sin darse cuenta, con los rayos de sol incidiendo en su cabello, mostrándome esos reflejos rojos que cada vez me gustan más. Por supuesto, aprovecha que me he despistado para entrar a mi oficina como si fuera su propia casa, sin necesidad de que le dé permiso. No puedo evitar mirarla cuando pasa por mi lado, luce espléndida sin el luto al que nos había acostumbrado. La hace más joven y ese medio recogido le favorece en demasía.

Carraspeo incómodo al percatarme de lo que mi cuerpo empieza a sentir con su cercanía y decido alejarme de ella para no poder oler su perfume, que también reconozco, así que vuelvo a sentarme en la mesa donde estaba desmontando el rifle de Malarke, que se ha encasquillado porque es incapaz de mantenerlo en buen estado. De pronto, me sorprende con otra pregunta:

—¿Y bien?

—¿Y bien? —Alzo la mirada porque yo no tengo que explicarle nada sobre mi vida, y menos sobre mi trabajo, y justo en el instante en el que me encuentro con sus ojos verdes, escondidos tras esas simpáticas gafas metálicas, percibo su inquietud.

Todo su cuerpo está en tensión, a punto de echar a correr, pero algo se lo impide y por eso se pone aún más firme ante mí. Algo que me hace sonreír para mis adentros, pues su expresión es más cómica que imperturbable.

«¿Acaso le doy miedo?».

Sé que no cuido mi imagen tanto como ese periodista del este que ha venido a entrevistarla por lo que hizo en Silver Lane, algo que no

han tardado en decirme los conductores de la diligencia que se han llevado a Buck, justamente porque él se lo ha preguntado antes de subir, para que yo pudiera «salir de dudas y respirar tranquilo». Tal y como él ha dicho.

—Sé que posiblemente no sea el mejor día para pedirle algo, pero necesito que me haga un favor. —Su expresión es contenida. Tiene los brazos cruzados en torno a su pecho y está apretando los labios a la espera de una respuesta afirmativa.

En definitiva, me da la sensación de que mi querida doctora Walker ha vuelto a meterse en un buen lío.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunto sin ganas de querer saber la respuesta, levantándome de la mesa mientras me limpio las manos con un trapo.

—¿Por qué pregunta eso? ¡Yo no he hecho nada! —responde a la defensiva, aunque sus mejillas se visten de una rosada culpabilidad porque vuelvo a estar de pie y la diferencia de altura entre nosotros marca una distancia importante.

—¿No? ¿Y qué pasó cuando se le ocurrió hablar en la iglesia de la higiene y los hábitos de limpieza diaria? —La doctora no responde, solo me mira parpadeando de vez en cuando—. No quiero tener que volverla a sacar de un pozo medio muerta, ¿comprende?

Sin querer, o tal vez sin poder evitarlo, me he acercado más a ella. Pero no en una actitud amenazante, sino para demostrarle que puede contar conmigo. Quiero saber qué le pasa y empiezo a estar preocupado por lo que me tiene que decir.

Ella cierra los ojos durante un segundo porque se le hace difícil tener que confesarme esto y dice sin darse tiempo a respirar:

—Tengo al hijo de un esclavo de la mina escondido en mi consulta. Vino en la carreta que fue a Silver Lane, oculto entre las mantas y cuerdas que llevaron para ayudar en el accidente. Es un niño pequeño, no tiene más de seis años, está herido, pero no es de gravedad. —Recibo toda la información que llega a mí como un cañonazo tras otro y trato de no estrangularla en el acto, aunque esta vez se lo merece más que nunca—. Sé que no puede quedarse conmigo, acabo de darme cuenta después de que ese periodista me visitase. Si alguien de por aquí lo descubre, pronto vendrán a

llevárselo para que vuelva a trabajar en la mina, como su padre o su tío hicieron. Ambos fallecieron en el accidente, fueron de esos hombres a los que no pudimos salvar, por eso me siento en parte responsable de su cuidado y protección. La gente de las afueras ya está hablando de lo que hice en Silver Lane, lo sé porque mi amiga Megan me lo ha dicho y ella está en Black Stone. Además, el señor Brooks, ese periodista de Nueva York del que le he hablado, dice que la noticia ha llegado hasta allí, y que en el este me llaman la doctora Walker Black porque creen que fui para tratar solo a los esclavos. Si por casualidad quieren ver si eso es cierto e inspeccionan mi consulta, temo que entonces descubran a ese niño que nada malo ha hecho… —entrelaza las manos a modo de súplica, me ruega como si yo fuera un santo porque le cuesta decir estas últimas palabras—, y, si eso ocurre, es posible que terminen tomando represalias conmigo por haberlo ocultado.

—¡¿Es posible?! —No sé ni cómo he entendido toda su perorata, apenas se ha tomado un segundo o dos para respirar entre frase y frase.

—Sé que me pidió que fuera prudente, que evitase más enemistades. Pero hay cosas que ni usted ni yo podemos tolerar —añade jugando a meterme en su mismo bando. Pero levanto una ceja y le advierto con voz severa:

—Doctora Walker, a veces pienso que todavía no sabe dónde está realmente. Esto es el Oeste, si descubren que está ocultando a un esclavo en su casa, comenzarían tirando piedras a su consulta y después la quemarían con usted dentro, ¿cómo se le ha podido ocurrir semejante estupidez?

—¡No se me ocurrió a mí! El niño se escapó y se fue por la única vía que encontró, que fue esa carreta llena de trastos. Después, al llegar a Four Steps y verme a mí, supo que yo lo ayudaría porque me vio curando a los esclavos que trabajaban con su padre y su tío.

Entiendo la suerte que ha tenido ese chaval de poder salir de Silver Lane con vida y aún más al encontrarla a ella.

—Se da cuenta de que, como siga así, llegará el día en el que yo no voy a poder ayudarla, ¿verdad? Lo que está haciendo aquí es una provocación para mucha gente de allí fuera. Terminará con una soga

alrededor del cuello y, cuando eso suceda, yo me sentiré muy culpable por no haberla protegido como debería.

—¡Le prometo que no volveré a hacer nada estúpido a partir de ahora! —se excusa de manera infantil, acercándose tanto a mí que tiene que alzar la mirada. Coge mis manos entre las suyas y las eleva a modo de súplica—. Por favor, por favor. Ayúdeme.

Durante un segundo, mantengo nuestras manos unidas, sus dedos son finos y delicados. Nada que ver con los míos, llenos de callos, cortes y durezas. Aun así, ella los acaricia con esmero mientras no deja de mirarme para que me apiade de su situación.

—Eso mismo me dijo la última vez —digo haciéndome atrás y volviendo a coger el rifle de Malarke. Necesito tener otra cosa en las manos que no sea ella—. Debería volver a Nueva York, coger el mismo tren que ese periodista. Puede que con la fama y el reconocimiento que tiene ahora ya pueda hacerse un sitio en una ciudad grande del este, porque aquí solo encontrará miseria o, algo mucho peor, su propia muerte.

La doctora me observa en silencio y recapacita sobre lo que he dicho, que tal vez ha resultado demasiado duro para ella. Sé que se siente culpable, casi puedo oír sus propios pensamientos, aunque no me los diga, porque sus ojos son muy expresivos. Sin proponérmelo, he llegado a reconocer todas sus expresiones y miedos. A pesar de todo lo que le ha sucedido aquí, no quiere marcharse, no quiere coger ese tren porque en este lugar se ha encontrado a sí misma, y la verdad es que yo tampoco quiero que lo haga, pero siento que el peligro que se cierne sobre ella cada vez es mayor y empieza a ser preocupante. Como le he dicho, no podría perdonarme que le volviese a ocurrir algo. Es una mujer de buen corazón, trabajadora y generosa, por eso mismo no encaja en el Oeste. Aquí no hay sitio para los buenos sentimientos, y mucho menos para el amor.

—¿De verdad quiere que me vaya? —pregunta cuando estoy de espaldas a ella, dejando el rifle en el gancho que hay en la pared destinado para ello. No me hace falta mirarla para saber que mis palabras la han afectado demasiado y me siento un bastardo por no tener más cuidado con ella.

Me giro y la miro dejando escapar el aire de mis pulmones.

«¡Demonios! Es tan bonita…».

Su cuerpo parece aún más pequeño y frágil que hace un segundo. Está fingiendo fortaleza porque, aunque mantiene una posición firme frente a mí, se está cogiendo la falda con las puntas de los dedos esperando a que yo le conteste. Tiene los ojos brillantes, a punto de dejar escapar alguna lágrima que hará todo lo posible para que yo no vea caer. Por nada del mundo quiero hacerle daño, pero debo ser sincero, porque está poniendo su vida en juego.

—No importa lo que yo quiera, doctora Walker. Tiene que pensar qué es lo más seguro para usted —intento decir en un tono de voz neutral, pero ella hace un gesto de disgusto, que me llena de tristeza y de dulzura a la vez.

Supongo que no es la declaración que esperaba.

—Está bien, yo… —Da un paso atrás, llevando su mirada al suelo, completamente derrotada por mi confesión, pero después se detiene al darse cuenta de que no ha terminado de solucionar sus problemas —. Yo solo venía a pedirle un favor, un último favor: ¿podría llevar a Mosi a la reserva de los kiowas? Seguro que allí no buscarán a ese niño, y así podrá terminar de curar sus heridas en un lugar seguro.

—Y después, ¿qué? Allí tampoco puede quedarse eternamente. — Me parte el alma verla tan confundida, pero es necesario que deje a un lado los sueños, no se puede vivir de ilusiones. Hay que tener los pies en la tierra. No puedo poner en peligro a los kiowas por salvarla a ella o a su protegido.

—Me marcharé al este en Año Nuevo, dentro de un par de semanas —dice con el rostro compungido, y la voz se le estrangula por la impotencia de no poder decir lo que realmente siente—, y el niño se vendrá conmigo, como si fuera de mi propiedad. No creo que nadie lo busque después de tanto tiempo.

—De acuerdo —digo tragando saliva, asumiendo que es lo mejor que puedo hacer por ella, apartarla de aquí y de mí, dadas las circunstancias—. Es la decisión más acertada. Los acompañaré yo mismo a la estación.

—Muchas gracias, *sheriff* Morrison. Que tenga un buen día —me contesta con una cortesía cortante por su frialdad.

—Igualmente, doctora Walker —digo apretando con ambas manos el respaldo de madera de una silla para aguantarme las ganas de decirle que no se vaya, que no me deje.

Capítulo 19

Preocupaciones

—¿Se pondrá bien? —me pregunta Samantha Loom desconcertada. No hace falta que nadie me diga que no se ha separado de esta niña, de ojos tan claros como los suyos, que reposa sobre esta cama enorme. Supongo que es la suya propia. Ahora esas sábanas de algodón arropan a esta criatura como si fueran nubes en el cielo y la hacen parecer aún más pequeña de lo que ya es. Un precioso angelito.

Pongo el dorso de la mano en la diminuta frente de la niña para notar su temperatura, después la llevo al cuello y las mejillas. Está ardiendo y, sin embargo, su cuerpo responde tiritando de frío.

—Tiene mucha fiebre, debemos bajar la temperatura de su cuerpo rápidamente. Hay que quitarle todas estas mantas y hacerle friegas con paños humedecidos en agua fría —indico apartando con diligencia toda la ropa de abrigo que tiene encima la niña—. ¿Tiene algo de hielo? Me sería de gran ayuda.

Es cierto que en otras circunstancias habría sido incapaz de dar órdenes a una mujer como Samantha, y menos en su propio local, pero si me ha hecho llamar es porque está realmente desesperada.

—Le daré todo lo que necesite, pero, por favor, sálvela —me ruega con una voz temblorosa que no llego a reconocer. Hoy no queda nada de esa mujer que conocí hace unas semanas.

—Es su hija, ¿verdad? —pregunto sin poder evitarlo, ya que el parecido es razonable, a pesar de que el cabello de la niña es más oscuro. La nariz, los pómulos, pero sobre todo los ojos son suyos.

Samantha asiente sin dejar de mirar a la niña, cogiendo su mano y abrigándola entre las suyas. Después de un silencio compartido, donde ambas nos detenemos a escuchar su débil respiración, me explica:

—Vive con mi madre en Long Lake, enfermó muy rápidamente y el médico de allí dijo que no podría hacer nada por ella, por eso la traje

conmigo. Doctora Walker, esta niña es mi vida. Quiero que estudie en la universidad como hizo usted, y que tenga más oportunidades de las que yo jamás podré imaginar. Haría todo por ella, daría hasta mi vida si eso fuese posible. —Las lágrimas interrumpen su monólogo, pero no es necesario que se esfuerce. No me tiene que dar más explicaciones.

Me acerco a Samantha y, tras mirarla a los ojos, a esos ojos que ahora no me dan miedo porque son todo amor, la abrazo con fuerza. Ella al principio se queda quieta, sin saber cómo responder a esa muestra de cariño sincera, pero después de unos segundos me corresponde. Abrazadas, acepta la honestidad que encierra mi gesto, y se permite llorar sobre mi hombro, dejando caer el peso de su cuerpo sobre mí porque no puede con él. La pena de ver a su hija enferma la está devastando, no quiere imaginar su final.

—No deje que muera, por favor, doctora. Haga lo que sea, pero no la deje marcharse.

—Haré todo lo que esté en mis manos, se lo prometo.

Bajo mi humilde experiencia, sé que este caso no tiene buen pronóstico. Cuando los niños son tan pequeños, su cuerpo apenas tiene fuerzas para luchar contra una enfermedad. Sin embargo, la hija de Samantha está bien nutrida, está sana y es fuerte, eso es una baza muy importante. Tengo un nudo en la garganta, porque me encantaría decirle que tengo el remedio adecuado y mañana mismo podrá ver a su hija saltando y corriendo, pero lo cierto es que no es así. No tengo ninguna seguridad de que sobreviva ni siquiera este día.

—¿No va a sangrarla? —pregunta dudando sobre mis métodos.

—Eso solo serviría para que perdiera las pocas fuerzas que le quedan, señorita Loom, confíe en mí. Voy a tratarla como si fuera mi propia hija.

Ella me lanza una sonrisa triste y asiente, como si aceptara no inducirle más daño a su hija del que ya está sufriendo a causa de la enfermedad.

Todavía hay muchas cosas que desconocemos, y aunque cada día se están haciendo avances importantes, lo cierto es que nos encontramos desarmados frente a algunas enfermedades. Por eso es

tan importante que todos los conocimientos científicos se hagan públicos, porque la sabiduría de un pueblo no puede perderse en el olvido. Eso sería una aberración.

Pasamos horas junto a la niña. Samantha deja sobre mi espalda una mullida chaqueta que me abriga al instante.

—¿En qué piensa? —me pregunta cuando la luz de las velas apenas nos ilumina, solo se escucha el crepitar de la leña a lo lejos. Su hija parece estar respondiendo bien a mi tratamiento, ya no se queja con lamentos apenas audibles, pero la fiebre aún no ha remitido del todo. Por eso seguimos las dos en esta habitación, velándola al lado de su cama, haciéndonos compañía en esta noche tan amarga.

Niego con la cabeza ante su pregunta, no quiero parecer una egoísta, ahora su hija es la que merece toda nuestra atención y debo ser consecuente. No puedo confesar mis verdaderas preocupaciones, sería toda una falta de respeto.

—Señorita Walker, sé que es una magnífica doctora, pero está demasiado triste para sufrir por una niña que acaba de conocer.

—No tiene importancia, ahora debemos centrarnos en la pequeña —trato de contestar sin mucho éxito apartando la vista. Sin embargo, Samantha parece adivinar mis pensamientos y me obliga a mirarla para que la escuche con atención.

—Mi hija duerme por fin tranquila gracias a usted —me dice cogiéndome de la mano—. Sé que va a salir de esta, como también sé que no lo podríamos haber logrado sin su ayuda. No se desmerezca, su presencia aquí ha cambiado el destino de muchos de nosotros, y gracias a Dios que lo ha hecho. ¡Nos ha devuelto la luz, la fe! Puede que Four Steps no ponga en valor todo cuanto hace por los demás, pero no sea tan necia como ellos. No se castigue ni sea cruel con sus sentimientos, háble me abiertamente de lo que sea que le esté partiendo el corazón. ¿Acaso tiene algo que ver con nuestro amigo el *sheriff*?

Parece increíble la capacidad que tienen las lágrimas de aparecer en el momento menos indicado, porque de repente al oír su nombre me tiembla la barbilla y me siento incapaz de decir con claridad la siguiente frase:

—Me ha pedido que me marche de Four Steps —confieso con la mirada perdida en la llama de la única vela que hay encendida sobre la mesilla de noche—. Lo que hice en Silver Lane va a acarrearme problemas aquí, y es preferible que abandone la ciudad antes de que alguien tome represalias. Dice que ya no es un lugar seguro para mí.

Samantha me aprieta la mano, cogiendo mis dedos entre los suyos.

—Dewey se preocupa por todo el mundo, menos de sí mismo. Si te ha mandado fuera de aquí no es por eso que te ha dicho, sino porque no quiere que sigas aquí cuando Shutter venga a buscarlo. Puede que ese malnacido haya oído los rumores que circulan y sepa que le importas, y no quiere que te utilice contra él. Por eso te aparta, te has convertido en su mayor debilidad. —La voz de Samantha, grave y oscura, esclarece de manera repentina todos mis pensamientos.

—¿Está en peligro? —concluyo después de secarme el rostro, pensando en la aplastante lógica que tiene lo que acaba de decirme —. ¡¿Y por qué él no me lo ha dicho antes?! ¿Por qué me oculta algo tan importante?

—¿En serio piensas que Dewey te diría algo así? —me pregunta sin alzar la voz, pero con intensidad en su mirada, tanto que consigue frenar mis ganas de seguir interrogándola—. ¿Sabes lo que significas para él? ¿Acaso imaginas en lo que has llegado a convertirte? Has puesto su vida patas arriba, se desvive por protegerte, y ahora mismo se ve incapaz de hacerlo. El hombre más peligroso del Oeste quiere enfrentarse a él porque llevó a su hermano a la cárcel y posiblemente lo condenen a la horca. Jamás se lo perdonaría si te ocurriese algo, eso sería demasiado para alguien como él. Lleva demasiadas muertes a su espalda. Te dejará marchar porque piensa que es lo más seguro para ti y porque él no se merece a alguien tan bueno como tú.

—Él dice que vuelva al este, pero yo ya no soy de allí —dejo escapar sin haber tenido tiempo de meditar esas palabras—. Creo que ya no soy de ningún sitio…

—Tranquila, muchacha —me dice levantándose para poder llegar hasta mí, flexionando las piernas para conseguir que sus ojos estén

frente a los míos—. Tu hogar está aquí, con él. Gracias a ti, el espíritu de Lana podrá descansar tranquilo, pues ya habrá otra mujer velando por su felicidad. Por fin esa perra estúpida dejará de molestar a todo el mundo. Ya no será necesaria.

Me quedo mirándola sin comprender, entonces le pregunto casi con miedo:

—¿Alondra es un espíritu? El espíritu de su… —No puedo terminar la frase.

Samantha asiente y sonríe, pero pierdo su atención cuando su hija le pide un poco de agua. Entonces ella se acerca solícita y, mientras la incorpora para que beba, me dice moviendo los labios:

—Le ha bajado la fiebre. —La sonrisa que se le dibuja en su hermoso rostro no tiene precio.

Suspiro relajada y me dejo caer sobre el respaldo de la silla. Después de una noche esperando un milagro, parece que el tratamiento ha surtido efecto y doy gracias al cielo por ello.

Capítulo 20

Casarse no es perder la libertad

Cada día que pasa es una muesca más en el calendario. Las armas no llegan y no se sabe nada de Shutter desde hace unos días, algo que me inquieta mucho más. Ya han sentenciado a su hermano, a Buddy le quedan solo unos días entre los vivos, pero eso no me consuela.

Malarke dice que Shutter está pensando en la mejor manera de rescatar a su hermano, pero sé que no tendré tanta suerte. Ese bandido ya lo ha dado por muerto, solo quiere venganza, porque con ella demostrará a todos su hombría. Prefiere matar a un *sheriff* que salvar a su propio hermano.

Miro por la ventana en busca de paz al escuchar las risas de unos niños y su imagen aparece a lo lejos como si la hubiese llamado. Sonrío ante mi propia paradoja. Como siempre me sucede cuando la observo sin que se percate, podría pasar toda la mañana contemplándola fascinado. Cómo no, está hablando con la señora Harris, completamente restablecida después de su operación, de la que supimos todos porque fue la primera vez que el señor Harris cerró la tienda para cuidar a su esposa. Creo que gracias a la doctora se dio cuenta de que lo más importante en su vida estaba en el interior de su tienda, pero no llevaba ningún cartel.

La doctora Walker sonríe cuando la señorita Sharon la saluda caminando del brazo de Dennis, se paran a hablar demostrando confianza, pues sin duda se han hecho muy buenas amigas, aunque el hijo del herrero no sepa muy bien dónde meterse en este momento. Él dejó de cortejar a Mary Jane cuando comprendió que no había lugar en su corazón, tan solo destinado para la ciencia.

Lo suyo es vocacional, yo la he visto trabajar, y la pasión que enciende sus ojos cuando está intentando salvar la vida de alguien no la he visto en nadie más. Ama profundamente la vida y quizá sea eso lo que más admiro de ella.

La conversación continúa y el muchacho decide irse cuando se une una tercera mujer. Las jóvenes casaderas llevan días preparando el baile de fin de año, todos aseguran que va a ser un gran espectáculo, pero yo solo espero que no vengan Shutter y los suyos para aguarles la fiesta.

El hijo de Melany Thorne se acerca a la doctora, ya sin cojera ninguna, y le regala un bello ramo de flores silvestres. Yo niego con la cabeza, a día de hoy todos en Four Steps han leído sus hazañas en el *Harper's Weekly* y se muestran orgullosos de que viva en su localidad. Ya nadie la ignora.

«¡Hipócritas!».

Aunque ahora sea bienvenida por fin, después de tantas vicisitudes, me habría gustado que por una vez me hubiese hecho caso y se hubiese ido de aquí de inmediato. No puedo evitar preocuparme por su seguridad todo el día, del mismo modo que pienso a cada momento dónde estará. Sé que para Shutter sería muy fácil venir aquí y complicarme la vida encañonándola a punta de pistola, y el único culpable de eso sería yo. Quiero que se vaya de una vez y, al mismo tiempo, no la pierdo de vista. Solo estoy tranquilo cuando sé dónde está.

Son muchos los que han aprovechado para felicitarla y, de paso, aquejarse de alguna dolencia que ya tenían desde hace tiempo pero que ahora no les importa que ella los atienda. Incluso Modoc, que siempre ha permanecido al margen del resto del mundo, ha oído hablar de la mujer de pelo rojo que cura a los enfermos. Por su forma de hablar de ella, empiezo a pensar que no le disgustaría que le hiciera una visita. Me ha hecho muchas preguntas sobre su *poder,* y aunque he intentado ser lo más fiel a los hechos, mucho me temo que la ha imaginado como una especie de divinidad.

Al final, me he rendido ante las evidencias. Con eso me demuestra que es capaz de llegar al corazón de todos, incluso de los que apenas la conocen.

Ya no hemos hablado más después de nuestra última conversación, en la que le pedí que se fuera. Después de aquello, no ha vuelto a pisar mi oficina. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que desde entonces ha querido marcar distancia entre

nosotros, y me parece bien, aunque no tenerla frente a mí, aunque sea unos segundos, hace que mis días sean más largos y aburridos.

«¿Qué hacía antes cuándo no estaba ella?».

Sin ella y sin Alondra me encuentro vacío, demasiado solo para soportar mi propia estupidez. Los fantasmas del pasado se hacen fuertes a mi alrededor y el anhelo de la bebida en mis labios vuelve a visitarme con más frecuencia que antes, me tienta peligrosamente de madrugada. Las noches vuelven a ser fatales. Pero debo ser fuerte, como ese niño esclavo, Mosi, que se encuentra en una situación igual de desesperada, pero que no se deja vencer por la tristeza. Al revés, parece divertirse a toda costa.

—La doctora Walker es muy buena y muy guapa, ¿no le parece? —me preguntó con toda la intención mientras lo llevaba hacia la reserva—. Los hombres blancos son muy idiotas…

Después de ese comentario, me giré y levanté la vista hacia él, para poder verlo por encima del ala de mi sombrero. Él ni se inmutó a pesar de saber que lo estaba observando.

—¿Y qué sugieres, listillo? —pregunté mientras mordía una espiga de trigo, en absoluto afectado por su dañina sinceridad.

—Le pediría que se casara conmigo, claro. Es evidente que alguien lo hará muy pronto y se llevará a su casa un preciado trofeo.

—¡Ja! —Tuve que lanzar una risotada—. ¿Y si ella no quiere casarse?

—¿Quién ha dicho que no quiera? ¿Acaso le ha preguntado? —replicó el niño enfadado—. Lo que no quiere es perder la libertad que le da su trabajo. Se nota que le gusta ser médica, pero también sería muy buena madre y esposa. Yo también tengo buen ojo para esas cosas.

Después de decirme eso, Mosi me guiñó el ojo con simpatía y me mostró su blanca sonrisa infantil. Me maravilló que, a pesar de las marcas que llevaba en la espalda de las decenas de latigazos que le habían dado siendo tan niño, tuviera el ánimo de bromear conmigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no le has pedido tú que se casara contigo? —le rebatí jocoso.

—Porque habría sido una tontería —dijo negando con la cabeza—. Ella ya está enamorada de otro hombre.

—¿Has hablado con ella de esto? —pregunté levantando una ceja, asombrado por su seguridad.

—No me ha hecho falta. Mi padre siempre decía que solo los blancos necesitan darse con una piedra dos veces para saber que está enfrente de ellos. —Esa fue su enigmática respuesta.

—Sí, claro, algo de eso hay —respondí escupiendo la espiga, porque ya estaba harto de morderla.

Capítulo 21

Una visita inesperada

—Siempre he pagado todas mis deudas —comienza a decir la señorita Loom. Es la primera vez que viene a mi consulta. Va vestida sin grandes lujos, con muy poco maquillaje, solo algo de colorete. No pretende llamar la atención de nadie y, aun así, su belleza es singular. Después de conocerla un poco, puedo decir que su mayor encanto reside en un corazón noble, más que en su físico extraordinario.

—¡Oh, por favor, usted ya pagó con creces mis servicios! —protesto de inmediato y dejo a un lado mi maleta—. Ya le dije en su momento que a veces la medicina actual poco podía hacer y que incluso los médicos nos debíamos encomendar a Dios. Yo no salvé a su hija, se salvó ella sola. Tiene que estar muy orgullosa de esa niña, está claro que en el futuro será una gran luchadora como usted.

Samantha Loom rechaza esas palabras con un gesto efusivo de su brazo y continúa:

—¡Bobadas! Me ha devuelto a mi hija sana y salva, y eso jamás se lo podré pagar, pero hace unos días me enteré de algo que me dio una idea para agradecérselo de alguna manera…

—No hace falta que me regale nada más —insisto imaginando que podría ser algún bonito vestido de su repertorio—. Creo que debería saber que pasado mañana me marcho, y aunque me llevaré a Mosi conmigo, no puedo meter muchas cosas en esta pequeña maleta.

—Eso no es problema. Lo que le traigo no es algo que pueda meter fácilmente en una maleta, es más, mucho me temo que no se dejaría —comenta en tono burlón, y entonces me deja sin palabras, momento que aprovecha para continuar con su introducción—: Usted echa mucho de menos a alguien estos días tan especiales, ¿verdad? Uno de los hombres de la oficina de correos suele venir a mi local y, bueno, ya sabe que cuando beben los hombres hablan de

más, y en esta ocasión me dijo que a menudo va a su oficina para enviar cartas a una hermana que tiene en Nueva York.

—Sí, mi hermana Charlotte —confirmo algo emocionada—. Bueno, a lo mejor no es tan a menudo como a ella le gustaría que escribiese, pero intento mantenerla informada.

Me siento culpable de inmediato porque no le he dicho nada en estos últimos días y por carta no va a entender muy bien que me vaya tan repentinamente de Four Steps, después de todas las cosas que he escrito de aquí.

Entonces el sonido de unos tacones caminando sobre la madera del suelo de la entrada interrumpen nuestra conversación y escucho a alguien preguntar muy indignado:

—¿Y tú crees que con un par de cartas al mes es suficiente para mantener a alguien informado? —La voz se me hace muy familiar, así que abro mucho los ojos y, cuando entra en mi consulta, no me lo puedo creer.

—Charlotte, ¿pero tú… tú qué haces aquí?

—¿Creías que ibas a ser la única en vivir el sueño de papá? —contesta mi hermana sonriente poniendo las manos en las caderas; a pesar de llevar un vestido de viaje algo viejo, no ha perdido un ápice de elegancia y porte—. ¡Oh, venga, hermanita! Dame un abrazo.

Tiene que gritarme porque sigo inmóvil mirándola alucinada sin poder coordinar palabra. Corro hacia ella y la abrazo con fuerza, tanto que casi nos caemos al suelo las dos, y dejo que las lágrimas se me escapen de pura alegría.

—¡Madre mía! Pues sí que estás fuerte, chica del Oeste —me dice sin apartarse de mí, acariciándome la espalda y apretándome también con mucho sentimiento.

La huelo, me río al hacerlo, y ella más de mí. Es Charlotte, ¡mi hermana! Huele a hogar, a recuerdos de mi infancia, a un amor fraternal que es capaz de superar cualquier cosa. Con ella aquí estoy mucho más animada de forma instantánea. Ella es mi persona favorita en este mundo, ella me ayudará a decidir qué hacer con mi vida. Sin dejar de sonreír, le agradezco a Samantha su regalo de Navidad.

—Os dejo para disfrutéis juntas este momento —me dice en un susurro mientras se despide de nosotras sin esperar a que me acerque a ella.

—¡Dios mío, Charlotte! Estás aquí.

—Sí, sí. Estoy en el Oeste. ¡Yeeehhaaaww! ¡Ja, ja, ja! —Su risa es tan alegre como la recordaba.

—Pero ¿y tu marido? ¿Y los niños?

—La señorita Loom se ha encargado de todo —dice como si se tratase de su mejor amiga—. Ellos están alojados en un espléndido hotel en Carlston City, a no más de medio día de aquí. Hemos viajado todos en ferrocarril como tú. Qué maravilla, ¿verdad? ¿Cómo puede ir esa cosa tan rápido? Trevor ha intentado explicármelo mil veces, pero todavía no lo concibo.

Sonrío porque habla muy rápido, está sobreexcitada por el viaje, y no deja de moverse y mirar a todas partes. Sé que está comparando las descripciones de mis cartas con la realidad y me empieza a preocupar un poco la idea preconcebida que puede tener de este lugar después de todo lo que le he dicho.

«Creo que me he metido en un buen lío… otra vez».

—¡Por Dios —exclama subiendo los brazos para señalar todo lo que la rodea—, esta consulta es preciosa!

Sonrío con modestia.

—Eso mismo le dije al *sheriff* Morrison cuando me la presentó —respondo mirándola y reviviendo ese momento, mientras él abría puertas y ventanas, cuando aún éramos dos completos desconocidos.

El nudo en la garganta empieza a apretar un poco más, pero intento controlarme.

—Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti y estoy segura de que papá también lo estará en el cielo —me dice acercándose a mí y tocándome la nariz, del mismo modo que hacía nuestro padre. Continúa después observando a su alrededor, con una gran sonrisa en el rostro, como si estuviera viendo un cuadro que lleva semanas pintando y que le complace contemplar, hasta que sus ojos se paran frente a mi maleta.

—¿Qué es esto?

—Una maleta.

—Por Dios, Mary, ya sé que es una maleta. ¡No soy médico, pero tampoco soy tonta! —responde con su histrionismo habitual.

«¡Cuánto la echaba de menos!».

—¿Sabes que te he echado muchísimo de menos? —confieso para tratar de cambiar de tema y también para que se olvide de la maleta.

Pero ella me conoce muy bien y se da cuenta de mi jugada, así que sacude el brazo para preguntarme sin tapujos:

—¿Qué hace esta maleta aquí? ¿Acaso pensabas irte a alguna parte?

—No me voy, es solo que… —De pronto, mi indiferencia, la que he estado intentando mantener todos estos días, se cae a pedazos a mis pies y me derrumbo delante de mi hermana.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta preocupada cogiendo mis manos entre las suyas y haciendo que sea inevitable mirarla a los ojos—. Dime qué pasa.

—Te mentí, Charlotte. Te he estado mintiendo en todas mis cartas. Desde el primer día que pisé Four Steps tuve la sensación de haberme equivocado. Fue horrible, pero no quería contártelo, porque si lo hacía tú me dirías que volviese a Nueva York, y yo no quiero volver allí —la voz se me estrangula y a pesar de mi esfuerzo por retener las lágrimas, corren traicioneras por mis mejillas—, porque allí yo no soy nadie y aquí sí que puedo serlo.

—Lo sé, Mary —dice secándome las mejillas con su pañuelo, que tiene un bordado precioso en una esquina, y sin querer pienso que toda ella es mucho más femenina que yo, incluido ese pañuelo—. Sé que aquí eres la doctora Walker, lo que tú siempre has deseado. Aquí has podido hacer realidad tu sueño… Pero, entonces, ¿por qué te vas? No lo entiendo.

—Porque él quiere que me vaya —digo sin mirarla a los ojos, aún avergonzada de cómo han transcurrido las cosas—. Porque no sé si es cierto lo que dice la señorita Loom, y solo quiere protegerme, o realmente soy un estorbo para él. Lo odio por ser tan hermético y cabezota. ¡Dios, pero si hasta con su perra me llevo mejor! Sigue sin decirme nada, aun sabiendo que me iré pasado mañana, y no sé si

confesarle lo que siento por él antes de marchar, para que sepa que no tiene que conformarse con su soledad, o, por el contrario, callarme para siempre y renunciar a la posibilidad de hacer el mayor de los ridículos.

—Perdona, Mary, pero me he perdido. ¿De quién hablamos?

—¡Oh, Dios mío! Claro. Tú no lo conoces. Estoy hablando del *sheriff* Morrison, de Dewey Morrison. El hombre que trabaja justo ahí enfrente. —Mi hermana corre a la ventana para ver a través del cristal y, después de unos segundos de observación, se acerca a ella aún más, poniendo las manos pegadas al marco, a ambos lados de su rostro. Como lo veo en el porche de la oficina oteando las montañas, continúo hablando mientras ella lo sigue con la mirada—: Al principio, solo me ayudaba porque se sentía responsable, al estar sola en esta ciudad que no me aceptaba, pero poco después sus atenciones se fueron convirtiendo en algo más que rutina y empecé a verlo de otra manera.

—¿Sientes algo extraño en el estómago cuando estás cerca de él? —interroga mi hermana sin apartarse de la ventana.

—¡Desde luego! Pensé que era el agua de aquí, pero después me di cuenta de que solo me pasaba cuando estaba con él. El calor, los sudores, el dolor en el estómago, las cosquillas en los dedos de los pies.

—¿Cosquillas en los pies? Pues entonces sí que te ha dado fuerte —dice mi hermana valorando la situación.

—No sé si es un sentimiento recíproco, pues él tuvo ya un gran amor en su vida y no creo que nadie pueda sustituirlo después de la muerte tan trágica que tuvo, pero me da la sensación de que…, no sé, no quiero hacerme ilusiones, pero creo que él también siente algo por mí. Y no solo es cariño o ternura, a veces intenta encubrir sus gestos galantes para darme sensación de indiferencia, como no queriendo imprimir demasiada importancia a una suave caricia o a un roce con su mano. Es como si tuviera miedo de poner nombre a lo que nos está pasando…

—Humm, interesante —comenta mi hermana sin añadir nada más y con la mirada siempre puesta en él.

«Desde luego, está hecha toda una detective».

—¿Qué te resulta tan interesante? —le pregunto escéptica mientras lo observo acariciándose la barba. Estoy segura de que está pensando en afeitarse, porque es un gesto que suele hacer cuando lleva varios días sin hacerlo. No me lo ha dicho, pero intuyo que debe de picarle.

—Durante años pensé que no encontrabas a ningún hombre de tu agrado porque los comparabas a todos con papá, que no es porque seamos sus hijas, pero la verdad es que era muy apuesto. Ahora me has confirmado que buscabas un modelo protector parecido, ya que tras su muerte el sentimiento de desamparo que nos engulló a ambas fue devastador, aunque lo resolvimos de formas diferentes. Yo me casé y tú quisiste venir al Oeste para encontrar algo destacable, como lo que describía en sus diarios, y no hay duda de que lo has encontrado. ¡Enhorabuena, hermanita, tienes un gusto excelente! —me dice palmeándome la espalda con el atisbo de una sonrisa en los labios.

—Pero se supone que yo te cuento esto para que me ayudes, no para que me des la enhorabuena. ¡Tú eres la hermana casada! —expreso con desesperación—. Se supone que tú tienes que saber qué hacer en estos casos.

—Ah, sí, claro. Está bien —dice levantando el mentón y buscando algo por la consulta—. ¿Tienes algo de alcohol? ¿Un poco de *whisky*? —Abre una estantería y empieza a girar algunas botellas—. Trevor siempre bebe antes de soltarme un sermón.

—¿Tu marido te sermonea? —pregunto anonadada.

—¡Oh, por supuesto, Mary! En eso se basa principalmente el matrimonio —responde ufana—. Discutimos, él se enfada, yo me disculpo, me sermonea y después hacemos las paces de la manera más romántica posible, ¡ya me entiendes! —dice guiñándome un ojo.

No obtiene réplica alguna por mi parte, tan solo un breve pestañeo.

—Espero que los libros te hayan enseñado lo suficiente como para que no tenga que explicarte nada más —dice abriendo una pequeña botella de licor. Primero la huele y luego la vierte en dos vasos—. Y

ahora, dime, ¿qué piensas ponerte para ese baile del que me ha hablado la señorita Loom al venir hacia aquí?

Capítulo 22

El baile de fin de año

He conseguido evitarla hasta el día de hoy. Voy a acudir al baile, pero no porque tenga ganas de estar presente en esa farsa, sino porque tengo que evitar una carnicería.

Estos últimos días, gracias a la preparación de mis efectivos, he podido estar lo suficientemente ocupado como para no pensar en la doctora. Porque me he dado cuenta de que la idea de que se vaya me aterra. Va a ser un gran error dejarla marchar, tengo pesadillas constantes sobre eso, pero no puedo ponerla en semejante peligro.

Para calmar mis nervios, me digo que ella es aún muy joven, que puede encontrar un hombre que realmente tenga algo que ofrecerle. Como el apuesto periodista que vino de ese periódico de Nueva York, un chico con el futuro por delante sabría cómo hacerla feliz, no alguien como yo, con demasiados fantasmas a la espalda que le impiden avanzar hacia ningún lado, esperando la muerte en una ciudad tan apartada en el mapa como es Four Steps.

Llego a la plaza y saludo a Henderson, que está sentado junto a su mujer, mientras veo a los músicos preparándose para tocar en un escenario improvisado. Enseguida la señorita Sharon se me acerca y me sonríe antes de ofrecerme algo de comer y de beber. Tengo que rechazar la invitación, tan amable y tentadora, ya que esta noche tengo que estar lo más alerta posible. Buck no me ha podido conseguir todas las armas que le pedí, y apenas son cinco los hombres que tengo vigilando la zona, así que no podemos fallar. Si al final Shutter se presenta, lo mejor será sacrificarse para evitar que empiece un tiroteo, no me lo perdonaría por nada del mundo si hiriesen a alguien por mi culpa.

«Y menos a ella…».

—¿*Sheriff* Morrison? —me preguntan por detrás, y, al girarme, creo que hasta mis pensamientos se quedan en blanco. Es un rostro muy similar al de la doctora Walker, pero su cabello es rubio y

ligeramente más ondulado. Me debo de haber quedado absorto mirándola, porque ella vuelve a insistir—: Es un placer conocerle por fin, mi hermana está todo el día hablando de usted. Soy Charlotte Davis, la hermana de Mary Jane —me explica con una sonrisa dulce que me resulta muy familiar mientras esquiva disimuladamente un codazo que recibe por su derecha.

Debido a eso, mi campo de visión se abre y descubro a la doctora muy cerca de nosotros. Lleva un vestido de muselina verde que se ciñe a su cintura y el cabello suelto cayéndole por los hombros desnudos gracias a un generoso escote.

«Es un verdadero ángel caído del cielo».

No parece ella, ni un ápice, por eso no la he reconocido. Estoy seguro de que esa prenda debe de haberla traído su hermana, porque esa tela tan vistosa es imposible que la haya comprado aquí. Los tejidos de esta zona son duros y resistentes, como el algodón o la lana; aunque en verano dan calor, son más fáciles para lavar y secar.

Un suave rubor tiñe sus mejillas porque me he quedado mudo mirándola. Tengo que pestañear un par de veces para poder reaccionar sin parecer un tonto y me disculpo con un suave carraspeo.

—Encantado, señora Davis, señorita Walker —digo intentando demostrar mis modales levantando mi sombrero, ya que la hermana de la doctora parece una verdadera damita del este, muy refinada y coqueta. No tiene que estar nada acostumbrada a los modales rudos de esta zona—. ¿Es usted también médica? —pregunto intentando disimular mi anterior despiste.

La señora Davis ríe sin disimulo.

—En absoluto, *sheriff*, ¿sabe todas las horas arruinadas que le llevó a mi hermana conseguir esa carrera? ¡Pero en fin…! Es lo que ella quería —dice con afectación.

—Y lo desempeña de manera excelente, si me permiten añadir —escuchamos todos a nuestra espalda, y al girarnos vemos al doctor McNeil, aquel médico tan galante que conocimos en Silver Lane.

«Vaya por Dios, y este… ¿a qué viene ahora?».

—Doctor McNeil, ¡qué alegría verle de nuevo! —exclama la doctora Walker acercándose a él con una calidez innecesaria, bajo mi punto de vista, pues el galeno de turno ya se siente bastante agradecido por estar aquí mirándola sin pudor alguno, como supongo lo estaba haciendo yo hace un momento.

—Lo mismo digo, mi querida doctora. Y permítame añadir que está usted preciosa. Espero que me reserve un baile, porque estoy seguro de que va a ser la mujer más afortunada de la noche.

Aburrido de oír a ese fantoche, me aparto en silencio y los dejo conversando, pues, aunque me desagrade dejarla prácticamente en sus brazos, no he venido aquí a cortejar a nadie, como parece ser el objetivo de McNeil esta noche.

«Maldito oportunista, ¿quién le habrá hablado del baile?».

Rozo con los dedos la cartuchera para volver a comprobar que tengo al alcance de la mano mi pistola y busco con la mirada a Malarke. Es posible que, aunque ya esté advertido, se esté entreteniendo con alguna joven.

Para mi sorpresa, lo veo muy cerca de mí, apoyado en un tonel de madera que está sirviendo también de mesa. Me ofrece un cigarrillo y, mientras me lo prende, se acerca a mi oído para decirme:

—Jefe, digo yo que si Shutter y su banda tuviesen pensado venir, ya estarían aquí pegando tiros al aire como los locos que son. —Su mirada se intensifica para decirme—: No suelen esperar para correrse una buena juerga, ese no es su estilo.

—Ojalá tengas razón y no vengan, Louis, pero no podemos relajarnos. Debemos quedarnos aquí hasta el final. ¿O es que acaso tienes prisa para irte a bailar con alguna chica? —deduzco al darme cuenta de que se ha peinado y lleva una camisa nueva.

—No, jefe, ni hablar. Hoy no tengo el cuerpo para chicas, voy a estar con usted hasta el final del día, ¡prometido! Pero alguien debería decirle a ese tipo de ahí que tampoco debe aprovecharse de la situación, ¿no cree? —susurra señalándome con la barbilla a McNeil.

—¿Por qué lo dices?

Malarke alza la mirada y sus ojos se cruzan un instante con los míos. Normalmente es un chico que no suele encararse con nadie, y

menos conmigo, pero en esta ocasión sus ojos están intentando desvelar una verdad.

—Señor, no va a ser menos *sheriff* si baila un rato con la doctora Walker. —Su voz enronquecida me revela un atisbo de madurez que hasta el momento no había visto en él y me alegra saber que no es todo paja, que estoy haciendo de él un hombre con cabeza y corazón debajo de ese sombrero y esa chapa—. Aquí, quien más y quien menos está esperando que llegue ese momento.

—¿Ah, sí? —digo tragando saliva, porque en medio de esta conversación me he dado cuenta de que la gente que me rodea, y que yo creía les era indiferente, desea verme feliz. Tan feliz como jamás me hubiese imaginado.

—¡Vamos! Van a empezar a tocar, aproveche este momento —me tienta poniéndome de un empujón justo enfrente de ella. Y casi como por arte de magia, la doctora me ve en la distancia y me sonríe a lo lejos—. Esa sonrisa solo va dirigida a usted —me aclara Malarke.

—Pero y si Shutter… —intento razonar conmigo mismo, porque siento que ya me está convenciendo.

—No utilice a su amigo Shutter como excusa, jefe, esto es algo que tiene que hacer usted y el momento de hacerlo es ahora —dice dándome una palmada en el hombro y lanzándome a la pista de baile.

La seguridad con la que habla me sorprende.

—Nunca te había visto tan hablador, Malarke —replico entre dientes ante su insistencia mientras avanzo.

—Porque en estos asuntos yo sé algo más que usted —responde bromista—. No haga esperar a la dama, *sheriff*.

Capítulo 23

El momento de la verdad

No es que viva pendiente de él, pero, por la forma en la que se había apartado de nosotros, sabía que algo andaba mal. La presencia de McNeil había sido del todo inconveniente, pero nada se podía hacer ya.

Sonrío ante las atenciones del joven médico, algo a lo que mi hermana también se ve obligada a hacer, aunque por dentro yo esté deseando saber qué le está diciendo Malarke a su *sheriff*.

Deseo que de repente sus ojos se crucen por fin con los míos y, aunque no podamos estar más cerca el uno del otro, me diga con la mirada que está pensando en mí. Después de todo, este vestido, este peinado y el maquillaje son para un hombre que, en cuanto me ha visto, se ha alejado a la otra punta de la pista de baile. ¿Es eso acaso una reacción normal?

«¿Soy yo? ¿O es mi vestido?».

—Tranquila, cariño —es lo que me ha susurrado mi hermana Charlotte al ver que me iba a desmoronar delante de McNeil, porque el imbécil del *sheriff* Morrison estaba pasando de mí como si no le importase nada.

Así que he tragado saliva y he aguantado el tipo como mejor pueden hacer las mujeres en mi época: fingiendo. Para ser fuerte hay que esconder los sentimientos, ocultarlos bajo una capa de indiferencia y soportar el bochorno de llorar en público manteniendo una cara apática.

Puede que en el transcurso de estos minutos haya perdido el hilo de mi conversación con el doctor McNeil, porque de repente lo he descubierto bailando con la señorita Sharon. Entonces me he dado cuenta de que tal vez lo he ninguneado de manera inconsciente y me parece terrible mi comportamiento, haber sido tan insensible a un hombre que se ha mostrado tan abiertamente interesado por mí,

pero al verlo tan feliz bailando con una joven mucho más receptiva que yo, pienso que no he hecho nada malo en realidad.

Mis ojos lo buscan de nuevo y lo veo en la distancia hablando con su ayudante. Suspiro, cojo fuerzas y me resigno a ser yo la que actúe, porque entiendo que, si quiero que algo pase entre nosotros, debo ser yo la que dé el primer paso.

«¿Dónde está ese valor cuando se necesita en el salvaje Oeste?».

Antes de marcharme quiero hablar con el *sheriff* y utilizar ese último cartucho de esperanza para que se abra a mí y escuche lo que tengo que decirle. No espero que se me declare, pero al menos quiero que sea sincero conmigo —pero sobre todo con él mismo— y que me diga que ha sentido algo por mí, que no son todo imaginaciones mías.

Quizás al principio solo me veía como una vecina pesada, pero poco a poco me he metido bajo su piel, como él ha hecho conmigo. Y aunque nuestro amor sea un imposible, porque su corazón pertenecerá eternamente al de su prometida, yo significaré siempre algo bonito para él.

«Supongo que algo así espero que diga…».

En ese instante, sus ojos claros, de un azul cielo en invierno, de esos que transmiten la misma calma que las aguas del mar, me taladran desde el otro lado de la pista. Y esta vez no es mi imaginación o un sueño. Estaba con su ayudante, pero algo debió de pasar por su mente para que se girase hacia mí, y entonces he sabido que había llegado ese momento que estaba esperando.

«El momento de la verdad».

No sé bien quién de los dos empieza a andar primero hacia el otro, pero en pocos segundos nos encontramos en medio de la pista, rodeados de parejas bailando. Él es el que coge mi mano derecha, sin decir nada, solo mirándome intensamente, y pasa la otra por mi cintura. Sonrío de puro nerviosismo ante la sorpresa del tacto áspero de la palma de sus manos, de verlo tan de cerca que puedo ver los puntos negros de su barba rasurada, o de que se muestre tan galante a la hora de iniciar el baile.

—Doctora Walker, va a tener que contar los pasos por mí, porque yo hace mucho que no hago nada de esto —dice acercándose a mi

oído mientras sigue mirando al frente, casi apoyando sus labios en mis sienes, de manera que puedo impregnarme de su olor y quedarme con él para siempre.

El *sheriff* Morrison huele a madera y a naturaleza. Lo imagino capaz de bañarse en el río a pesar de que en estas fechas el agua debe de estar helada. El corazón se me acelera de golpe al pensar que él también ha querido presentarse de manera adecuada a este baile de fin de año. Y que, mientras lo hacía, como me había pasado a mí, he estado en todo momento en su pensamiento.

—Pues a mí tampoco se me da bien bailar, *sheriff* Morrison. En los pocos bailes a los que asistí en Nueva York, yo era de las chicas raritas que se quedaban apoyadas en una columna mirando —respondo despertándole una sonrisa ladeada que no había visto hasta entonces—. Fingiremos que bailamos, aunque ninguno de los dos sepa hacerlo realmente bien.

Aprieta su mano con la mía en señal de aprobación y me estrecha contra él aún más dejando escapar un suave suspiro. Sus ojos brillan con las luces que han dispuesto a nuestro alrededor, y entonces me doy cuenta de que Samantha Loom tenía razón al decir que, aunque todos estos hombres del Oeste suelen tener ese carácter duro y fuerte, también se ven muy necesitados de cariño. Del amor de una mujer. Quizá porque ni siquiera cuando fueron niños tuvieron una madre que cuidase de ellos, o bien porque había muerto y no había nadie en casa para darle un abrazo o un beso, o bien porque al tener muchos hijos no había tiempo material para demostrar su afecto.

Tengo la valentía de mover la mano, la que se apoya en su brazo, para llegar hasta su nuca. Él acepta mi reto levantando una ceja y me acaricia con el pulgar la espalda, rozando la piel desnuda en un movimiento apenas perceptible para el resto, pues el vestido de Charlotte es un tanto indiscreto para un baile al aire libre, pero es lo que teníamos en este momento.

—Pues no lo hacemos nada mal, *Doc* —comenta después de que el señor y la señora Harris nos saluden muy sonrientes, tras observar cómo se balancean ellos y cruzan la pista, compararnos con ellos y sus años de convivencia.

—Puede que incluso ganemos el concurso —añado divertida. Y él se vuelve hacia mí mirándome con intensidad, sorprendido por aquella agudeza.

No puedo dejar de sonreírle a la vida a pesar de que este momento sea quizá el más triste por el que he tenido que pasar, ya que es una despedida. Algo que no puedo olvidar por nada del mundo.

—No sabía que era tan bromista, señorita Walker.

—Ni yo que era tan buen bailarín, señor Morrison —respondo con astucia haciéndolo sonreír por fin mientras no dejamos de mirarnos.

Llego a rozar con las puntas de los dedos su melena, espesa y oscura, y entonces siento de nuevo ese regusto amargo, la señal inequívoca de que ya no hay más tiempo para nosotros. Este es el final. Porque de otra manera yo no estaría aquí, bailando con él para despedirme.

—No quiero irme —comienzo a decir con la garganta atascada, siendo muy consciente de que esto no se hace así. Estamos en 1860 y nunca en la historia ha sido la mujer la que se ha declarado al hombre, pero en mi caso es un último intento a la desesperada para hacerlo reaccionar de una vez—. Porque nunca en mi vida he sentido algo como esto por alguien, y sé que no es porque sea joven o porque sea la primera vez que me haya enamorado —confieso solemne dejando una pausa—. Porque, sí, Dewey Morrison, me he enamorado de ti y no puedo irme de aquí sin decírtelo antes.

Al escuchar mis palabras, que supongo son como una bofetada en la cara, el *sheriff* no se muestra molesto conmigo, ante mi sorpresa ni siquiera parece prestarme atención. Lo que sí noto es la tensión repentina en todo su cuerpo, y que su rostro demuda a uno totalmente distinto.

Entonces siento cómo su mano aprieta mi brazo, casi agarrándome, para que le preste atención:

—¿Confías en mí, Mary Jane? —me pregunta de repente utilizando por primera vez mi nombre—. Hazme caso y saldremos de esta.

Su respiración agitada y el sudor en su frente indican que está muy preocupado, pero no por lo que acabo de decirle, que ahora

dudo incluso que lo haya llegado a escuchar, sino por lo que está a punto de ocurrir.

Me asusta el sonido estridente de unos disparos cercanos y, al girarme para ver lo que él está viendo, comprendo de inmediato lo que sucede. Acto seguido, él me oculta detrás de su ancha espalda y saltan todas mis alertas.

—Buenas noches, señoras y señores —grita un pistolero subido a su caballo, que encabeza el grupo de delincuentes que lo sigue, una veintena de hombres que apuntan al *sheriff* y a todo aquel que desenfunde su pistola, mientras el resto de personas tratan de huir despavoridas a un lugar seguro. Aterrada, identifico entre esos hombres despreciables al que entró en mi consulta y me arrojó al pozo.

—¡Shutter! —grita el *sheriff*, y noto cómo saca su arma con un rápido movimiento—. Deja que las mujeres y los niños se vayan lejos de aquí, entonces podremos hablar tú y yo de lo que quieras. ¿Me has entendido?

Capítulo 24

Shutter

—¡Shutter! —grito para que me reconozca, por si no lo ha hecho ya, y para que no pueda ver cómo Malarke sale corriendo hacia el edificio que está mejor situado. Tras comprobar que es cierto que lo acompañan una veintena de hombres, nos vendrá mejor tener la ventaja de un tirador en la distancia—. Deja que las mujeres y los niños se vayan lejos de aquí, entonces podremos hablar tú y yo de lo que quieras. ¿Me has entendido?

Mi primer objetivo era sacarla de aquí cuanto antes. A ella, a su hermana y a toda Four Steps. Shutter tiene la reputación de ser rápido con el revólver y despiadado con sus enemigos. No quiero tentar a la suerte y que empiecen a apuntar con sus pistolas a cualquier cosa que se mueva, como si fuera un juego de tirar al blanco. Soy consciente de que ni yo ni los cinco hombres que han sacado sus rifles para apuntarles en cuanto han llegado podemos hacer mucho si todo termina en un rápido tiroteo.

Debo ser inteligente y tratar de arriesgar lo mínimo posible, ya que todos dependen de lo que haga en los próximos minutos.

El problema es evidente: tenemos muy pocas balas y nuestras armas están desgastadas y viejas comparadas con las suyas. Después de verlas, estoy seguro de que son las que robaron en el tren que Buck me comentó. Sin embargo, tenemos algo a nuestro favor: conocemos muy bien el territorio y nos hemos colocado de forma estratégica, para utilizar lo que tenemos a nuestro alrededor como escudo en caso de una refriega.

Shutter, arrogante y confiado, se baja de su caballo y camina hacia mí mientras escucho los pasos acelerados sobre la grava de la gente dispersándose en todas direcciones. Veo al señor Miller coger a un niño y llevarlo consigo a un lugar seguro mientras el pequeño me mira sin comprender.

—¡Morrison! —Su voz es grave y resuena entre las casas de madera que hay a nuestro alrededor. Mantiene la mirada fija en mí, pero sé que también la ha visto a ella ocultándose a mi espalda, y por eso cojo su mano, para que deje de temblar de miedo—. Mi hermano debería haberte matado hace tiempo, cuando entraron en ese maldito poblado de tu novia india. Así habrías dejado de molestarnos.

Sé lo que pretende y consigue que me enfade de veras. Pongo el dedo en el gatillo, pero entonces veo que alguien se pega a mi costado.

—Vamos a saldar cuentas de una vez, Shutter —dice McNeil, que saca de su elegante chaqueta un revólver que no entiendo cómo ha podido mantener escondido allí tanto tiempo—. Estos tipos mataron a mi padre —me explica apuntando a Shutter decidido—, por eso he venido hoy aquí. Sabía que él vendría para enfrentarse contigo.

—Iréis los dos al infierno —escupe Shutter apuntando a la frente de ambos con dos pistolas, una a cada mano.

—Uno de los dos te matará seguro, Shutter —responde un desconocido McNeil, enfrentándose impasible al pistolero.

Una bala llega desde arriba y da de lleno en una de las manos de Shutter, haciendo que tenga que soltar el arma que me apunta de puro dolor. Malarke ha conseguido ponerse en posición elevada y, tras su disparo, se desata un infierno de tiros por parte de sus hombres, creándose al instante un gran alboroto.

Las calles de Four Steps se llenan del estruendo de balas que quería evitar, se cuelan por todas partes, silbando a nuestro alrededor. Yo solo puedo aprovechar la ventaja que nos ha dado mi ayudante para correr con Mary Jane y dejarla en un lugar seguro.

—Mientras nos movamos, seremos un blanco difícil —explico durante un breve descanso detrás de una carreta, antes de cruzar la calle hasta el salón, donde se han escondido la mayoría de personas.

—¡Vamos, yo os cubro! —dice McNeil poniéndose a nuestra espalda, disparando con asombrosa puntería y derribando a más de uno sin pestañear.

—¿Y Shutter? ¿Ha huido? —La última vez que lo vi sangraba mucho y varios de sus hombres lo cubrían por todos los flancos para

que pudiera vendarse de alguna manera.

—Lo he visto entrar en ese colmado con varios pistoleros —dice el médico señalando la tienda del señor Harris—. Creo que ha perdido la mano.

—¡Dewey, cuidado! —grita Mary Jane.

Uno de los hombres de Shutter aprovecha mi distracción para dispararme, dándome de lleno en el hombro, pero antes de que pueda rematarme, Malarke lo derriba desde el tejado.

—¡Rápido, entra de una vez! —ordeno al ver a su hermana y a la señorita Sharon en el interior del local, haciéndonos señas para que entremos. Hay una docena de mujeres que están haciendo una barricada con las mesas y sofás para tapar todas las ventanas, ya que las balas han atravesado los cristales y están haciendo trizas algunos muebles.

—¡No! Te han herido, estás sangrando mucho, tienes que dejarme que te cure —dice mi querida doctora con preocupación, sin dejar de pensar en mí, a pesar de que los disparos que se escuchan a nuestro alrededor pueden alcanzarnos a los dos.

—Shutter solo quiere venganza, así que soy yo el único que puede parar todo esto. —La miro y noto su angustia, sé que no quiere dejarme ir porque puede que no volvamos a vernos con vida.

—No tienes por qué hacerlo solo, Dewey. Por favor, no te sacrifiques por ellos —replica con la mirada encendida y la voz temblorosa—. Aquí todavía hay gente que te necesita.

Su confesión aún resuena en mis oídos, bajo la mirada un instante y siento el peso de sus palabras. Sé que no habla solo de los kiowas, también habla de ella misma y de mí. Ambos hemos conectado gracias a esa necesidad de supervivencia. Ella porque deseaba seguir en la única ciudad que le había dado una oportunidad, y yo porque, sin darme cuenta, ella me había renovado las ganas de vivir que perdí hace tiempo.

Pero era demasiado difícil desenterrar ese sentimiento de amor de forma definitiva. Yo también lo podía reconocer, sabía que mi preocupación por su seguridad era en realidad algo más, pero no quería ponerle nombre. No quería reconocer que estaba siendo infiel

al recuerdo de una mujer a la que había amado tanto tiempo y con tanta intensidad.

Sin embargo, esta vez es diferente. No voy a consentir que de nuevo el destino me aparte de algo que me ha vuelto a ligar a la tierra, como dice Modoc. Que ha dejado en calma mi espíritu atormentado.

—Lo sé, por eso voy a volver. Te lo prometo —digo mirándola a los ojos y dejando que McNeil se la lleve al interior del salón, separándonos al fin. Algunas de las chicas de Samantha disparan con prudencia desde el piso de arriba, muchas de ellas han tenido que aprender a disparar para sobrevivir. Sé que pronto nos quedaremos sin apenas munición, porque las ráfagas ya no son tan largas.

—Solo quedan cinco, *sheriff* —me informa cuando vuelve McNeil, agachándose junto a mí para esconder su cuerpo todo lo posible. Apenas se ha despeinado, tan solo le cae un pequeño mechón sobre la frente. Por lo demás, está impecable. Es como si el polvo apenas le diera en la cara.

—¿Quién te ha enseñado a disparar así, McNeil? Nadie diría que eres médico —le confieso mientras terminamos de colocar las últimas balas en nuestros cargadores.

—Mi padre —responde con nostalgia.

Asiento con la cabeza y entiendo el porqué de su presencia en esta noche fatídica.

—¿Sabes? Estoy pensando que alguien debería quedarse para proteger a las mujeres si yo fracaso. Además, eres demasiado joven y guapo para morir en un tiroteo.

McNeil suelta una risotada al oír mis palabras y ese sonido alivia unos segundos el silencio tenso que nos ha envuelto de repente.

—Ni hablar. Necesita ayuda con los amigos de Shutter. Están todos en ese colmado y algo o alguien les tiene que hacer salir.

—Hablas como uno de los míos, ¿de verdad que no eres *sheriff*?

—Mi padre era *sheriff*, señor. El mejor de este estado. Por eso sé que no podrá hacer esto usted solo. Ni siquiera Malarke llega tan lejos con su rifle. Además, tienen rehenes. El matrimonio Harris está

con ellos —afirma apoyándose contra un poste para acariciar con suavidad la culata de su revólver.

—¡Maldición! Y apenas nos quedan balas —comento en voz alta.

—No se trata de cuántas balas tiene, Morrison, sino de cómo las usa —responde McNeil haciéndome reír.

—¿Tu padre? —pregunto adivinando la respuesta.

McNeil asiente.

—Era un hombre muy sabio.

Las voces de los hombres de Shutter nos callan de repente, están peleándose en el interior del colmado. Podemos escuchar los sollozos desesperados del matrimonio de ancianos pidiendo clemencia, mientras ellos discuten a gritos por algo. Al parecer, necesitan un médico, Shutter debe de estar herido de gravedad.

—Voy a distraerlos desde la ventana de atrás —propone McNeil con su habitual arrojo.

—Eso suena a suicidio, ¿no crees?

—No si eres más rápido, sheriff. Tú te ocupas de ellos, y yo de sacar al matrimonio. Quien quede vivo se encargará de matar a Shutter —asegura con una claridad que me sorprende.

No tengo mucho más tiempo para pensar en otra opción, así que acepto la propuesta contagiándome del optimismo de McNeil. Levanto la vista y veo cómo Malarke salta entre los tejados de las casas, sin que nadie más lo vea, para acercarse más a nosotros. El resto de mis hombres están muertos o heridos.

—¡Espera! —le digo a McNeil antes de que salga. Malarke me hace señas con los dedos. Dice que hay dos hombres asomados en la ventana—. Hay dos tipos en esa ventana —le informo para que se prepare.

McNeil asiente y se mueve sigilosamente, con el arma firme en la mano, hasta que un ruido seco y metálico rompe la ventana trasera, y el joven médico mata a uno de ellos y malhiere al otro. Ha tenido mucha suerte, pero atrae la atención del resto de pistoleros que están en el colmado. Antes de que lo conviertan en un colador, empujo la puerta principal con una fuerte patada y disparo al hombre más cercano, que está de espaldas a mí. Cae al suelo de un plumazo. McNeil se quita de encima a otro, momento que aprovecha

para liberar al señor Harris, que se encontraba en la cocina atado y amordazado.

Para mí, sin embargo, no hay tanta suerte. Tengo que responder a la sacudida del quinto en discordia, que es más grande que una montaña. Al parecer, se ha quedado sin balas y por eso me arranca el arma para que pasemos directamente a los puños. Pesa el doble que yo, pero es corto de reflejos, así que, tras un par de duros golpes que casi me noquean, lo dejo tumbado en el suelo inconsciente.

—Descansa un rato —le digo sin aliento y escupiendo sangre, incluso creo que se me ha caído algún diente—. ¿Y Shutter?

McNeil sigue en la cocina, pero, en cuanto levanto la vista, lo veo diciéndome no con la cabeza. Antes de que pueda reaccionar, me empujan contra la pared por detrás y ponen la boca fría de un revólver pegada a mis sienes.

—Mira que eres estúpido, Morrison. —Reconozco su asqueroso aliento a *whisky*—. Has entrado justo donde yo quería.

Shutter tenía a la señora Harris, pero conmigo ha cambiado a su rehén. El matrimonio, ya junto por fin, sale por la puerta de atrás guiado por McNeil, que se despide de mí con un gesto porque ya no le quedan más balas en el revólver.

—Tienes una herida muy fea, Shutter —le digo porque veo cómo la sangre gotea por el suelo de la tienda dejándolo todo perdido—. Yo de ti me vendaría mejor esa mano o puede que la pierdas.

El colmado está sumido en un silencio tenso, roto únicamente por el jadeo de Shutter. Con la mano izquierda ensangrentada, poco puede hacer. Tiene un pañuelo sucio tapándole el muñón, pero sé por la doctora que eso le estará haciendo más mal que bien. Podría forcejear con él y derribarlo para quedarme con su arma, pero no quiero arriesgarme. Todavía está en alerta.

—Quiero que llames a esa doctora tuya —gruñe con la voz entrecortada por el dolor—. ¡Dile a esa zorra pelirroja que venga ahora mismo, esto duele mucho!

Levanto las manos para mostrarle que no tengo armas ni intención de atacar, lo hago para darme la vuelta y verle la cara. Shutter es un niño, ahora tiene la frente perlada de sudor y los dientes apretados

para aguantar el dolor, pero, aunque quiera hacerse un hombre con esa barba sin afeitar, no llegará a los veinte años, si es que los tiene.

—Shutter, sabes que no vas a salir vivo de aquí. Tengo a cinco hombres allí fuera; aunque me mates ahora mismo, ellos te mandarán rápidamente al infierno —miento manteniendo la mirada en sus ojos, que son nerviosos y huidizos. Sé que mi advertencia consigue inquietarlo—. Puedo llamar a la doctora Walker, pero antes deberás entregarte. Dame esa arma, muchacho. Si sigues sangrando así, pronto lo que perderás será la vida.

He visto esta escena miles de veces. Puede que Shutter fuera el apodo que le puso su hermano Buddy al ser el más pequeño de todos. Este crío no ha visto otra cosa que violencia a su alrededor, pero en realidad solo es un niño que busca la aprobación del resto del mundo. Aunque sea haciendo las cosas mal.

Shutter suelta una carcajada amarga, después sus labios tiemblan. Está empezando a sentirse mareado, su mano sana ya no me apunta con tanta precisión. El sudor sigue brotando por su frente y de la mano izquierda no deja de manar sangre.

—¿Crees que soy estúpido? Si bajo el arma, me matarás. Tú o uno de tus hombres. Vamos a salir a la puerta, tú delante y yo detrás. Gritarás el nombre de esa doctora para que venga ahora mismo, dile que te han vuelto a disparar. Por ti sí que correrá y saldrá de donde sea que la hayas metido. —El dolor le impide seguir hablando durante unos segundos—. Tiene que coserme o hacer que de alguna manera esto deje de sangrar…

Apenas puede respirar bien. Empieza a estar muy débil.

—Está bien, Shutter. Si es lo que tú quieres, así se hará —digo avanzando lentamente hacia la puerta, puedo ver a Malarke esperándonos oculto en el tejado de enfrente.

Salgo con las manos arriba, él se oculta bajo mi espalda. No es tonto, intuye que pueden estar apuntándole dispuestos a disparar si se presenta la ocasión.

—¡Llámala ahora! —ruge poniendo su revólver en mi nuca—. Grita su nombre, joder. Dile que venga ya.

—¡Doctora Walker! —grito a la noche, porque ya no queda nada vivo por la calle principal de Four Steps. Sé que tengo que ganar

tiempo como sea y encontrar una forma de desarmar a Shutter sin poner en peligro mi vida ni la de la doctora. Tengo que distraerle. La clave está en usar las palabras como un arma para sembrar la duda; con suerte, se desmayará antes de disparar, con toda la sangre que está perdiendo—. Sé que me está escuchando, *Doc*, salga de donde esté. Salga, sé que es una mujer valiente y que no tiene miedo a nada ni nadie. Shutter me ha prometido que no disparará más si usted viene aquí.

Shutter me zarandea, cogiéndome por el cuello de la camisa, nervioso porque he puesto palabras en su boca que él nunca ha dicho. Entonces la veo. ¡Dios! Esta noche está especialmente bonita, con ese vestido verde y su melena roja cayéndole sobre los hombros. Aparece a lo lejos y se acerca a nosotros con paso decidido.

—¡Rápido, joder! —grita Shutter sin poder soportar el dolor.

—Si está herido necesito coger mi maletín, señor Shutter. Debo pasar por la consulta —explica la doctora sin un ápice de temblor en la voz, totalmente dispuesta a asistir a este criminal.

—Está bien, corra —ordena el muchacho haciendo un esfuerzo para que le salga la voz. No tendrá apenas fuerzas, pero no ceja en su empeño por agarrarme. Noto su fatigosa respiración en el cogote. Casi inmóvil, continúo hablándole. Sé que me seguirá escuchando, no le queda otra.

—¿Sabes, Shutter? Esta noche era mi oportunidad para demostrarle a la joven doctora lo que siento por ella. La necesito. Bueno, en realidad, todos en este maldito pueblo la necesitan, nunca hemos tenido una mujer tan cualificada, es la mejor profesional que he visto en mi vida. En la mina, hizo un verdadero milagro, muchos hombres lograron sobrevivir gracias a ella.

—Sí, lo he escuchado —dice en tono aburrido—. Sé lo valiosa que es para ti. Pero eres más estúpido de lo que creía si confías en que una mujer como esa terminará con alguien como tú.

—¿Por qué lo dices? —pregunto disimulando mi sonrisa, ya que he conseguido lo que quería, que centre su atención en otra cosa.

—Eres más viejo que ella y deduzco que no muy listo si has terminado siendo *sheriff* en un lugar como este. Terminarás siendo

pasto para los gusanos y ella se convertirá en otra viuda bonita más.

Aquello me sorprende y dejo escapar una carcajada. No es más que un truco para cambiar mi postura y dejar más visible la cabeza de Shutter, haciendo que el trabajo de Malarke sea aún más fácil. Sé que si aún no ha disparado es porque me tiene muy cerca del blanco y, aunque no suele fallar, quiere estar muy seguro de hacerlo en este caso. No quiere quedarse sin jefe antes de tiempo.

—¡Ya estoy! —avisa la doctora avanzando hacia nosotros de nuevo.

—¡Pues ven aquí de una puta vez! —le increpa Shutter impaciente.

—Tranquilo, muchacho, ya viene hacia aquí. ¿No la ves? —Me muevo un poco más para apartarme y veo a Malarke apuntando desde el tejado. Sé que está contando los segundos antes de su disparo. Tiene que hacerlo antes de que se acerque Mary Jane.

—¿Pero qué coño crees que estás haciendo, Morrison? —Mis movimientos enfurecen a un histérico Shutter, que, sin paciencia alguna, da un paso tambaleante con intención de apretar el gatillo, pero yo aprovecho para agacharme totalmente y retorcer su mano herida. Gesto rápido y eficaz que consigue que caiga de inmediato al suelo del dolor insoportable que le he provocado.

En ese instante, rabiando como está después de mi tortura, levanta el brazo y se dispone a dispararme, pero, antes de que lo haga, una bala le atraviesa el cerebro y lo deja con la mirada inerte bajo mis propios pies.

La sangre que brota de su mano ahora se une a la del resto de su cuerpo. McNeil, que estaba viendo toda la escena desde mi flanco derecho, entra entonces y mira el cadáver con desprecio.

—Siempre hay alguien más rápido que tú, idiota —dice zarandeándolo con el pie para comprobar que está sin vida.

Capítulo 25

Enhorabuena

—Enhorabuena, *sheriff* Morrison —lo felicita su jefe posando una mano enorme en su hombro sano, un gesto silencioso pero sentido que me da a entender muchas cosas—. Habéis hecho un buen trabajo.

El *marshal* me mira y me sonríe tras guiñarme un ojo, después sigue hablando con él como si yo no estuviera. Constato que son amigos desde hace años, porque apenas tienen que decirse nada para entenderse. De hecho, su conversación está basada en monosílabos.

Intento aislarme, no pensar que es su hombro herido y en todos los nervios que he pasado pensando que iban a dispararle delante de mí. Pero él no parece muy preocupado, cree ciegamente en mí, por eso hasta lo veo sonreír cuando me mira de soslayo. Se ha tenido que quitar la camisa, tiene el pecho desnudo y su olor me envuelve y me hace sentir demasiadas cosas en la boca del estómago. Está herido y debo curarlo, pero no puedo reprimir el deseo, su torso al descubierto me parece una imagen impresionante.

A pesar de las alabanzas que le regala su jefe, Dewey solo asiente sin perderme de vista. Yo trato de no mirarlo, concentrándome en ajustar la venda lo suficiente para que el hombro quede perfectamente inmovilizado, pero es un juego que no se me da demasiado bien porque sus ojos azules me llaman con una intensidad que no puede disfrazar. Su forma de mirarme sin decir nada me pone nerviosa, me hace sonreír de anticipación a pesar de que apenas me queden fuerzas para hacerlo.

En realidad, ninguno de los dos ha tenido mucho tiempo para hablar con el otro, ni siquiera para mirarnos como ahora. Al morir Shutter, el trabajo asistiendo a los heridos del tiroteo fue una verdadera pesadilla. Gracias a que McNeil también estaba en la ciudad, pudo echarme una mano y terminamos sobre las seis de la

mañana. Estuvimos trabajando toda la madrugada, como aquella vez en Silver Lane.

—¿Por qué siempre que nos vemos terminamos hasta el cuello de sangre? —me preguntó McNeil al terminar la jornada, solo para hacerme reír mientras nos lavábamos las manos en la misma jofaina. Ambos estábamos despeinados, agotados y salpicados de sangre de otras personas, incluido el cuello de su camisa. De mi vestido mejor no hablar, pues hacía tiempo que había dejado de ser verde.

Para el *sheriff* y su ayudante la noche no fue mucho mejor. Tuvieron que comprobar uno por uno todos los cadáveres y meter en el calabozo a los delincuentes malheridos. En resumen, una jornada inolvidable para todos, y ahora que podemos estar juntos por fin, el *sheriff* Morrison debe seguir representando a la perfección su papel y soportar la charla de su jefe.

Leo en sus ojos la necesidad por estar a mi lado y decirme algo urgente, pero debe mantener la compostura. Incluso evita emitir algún gemido de dolor, aunque sé que no son cosquillas lo que le estoy haciendo. No sé si por hacerse el fuerte o por ser muy tonto, ha preferido esperar a ser mi último paciente. Y justo cuando le tocaba su turno, ha venido el *marshal* para darle la enhorabuena. Ahora la herida ya ha empezado a cicatrizarse y la cauterización ya no es recomendable, eso no ayuda en nada a mantener a raya la infección en su brazo, pues tengo miedo de que se llegue a agravar con el paso de los días.

—Buenos días, *Doc.* Se te ve algo cansada —me saluda por fin de forma descuidada cuando su jefe se despide de él, volviendo a darle la enhorabuena por el trabajo realizado.

Me lo dice así, sin más, como si fuera de lo más normal tener la herida de una bala en el hombro o haber sobrevivido a uno de los más peligrosos pistoleros de esta zona.

Lo miro un poco desconcertada y no sé qué contestarle, porque después de todo lo que hemos vivido, de todo el trabajo y los nervios, no esperaba esa frase tan… ¿coloquial?, ¿atípica?, ¿desafortunada? En mi mente imaginaba un encuentro apasionado, con un abrazo largo e intenso, pero no un normal y corriente «Buenos días, *Doc*. Se te ve algo cansada», y ya está.

Después del último tiroteo, en el que pensé que lo habían alcanzado porque se quedó muy quieto mirando a Shutter, empezaron a pedir ayuda los heridos y a llamar a un médico. Así que tuve que dejar nuestro encuentro y la conversación para otro momento más apropiado. Pero ese instante idílico ha llegado, Morrison ha terminado con el hombre que impedía que siguiera aquí, así que por fin estoy segura en Four Steps. O, al menos, todo lo segura que se puede estar teniendo mi consulta frente a la oficina de un *sheriff* algo cascarrabias. Puedo quedarme aquí, ¡sí! Pero tendrá que ser él quien me lo diga. Quien me invite a hacerlo por el bien de la comunidad.

—Quizá estoy algo cansada, pero no olvides que soy una chica del Oeste. ¡Esto no es nada para mí! —respondo manteniendo el tono juguetón, aunque enseguida me vuelvo un poco más profesional y le digo sin un atisbo de sonrisa en los labios—: Esta herida no me gusta nada, *sheriff*. Creo que has esperado demasiado.

—Puede que tengas razón, no debería haber esperado tanto para decirte lo que quiero decir… —contesta mirándome con intensidad.

Pestañeo a modo de respuesta y dejo de mover las manos. Su tono de voz ha perdido ese deje socarrón y divertido con el que suele disfrazar sus palabras.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—¿Acaso aún no lo sabes, Mary Jane? —Su mirada cristalina me atraviesa y me obliga a inspirar fuerte para poder afrontar este momento.

—Puede que necesite oírtelo decir, Dewey —respondo utilizando su misma entonación y confianza, demostrándole que, después de todo lo que hemos vivido, ya no soy la misma chiquilla que llegó hasta aquí llevando ella sola una única maleta. Él menea la cabeza y ahoga una sonrisa, pero también veo su nuez moverse y sé que no está siendo fácil para él.

—¡Dioses! ¡Cuánto te necesitaba! —murmura para sí—. Habría jurado que jamás volvería a enamorarme, a mirar a una mujer como ahora mismo te estoy mirando: fascinado por tu belleza y orgulloso del trabajo que desempeñas en esta comunidad. Eres valiente, decidida y tal vez un poco cabezota, pero no más que yo. —Ese

comentario me hace reír, pero lo dejo continuar—: Me siento el hombre más afortunado del mundo porque decidieras venir aquí y no dejaré que nada ni nadie vuelva a separarme de ti, ni siquiera un poquito. Por favor, *Doc*, no te vayas. No cojas esa diligencia mañana, quédate conmigo en Four Steps.

—Eso suena a una declaración… —sugiero emocionada.

—Tendrás que perdonarme, pero no soy muy bueno con las palabras.

A pesar de su imagen indómita, de su gran altura y fuerte complexión, ahora su mirada solo inspira ternura. Su declaración ha sido muy bonita, aunque él lo niegue, dulce, pero también triste, porque en ningún momento ha hablado de amor, más bien de la necesidad de no estar solo.

Lo veo mover con incomodidad la espalda mientras espera a que hable, debe de estar muerto de cansancio por todas las horas que llevamos de pie. Yo también estoy agotada, así que pienso que quizá no sea el mejor momento para ponerse tiernos.

—Me siento muy halagada, *sheriff*, pero creo que debemos descansar un poco antes de tener esta conversación —contesto intentando no romantizar este instante. No quiero reflejar mi pequeña decepción, quizá por ser demasiado sensible y no tan práctica como debería, demostrando una vez más que soy la típica chica del este.

Dewey parece darse cuenta de que algo me ha molestado, aunque no sabe bien qué puede haber sido. Sé que él ha abierto su corazón y me ha hablado con franqueza, no sé qué más quiero de él.

—¿Y tu hermana? ¿Está bien? —me pregunta con voz ronca, tratando de seguir manteniendo un hilo de conversación conmigo que pueda ayudarlo a saber algo más sobre mi malestar.

—Sí, muy bien. Gracias. —Alzo la vista y veo que sigue mirándome sintiéndose algo perdido. Comprendo entonces que está realmente interesado en el estado de salud de mi hermana, así que me molesto un poco más en explicarle—: No está herida, tan solo una rozadura leve en el párpado porque saltó el marco de una ventana y le dio una astilla cerca del ojo. Pero nada importante comparado con todo lo que vio anoche. Ahora está descansando, mañana saldrá al alba

en la primera diligencia del día. Para ella todo esto ha sido muy emocionante, creo que se piensa que cada día hay un tiroteo de esta magnitud en la zona.

—Tampoco va muy desencaminada —murmura el *sheriff* intentando levantarse de mi camilla improvisada, reprimiendo un nuevo gesto de dolor.

—No hace falta que te levantes todavía —aconsejo aproximándome con rapidez para que se coja a mi hombro y ayudarlo así a incorporarse. Pero, tras un primer momento tambaleante, noto que después abre la mano y la resbala por mi espalda hacia abajo, para tenerme aún más cerca todavía a su cuerpo—. Podrías quedarte aquí conmigo un poco más…

Dewey estaba cogiendo con la otra mano su sombrero cuando he dicho esa frase, y casi se ha frenado un segundo ante de colocárselo sobre la cabeza, gesto que nos ha hecho sonreír a ambos. No solo debo de haber sido de las primeras mujeres en declararse ante un hombre, rompiendo con todas las reglas establecidas en este sentido, también he cometido la torpeza de invitarlo a dormir en mi propia casa antes siquiera de haberlo besado.

Soy la vergüenza personificada. Sé que debo de estar roja como un tomate porque me queman las mejillas, los lóbulos de las orejas y la cara entera. Entonces, para aliviar mi sofoco, lo escucho decir:

—Es una oferta realmente tentadora, doctora Walker. ¿Trata siempre así de bien a todos sus pacientes? —pregunta con sorna alzando la ceja izquierda.

—Vuelves a reírte de mí, dices eso para provocarme —le amonesto con un indefenso golpetazo en el pecho. Mi corazón se acelera de inmediato cuando noto cómo aprovecha la situación para abrazarme, acercándome mucho más a él. Siento su respiración agitada en mi pecho y la anticipación de ese beso que aún no nos hemos dado.

«También hay tiempo para el amor en el lejano Oeste».

—Llegará el día en que no sea ninguna provocación, cariño. —Saborea en sus labios ese nuevo apelativo y después los posa sobre los míos con la confianza de un hombre que sabe exactamente lo que quiere y cómo obtenerlo. Su sombrero, ladeado, termina por

caerse tras agacharse un poco más para llegar hasta mi boca por sorpresa.

Me rindo al deseo y respondo a sus labios cálidos que me abrasan. Atrapan los míos con asombrosa avidez, casi diría que con desesperación. Yo apenas sé qué debo hacer; sin embargo, noto como él consigue calmar mis nervios acariciándome con las manos todo el cuerpo. Pasa de las mejillas a los hombros, de los hombros a la espalda, y de allí a mi trasero, con el que se deleita de forma apasionada. Mis manos torpes e inquietas empiezan a despertar a este baile tan desconocido para mí. Quieren tocar toda su piel y hacerle sentir todo lo que él está haciendo conmigo. Puedo oler de nuevo su cuerpo, es una mezcla de tabaco, cuero, polvo y sudor. Sorprendentemente, él responde a mi gemido de aprobación con un:

—Hueles deliciosamente, *Doc*. Pero sabes aún mejor —susurra sobre mis labios.

Completamente extasiada, me relajo y con las yemas de los dedos acaricio su mejilla izquierda, donde está la cicatriz. Él entonces se yergue como un resorte y coge de una forma un tanto brusca mi mano en la suya para que deje de acariciarlo.

—¡Lo siento!

Nos miramos a los ojos, yo los tengo muy abiertos. No sé qué he hecho. Ha sonado apresurado, una disculpa bastante torpe. Con cierto temor trago saliva y me aparto de él. Aunque no me gusta demostrarlo tan abiertamente, estoy muy nerviosa y por eso él me deja ir, siendo algo muy fácil liberarse de sus brazos.

No sé qué ha pasado, pero algo he hecho mal. Ahora mismo estoy caminando por aguas movedizas. No sé en absoluto lo que puedo o no puedo hacer en este punto y creo que acabo de entrar sin permiso a un reducto que él todavía no quiere que nadie invada.

«¿Sigue enamorado de Lana?».

Hay un silencio extraño entre nosotros, una nueva pausa con un regusto amargo en mi boca. Es un instante muy incómodo y molesto que deseo que pase lo más rápidamente posible. La frustración, un animal rabioso que no conocía hasta entonces, empieza a emerger en mí y siento que jamás seré lo suficientemente buena para él. Porque nadie puede competir con un fantasma.

—Buenas noches, *sheriff* Morrison —murmuro abriéndole la puerta de la consulta sintiéndome culpable por haberlo ofendido, aunque no sé muy bien por qué.

—Buenas noches, *Doc*. Descansa —dice con una expresión extraña en el rostro.

No sé si se siente mal por haber provocado esta situación tan fría que hace que sea difícil incluso mirarnos. En realidad, no sé nada sobre lo que pasa por su cabeza, cómo se siente o qué piensa, pero me encantaría ayudarlo a que pueda verse de nuevo feliz con una mujer a su lado.

Capítulo 26

Fantasmas del pasado

—La hemos buscado por todas partes, pero no aparece, jefe —me dice Malarke cuando vuelvo a la oficina—. Los chicos piensan que debió de huir a las montañas cuando comenzó el tiroteo, ya sabe que los perros se asustan con los disparos. Seguro que estará cazando conejos por la pradera, como siempre hace. Cuando se aburra, volverá a Four Steps.

Después de eso, apenas puedo seguir escuchándolo, sé que dice algo más sobre que va a celebrarlo al salón, y se va dejándome una botella de *whisky* abierta en la mesa. Está borracho, más de lo normal, porque de estar sobrio habría sido incapaz de hacerme esto. Me siento y acaricio la etiqueta: beber siempre parece la solución. Y de nuevo pienso en lo estúpido que he sido hace un momento.

«No la merezco».

Su olor, su piel tan suave, las respuestas de mi cuerpo hacia sus besos… Todo volvía a ser perfecto otra vez. Entonces, cuando me acariciaba la mejilla, he escuchado su grito, el grito de Lana mientras la quemaban, y no he podido continuar besándola. La estoy traicionando. En un movimiento rápido de muñeca, cojo el cuello de la botella y la pongo boca abajo sobre mis labios. De nuevo acuden a mí como en un torbellino las ganas de quitarme la vida mientras el ardor del *whisky* baja por mi garganta. Las emociones me consumen y me siento despreciable por volver a sentir, volver a amar, por hacer la locura de haberme declarado a una mujer que también me ama. Ella se merece a otro mejor que yo, a un McNeil que la entienda en el trabajo y la sepa proteger. Mi mente vuelve a aquella noche fatídica: el resplandor de las llamas, los gritos desgarradores y la impotencia frente a la crueldad de un mundo que jamás nos permitiría estar juntos.

Escucho un ruido grave que asciende, es el gruñido de un animal. De pronto, siento el impacto en mi torso de un cuerpo peludo que

hace tambalearme en la silla, es un perro o un lobo furioso. Con una de sus patas, intenta quitarme la botella hasta conseguirlo.

—¡Alondra, baja! —Grito su nombre para que me haga caso y se baje, pero sus ojos cargados de furia me taladran mientras me enseña los dientes, mostrándome una rabia que no he conocido hasta el momento. Es un gesto inusual que me hace dudar si realmente es ella—. Por favor, baja.

Se me quiebra la voz y tengo la respiración entrecortada. Es difícil hacerlo con un perro de unos veinte kilos sobre ti. Alondra por fin me hace caso y desciende, pero lo hace sin dejar de mirarme amenazante.

—Lo siento, ¿vale? —le digo como si me pudiera responder, y de inmediato pienso que yo también debo de estar bastante borracho o loco de atar.

Alondra ladra. Por su ladrido repetido e intenso, entiendo que sigue enfadada conmigo. La he decepcionado, iba a volver a las andadas. De nuevo, los fantasmas del pasado han sido capaces de devorarme. Esa herida ya debería haber dejado de sangrar hace tiempo, pero sigue abierta y fresca como el primer día. No he aprendido nada en todo este tiempo, el proceso de duelo es demasiado duro y angosto en algunos casos.

—Lo que hice no está bien, debo hablar con ella —medito en voz alta.

Mary Jane debe saber que no la he rechazado, ni mucho menos, pero que tampoco es fácil para mí aceptar que soy libre para amar otra vez. El peso de la culpa por seguir vivo me acompañará hasta la tumba y, aunque no puedo ser el verdugo de mi propia desgracia, tampoco me liberaré si no cierro para siempre ese capítulo de mi vida.

—Tiene que saber la verdad —concluyo.

Como respuesta, mi perra aúlla apenada por soportar conmigo esa cruz que ambos compartimos. El aullido para esta clase de perros es como un vestigio lobuno, una forma de expresar su soledad. Aquella manifestación tan clarividente de Alondra es como su advertencia para que no siga dando tumbos en ese sentido, porque si no terminaré solo y amargado, algo que ella no quiere que suceda.

—Tienes toda la razón —le digo a mi amiga del alma.

Alondra, como respuesta, se acerca y lame mi mano en busca de una caricia humana. Algo que no tarda en llegar.

—Eres demasiado buena para tener un amo tan descuidado como yo, deberías dejarme de una vez —murmuro sincero mientras continúa mostrándome su cariño fiel e incondicional.

Capítulo 27

Despedida

—¿Dónde está McNeil? ¿No se iba a ir contigo? —pregunto a mi hermana mientras están cargando su equipaje. Gracias a la señorita Samantha Loom, tiene una diligencia a su disposición, pero creía que iba a compartirla con el doctor.

—Puede que la señorita Sharon lo esté entreteniendo un poco. Creo que han hecho muy buenas migas —responde Charlotte guiñándome un ojo y moviendo su sombrilla en círculos.

—Vaya —digo sorprendida mirando hacia el restaurante con la mano sobre los ojos para taparme el sol.

—Sí, vaya, vaya… —murmura mi hermana con una entonación algo suspicaz. Sé que me ha notado algo distante desde que nos despertamos esta mañana, pero no quiero hablar con ella de lo que me sucede, porque ni yo misma lo sé—. Creía que tú también celebrarías con *alguien* lo que sucedió ayer.

—No sé de qué me hablas. Ayer terminé agotada después de asistir a toda Four Steps.

Nada contenta por mi respuesta, Charlotte me mira de arriba abajo y después se cruza de brazos para decirme:

—Escucha, hermanita, si piensas que me voy a ir de aquí sin saber qué te pasa, es que tú realmente no me conoces.

—Deja de llamarme *hermanita*, ¡yo soy la mayor! —le pido con hartazgo.

—Pues deberías comportarte como tal y madurar un poco. ¿Desde cuándo los problemas se arreglan callándose? Sé que te ocurre algo, oigo desde aquí tu cabeza pensar, eres incapaz de no darle vueltas y más vueltas a las cosas. Así que dime de una vez qué te pasa. Puede que no arregle nada, pero seguro que te ayudará contármelo.

Miro a mi hermana con sorpresa, ¿por qué de repente se ha convertido en una mujer sabia? Entonces suspiro y miro hacia la

oficina del *sheriff*. Llevo toda la mañana sin verlo, creo que ayer volvió a beber. Como aquel día que me tiraron al pozo.

—El *sheriff* Morrison sigue enamorado de Lana, su prometida india. Él…, yo…, bueno, nosotros… —Mi azoramiento hace que mi hermana me siga con la mirada y se preocupe por lo que voy a decir a continuación, pero su imaginación va mucho más rápida—. ¡Oh, no! ¡Tranquila, Charlotte! Solo nos besamos. En realidad, fue un beso de lo más inocente, ni siquiera fue un gran beso. No es que yo pueda comparar mucho, claro, pero…

—¡Mary Jane, por favor, continúa! —grita mi hermana histérica por mis ambigüedades y titubeos al hablar de estos temas. Todo lo que no sea ciencia puede ser realmente difícil de explicar con exactitud y precisión para mí.

—Está bien. Cuando por fin creía que iba a comenzar una relación con un hombre que me quiere, me he dado cuenta de que no puede querer a nadie más. Lo único que quiere de mí es mi compañía.

—Bueno, eso no es malo —alega mi hermana tratando de que no mire hacia otro lado para que no me zafe de esta conversación tan incómoda para mí.

—Pero no es suficiente, yo… —Cojo aire con fuerza y lo suelto para no hacerme tanto daño al dejar escapar la conclusión que yo misma he deducido tras una noche de insomnio—: No podría soportarlo. Deseo, espero, sueño a todas horas con intimar con él. Sé que es algo horrible, pero…

—Tampoco tanto —responde Charlotte muy calmada.

—¿Qué?

Charlotte me mira en silencio mientras piensa su respuesta:

—Mary Jane, créeme, él desea, espera y sueña con intimar contigo más horas de las que tiene el día. Lo que pasa es que a veces los hombres no saben cómo expresar sus sentimientos. Puede que tú creas que te rechaza porque no te dice lo que tú quieres oír, pero también puede ser que no sepa decírtelo. Para él esa «compañía» de la que te ha hablado implica todo, hasta lo más oscuro que hayas podido imaginar.

Sus palabras me sonrojan y me abrazo la cintura mirando hacia la puntera de mis botas mientras pienso en sus palabras. Mis zapatos

están llenos de tierra, igual que los bajos de mi vestido, pero eso es algo que ya no me preocupa desde hace meses. Ha cambiado mucho mi perspectiva de las cosas desde que llegué aquí, y puede que mi hermana tenga razón.

—Señora Davis, doctora Walker —nos saluda McNeil al vernos frente a la diligencia mientras un hombre coge su equipaje.

—Ha sido un placer volver a verlo, y le agradezco su ayuda. Tanto conmigo como con el *sheriff*, sé que sin usted no hubiera podido acabar con todos esos delincuentes.

—¡Tonterías! —dice McNeil moviendo su sombrero entre las manos —. Morrison es un perro viejo, sabe muchos trucos y podría enfrentarse de nuevo él solo con todos ellos otra vez.

—No sea tan modesto, McNeil. De vez en cuando también hay que aceptar un cumplido —le dice mi hermana como si fuera una vieja sabia.

—De acuerdo. —El hombre sonríe y parece sincero por primera vez—. Pues muchas gracias a ustedes por su compañía, eso es algo que también destacaría de la visita a Four Steps.

—¿La nuestra o la de la señorita Sharon?

—¡Charlotte! —Amonesto a mi hermana con un manotazo por la indiscreción, pero ella no parece dispuesta a callarse. Lo dicho, se ha convertido en una vieja cotilla y chafardera.

—De la suya, por supuesto —contesta McNeil con su habitual estilo galante y quizá un poco juguetón con las mujeres bonitas.

—Veremos a ver qué dice dentro de unas horas —advierte bromista mi hermana, ya que es ella su única compañera de viaje.

McNeil se mete en la diligencia con una sonrisa ladeada mientras nosotras terminamos de despedirnos.

—¿Me escribirás? —pregunta después de una nueva pausa en las que nos miramos para evaluar nuestros estados de ánimo.

—¡Pues claro! —le digo aburrida por ser tan insistente con ese tema—. Aunque no esperes una carta a diario, creo que a partir de ahora las cosas en esta ciudad como médico van a ir mucho mejor. Como mínimo, tendré que seguir tratando a los pacientes de la noche pasada.

—¿Incluido el *sheriff*?

—Por supuesto. —Pero me veo obligada a añadir—: Y también prometo darle su espacio, su tiempo para que se sienta a gusto conmigo…, ¡si es eso lo que quiere!

—Verás como sí. ¿Y después harás que la señorita Loom me invite de nuevo a venir cuando el *sheriff* te quiera hacer su esposa? ¡No puedes casarte sin mí!

—¡Charlotte, por favor! —le recrimino mirando hacia el interior del vehículo, avergonzada por tener una hermana sin filtro alguno.

—Pero si te ha pedido que no te alejes de él, ¿qué más quieres? —me pregunta sin apenas mover los labios, tratando de ser discreta de una forma ridícula.

—Sinceridad. No hace falta que me prometa la luna, yo no se la he pedido. Quiero que esté conmigo en todos los sentidos, ¿entiendes?

Guiño los ojos porque me molesta el sol, pero Charlotte consigue ocultármelo al acercarse para besarme en la mejilla y despedirse con un abrazo.

—Estoy segura de que lo conseguirás —me anima susurrándolo al oído antes de subirse a la diligencia.

—La próxima vez que vengas, tráete a Trevor y a los niños —le pido apoyándome en la ventana antes de que la diligencia se ponga en marcha.

—Humm…, no sé —dice mirando de soslayo a McNeil—. ¡Me lo pensaré!

—Eres imposible, Charlotte —le digo con una sonrisa y después escucho al conductor azuzando a los caballos para que se muevan.

Me quedo allí mirando cómo se aleja la diligencia hasta que es solo un punto en el horizonte. Hoy el viento es más fuerte de lo normal y arrastra la tierra del suelo que se pega en los ojos y en la boca, el pañuelo es más efectivo que nunca en días así.

Algunos hombres de por aquí dicen que esta tormenta de arena trae cambios, y yo solo espero que la noticia que todos esperan de una guerra tarde en llegar, porque entonces no habrá descanso ni para McNeil ni para ningún médico de la zona.

Me dirijo hacia la consulta, aún tengo que arreglar el estropicio ocasionado tras el tiroteo y hacer inventario de enseres después de haber atendido a media ciudad.

Bajo mis pies, las huellas de las botas en el suelo se borran a cada paso, como una señal de lo efímera que es la vida.

—Buenos días, *Doc* —me dicen al llegar. El *sheriff* me está esperando apoyando su hombro bueno en el poste de la entrada a la consulta, con el sombrero tapando su rostro para protegerse de la arena.

Alza la vista y me mira intentando saber con antelación mi estado de humor. Sé cómo actúa. Analiza mi expresión, mis gestos. Es un gran observador; en realidad, es parte de su trabajo, pero conmigo le sirve para saber cómo comportarse antes de iniciar una conversación.

—Buenos días, *sheriff* —le contesto casi con la misma entonación —. ¿Quieres un café?

Pregunto y, sin esperar la respuesta, abro la puerta de la consulta y entro. Es una invitación implícita para que entre él también y hable conmigo si quiere hacerlo. Porque, de otra forma, no habría cruzado la calle y me hubiese esperado de manera tan evidente.

—Sí, gracias —responde aliviado, como si agradeciese mi invitación, y despega el hombro del poste de madera para seguir mis pasos.

He aprendido a jugar a su juego de los silencios subliminales, a decir que está todo perdonado sin decirlo realmente, aunque ninguno de los dos se ha olvidado de que debemos hablar si queremos seguir hacia delante con esta relación. Una relación que aún ni siquiera puede llamarse así, aunque los dos lo deseemos.

Capítulo 28

Hablar para seguir adelante

Mary Jane Walker me impone mucho más que Shutter, incluso que Buck cuando está enfadado. No es por su altura, ni por su peso, pues apenas llegará a las cien libras. Lo que más temo de ella es su silencio. No escuchar su voz, ni su risa. Que me castigue con esa mirada dolorosa por haber cometido alguna falta que tardaré mucho en saber cómo redimir.

Pero, en esta ocasión, y por fortuna, mi doctora favorita no se encierra en sí misma para hacerme daño. No sella completamente esa puerta a la reconciliación, y es así como entiendo que no lo tengo todo perdido. Soy consciente de que hay que aprovechar la oportunidad que me ha brindado porque quizá sea la última, así que no tardo en sacar el tema que me ha llevado hasta aquí. Porque ella es la única persona que merece una explicación.

—He venido a disculparme por lo que sucedió el otro día. Yo… — Doy un paso más hacia ella y dejo mi sombrero sobre la mesa. Me froto la nuca buscando las palabras que llevo pensando todo el tiempo que he estado esperándola, y, aunque continúo hablando, no tengo nada claro en mi cabeza—. No te rechacé, si es eso lo que piensas. Por Dios, ¡jamás podría rechazarte! Créeme que siento mucho más por ti de lo que me gustaría admitir, pero hay cosas de mi pasado que deberías conocer…

La doctora abre la boca para responder algo, pero levanto la mano para pedir un poco más de tiempo. No soy bueno con las palabras, ya se lo he dicho, y esta explicación necesita que me estruje el cerebro para poder transmitirle todo sin que la vuelva a ofender.

—Cuando te besé el otro día, fue un momento terrible para mí. — Con el nudo que tengo en la garganta se me hace cada vez más difícil tragar, pero después de ver cómo reacciona su cuerpo ante aquella frase nada afortunada, me siento aún peor. Debo tener mucho cuidado al elegir las palabras, es cierto que debo soltar este

lastre de una vez, pero sin hacerle daño a nadie, y menos a ella—. ¡Por favor, discúlpame! Creo que no me he sabido explicar. Lo que quiero decir es que, después de besarte, de respirar el suave aroma de tu piel, de acariciarte…, todo eso me llevó a una parte de mi pasado que tenía muy olvidada. ¡Tú no sabes cuánto he tratado de borrar esos recuerdos! Los kiowas creen que las enfermedades tienen causas tanto físicas como espirituales, y tienen razón, porque mis heridas más graves no están visibles para nadie, ni siquiera para ti, pero son las que dicen de mí que aún soy un hombre enfermo. Mary, llevo muerto mucho tiempo, tanto que hasta abracé la idea de dejar de respirar, no quería seguir viviendo. Nada en la tierra me ataba, no había consuelo alguno para mí, ni siquiera lo encontraba en la bebida o en el sexo, solo la muerte me parecía un camino justo a seguir.

La doctora tensa los labios, y sus ojos se llenan de tristeza. Sé que ella detesta esa idea. La he visto trabajar y me ha demostrado cómo se esfuerza por mantener la esperanza si hay todavía un aliento de vida. Es terca como una mula cuando lleva esa bata blanca, porque su único propósito es arrebatarle a la muerte cada una de sus almas.

—Para mí has sido la mano que me ha sacado del pozo en el que habitaba. No he conocido un amor tan grande como el que has traído aquí, a esta tierra perdida en el mapa que no te merece en absoluto. Eres una mujer noble, buena y trabajadora. Con tu inocencia, me has demostrado lo equivocado que estaba. Ni siquiera Dios me pudo abrir tanto los ojos como tú lo has hecho, y por eso solo puedo darte las gracias.

Me detengo para respirar, porque aún me duele hacerlo en medio de esta declaración, mucho más sincera y sentida que la de la otra noche.

—Lana era mi compañera, mi amor, mi mundo. Eso tú ya lo sabes. No llegamos a casarnos nunca, su padre jamás lo habría permitido, pero para nosotros eso no importaba. Ya éramos uno sin necesidad de ceremonias. Cuando vinieron esos bastardos y atacaron su poblado, yo no estaba allí para defenderlos, solo llegué a tiempo para verla morir bajo el intenso dolor que le provocaban las llamas. Oírla gritar de esa manera sin poder hacer nada para ayudarla fue lo

que me hundió en la desesperación más profunda. Me di a la bebida y no apreciaba mi vida, hacía locuras con tal de que el demonio se llevase mi alma perdida y sin rumbo. Samantha me conoció en esa época, por eso vela tanto por mí. Buck, en cambio, estuvo a punto de mandarme a paseo en un par de ocasiones, aunque solo trataba de hacerme reaccionar de alguna manera…, ¡o eso supongo!

Ambos agradecemos la sonrisa dibujada en los labios del otro en medio de esta íntima confesión.

—Pero ahora, contigo, he vuelto a ser el que era. Estoy centrado, tengo ilusión por hacer cosas y trabajo mejor que nunca. Siento algo que no creí volver a sentir: paz conmigo mismo. He vuelto a ser feliz gracias a ti, y te lo agradezco, pero, a la vez, el recuerdo de su ausencia está más vivo que nunca. Porque tú eres tú, especial, genuina, la mujer a la que amo…, pero no eres ella, la mujer que amé. No sé si es justo decirte esto, y tal vez no debería hacerlo porque es demasiado sincero y doloroso, pero es la única forma que se me ocurre para explicarte lo que me pasa. Es como si al besarte la traicionase, como si querer seguir adelante contigo significara olvidarla para siempre.

La doctora me mira, sus ojos verdes tienen un brillo contenido y aprieta las manos cerrándolas en dos puños pequeños. Me observa en silencio por un largo tiempo y al principio me preocupo por haber sido torpe al comentarle lo que siento. Después, mis miedos se esfuman porque la veo acercarse a mí a paso lento, haciendo que los tacones de sus botas resuenen sobre las tablas de madera que conforman el suelo de esta casita que es su pequeña consulta. De su hogar en mi mundo.

—No creo que ella quisiera nunca que te sintieras así, que te castigaras por ser feliz, por volver a amar o por querer seguir vivo —dice entrelazando sus manos con las mías, y esa sensación de tenerla tan cerca me hace suspirar de alivio. Aprieto con fuerza sus dedos y los beso con devoción porque obran milagros. Su olor me envuelve y un sentimiento cálido me hace querer abrazarla con ganas, algo que hago sin demora.

Sin embargo, sus palabras son gentiles pero firmes. Mary Jane ha madurado estos días, sabe lo que quiere y cómo luchar por ello, se

está convirtiendo en una verdadera chica del Oeste muy a mi pesar. Su voluntad de hierro me anima a que yo también les haga frente a los fantasmas del pasado, para dejarlos atrás por fin. Que me quede con ella. Que la elija antes que morir de soledad o aullarle a la luna.

—Amar a alguien nuevo no significa que dejes de amar a Lana. —Ha despegado su cabeza de mi pecho para seguir hablando conmigo, pero su voz tiembla y resbalan de sus mejillas unas lágrimas solitarias que he causado con mis palabras, con este abrazo sentido. No pienso soltarla en toda mi vida. Sé que esta conversación era necesaria para ambos, nos la debíamos, pero me prometo no volver a hacerla llorar así.

—Gracias por entenderme, por escuchar mis palabras sin juzgarme. ¡No sabes cuánto te quiero! —digo acariciándole el pelo. Es suave y brilla como hebras de trigo, algo con lo que llevo soñando semanas enteras.

—Prométeme que no volverás a dudar, que seguirás viviendo, aunque duela hacerlo. Yo quiero estar contigo, no quiero irme a ningún lado, ya te lo dije. Pero solo me quedaré aquí si tú también luchas por lo mismo. No quiero ocasionarte más dolor.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el murmullo del viento que hoy sopla fuerte y la arena que choca contra los cristales de las ventanas produciendo un repiqueteo incesante. Relajo la mandíbula y me siento liberado. Entendido. Ya no necesito decir más, mi alma empieza a estar en paz de verdad. Ella es, sin duda, un milagro. Rozo con el pulgar su mejilla, acuno su rostro en mis manos y ella cierra los ojos al sentir esa caricia, dejando escapar un suspiro tembloroso.

—No va a ser fácil, Mary Jane. Pero voy a intentarlo —susurro llevándome su aliento a mis labios—. Por ti.

—Por los dos —dice ella cuando le quito con delicadeza las gafas, y cierra los ojos para ceder a mis deseos.

En ese momento la callo con un beso, pues sobran las palabras. Recuerdo que, en nuestro primer encuentro, ella me demostró su inexperiencia, así que hoy decido ir con cautela. Sosiego mis ganas de hundirme más en ella en un ejercicio de autocontrol y me deleito en los detalles para que sepa que es perfecta para mí, que en mi

mente solo está ella. Empiezo rozando su piel más cercana, el lóbulo de la oreja, la barbilla, las mejillas cada vez más sonrosadas. Ella me mira esperando otro beso con la respiración entrecortada, no entiende por qué la hago desesperarse de esa manera, para ella es una tortura esta lentitud. Nuestras miradas se cruzan antes de abrir de nuevo su boca y acariciar su lengua para saborearla. Huelo su escote y me hundo en la oquedad que hay entre sus pechos, acariciando embelesado esa piel tan carnosa con la nariz. Me encanta el olor que desprende su piel.

—Deseaba tenerte así desde que te bajaste de la diligencia el primer día que llegaste aquí —confieso, y ella me sonríe con dulzura, tanto que se me arrebata el corazón.

—¿Me espiabas? —pregunta inocente mientras siento sus caricias trémulas.

—No podía dejar de mirarte.

Ella me responde con una risa dulce que me sirve de acicate para continuar conquistándola. Aprieto con las manos sus senos por encima de la ropa, y ella se acerca más a mi cuerpo.

Leo el deseo en sus ojos, aunque ni ella misma sabe lo que le está pasando, no hace falta que me diga que no ha estado así con ningún hombre. La luz de la lámpara de aceite proyecta sombras en la pared de su consultorio, tal y como yo veía desde mi oficina esos primeros días tras su llegada, pero esta vez somos nosotros, nuestros cuerpos, besándonos, acariciándonos.

Para mí es un privilegio despeinar su cabello, que se desmadeja entre mis dedos, cayendo miles de mechones rebeldes sobre sus hombros y su espalda, llegando hasta su pecho. Ese pelo, rubio rojizo, me tiene embrujado. Sin dejar de mirarla, y pidiéndole permiso con pequeños mordiscos, libero su pecho blanco como la nieve, con una rosada areola que descubro al abrir su camisa y que entra en mi boca como un manjar exquisito. Saboreo ese pezón con lentitud mientras ella vuelve a gemir, esta vez más fuerte, y eso hace que se me dibuje una sonrisa perversa sin separar los labios de su piel.

Sus manos apenas aciertan a desnudarme; en cambio, las mías se saben el camino a la perfección y vuelven a subir por sus piernas.

Alzo su cuerpo sobre mis caderas en un movimiento seco que no espera. Mis manos se cuelan entre sus enaguas y se llenan con sus glúteos, suaves y redondos, tan firmes que ardo en deseos de hacerla mía. Pero, a pesar de que ambos respiramos con dificultad, quiero que ella también disfrute de este momento.

—¿Estás segura? —pregunto rozando con el pulgar sus labios carnosos, que ya están rojos e hinchados por culpa de mis besos.

Ella asiente y me mira haciendo una pausa de unos segundos para admirar mi torso desnudo, haciendo que las yemas de sus dedos me hagan cosquillas al rozar mi vello. Ella es un hada, una ninfa de belleza extraordinaria que no pesa nada en mis brazos, sus cabellos pululan alrededor de su rostro dándole un aspecto fantástico. Está acalorada, agitada, pero preciosa. Entonces se inclina sobre mí y me besa con una intensidad que me sorprende. Me coge la nuca para que no me mueva y me penetra la boca salvajemente con la lengua. Se llena de valentía, y sus manos, antes temblorosas, ahora comienzan a explorar mi cuerpo por debajo de la ropa hasta llegar a mis calzones. Siento sus dedos deslizarse para quitarme los botones del pantalón. Yo soy un siervo en sus manos, que arden de deseo como yo, y decido no ponerle oposición.

—Por favor —me ruega en un suspiro, porque siente que esa ola de calor que le abrasa va a terminar con ella. Rodeo su cuerpo con mis brazos y siento cómo le tiemblan las piernas.

—No hay prisa —le digo, y parece querer matarme con la mirada, lo que me provoca una ligera carcajada.

Ella intenta alcanzar su objetivo de manera algo torpe, provocándome un jadeo, pero llegado el momento veo que un cierto pudor inocente —que me llena de ternura— se lo impide. Mis manos terminan ofreciéndole ese apoyo que necesita y le indican el camino necesario para darme placer.

—Así —le explico poniendo mi mano sobre la suya.

Ella no responde, solo mira atentamente el movimiento sin llegar a ver con claridad lo que hay bajo las ropas, aunque lo siente tan firme como yo. Su cara de sorpresa o espanto me obliga a frenar en seco.

—Mary, si esto es demasiado para ti, podemos detenernos. No hay ninguna prisa —murmuro, quebrándoseme un poco la voz cuando veo que ella duda, quizá porque no esperaba que le diera esta posibilidad. No quiero forzarla, ni hacerle daño. Sé que es virgen y no tiene experiencia alguna.

Ella niega con la cabeza decidida y termina acercándose más a mí, hasta colocarse sobre mi erección después de dejar en el suelo su ropa interior. Ahora sí que me parece una verdadera vaquera. Sin más preámbulos, provoca que ambos suspiremos al unísono por la sensación de placer que se produce tras una penetración rápida y voluntaria. Tengo que llevar las manos a sus caderas para controlar su movimiento inexperto, ya que necesito que no vaya tan acelerada.

—Dewey —me llama poniendo una mano sobre mi pecho, el suyo está erecto y me provoca con solo mirarlo.

—¿Quieres que pare? ¿Te duele? —pregunto haciendo que mi cuerpo se quede totalmente rígido, ya que no sé cómo interpretarlo.

Ella niega y se yergue sobre mí, rozando su coxis con el mío, haciendo que la sensación sea más intensa que antes. Ambos jadeamos con ese movimiento que acierta en nuestro punto de placer. Con la mano que tengo en su cadera dirijo la cadencia de su balanceo mientras nos besamos, ahora es ella la que me devora. Pronto ya no necesita que le indique el ritmo a seguir, y nos hundimos el uno en el otro al unísono, marcando el paso con nuestra respiración entrecortada.

—No pares nunca, por favor —dice un segundo antes de que todo haya terminado.

Capítulo 29

Los kiowas

El sol del mediodía ilumina el horizonte, derramando su luz sobre las extensas llanuras de pasto dorado que se extienden hasta donde alcanza mi vista. A pesar de ir equipados, el camino no ha sido fácil. El relieve accidentado cansaba en demasía a los caballos y había trechos que debíamos hacerlos a pie. Durante este largo trayecto, a menudo en silencio por el esfuerzo que teníamos que hacer, pensé en lo que debieron de pasar todos los pueblos indígenas que fueron exiliados por el Gobierno de los Estados Unidos trasladándose desde el sureste al oeste del río Misisipi, a un denominado Territorio Indio. Un lugar inhóspito en el que perecieron muchos a causas de las enfermedades, el hambre o las heridas ocasionadas. Mi padre siempre denunció este hecho en sus clases, ya que amaba profundamente la cultura de esas tribus. Para él fue una limpieza étnica, y ahora entendía muy bien todo el dolor que había ocasionado, también por qué se desvivió por denunciar esas agresiones. Un bebé o un anciano nunca podrían cruzar estas montañas a pie, así que con razón terminaron llamándolo el Sendero de las Lágrimas.

Este viaje me ha devuelto el recuerdo de mi padre. Sobre todo cuando el viento nos trae el eco distante de un tambor, un sonido rítmico y constante que vibra como el latido de un gigante.

—Nos han visto —anuncia Dewey. No puedo evitar sonreír emocionada, porque estoy deseando llegar al poblado.

Pongo la palma de la mano sobre los ojos para tapar el sol y a lo lejos diviso el conjunto de tipis que se alzan como guardianes de este territorio ancestral. En ese momento, el *sheriff* pasa la mano por mis hombros y me dice antes de besarme:

—Ellos también quieren conocerte.

Ese pensamiento me da aún más miedo si cabe. Es como si fuera a encontrarme con su propia familia, aunque sé que ya no hay lazos

que los unen, más que la amistad.

La tormenta de arena duró un par de días en los que apenas se pudo hacer nada, el viento se movía furioso y golpeaba las contraventanas como si quisiera sacarlas de las jambas. Sin embargo, para nosotros fue la excusa perfecta para no salir de casa, un descanso merecido después de tanta acción. Encerrados en mi consulta, pudimos hablar durante horas. Dewey cocinó para mí y yo le afeité y le corté el pelo, aunque la mayor parte del tiempo lo pasamos tumbados en la cama. Leyendo, hablando, comiendo o amándonos. Fue allí donde me ofreció por fin la posibilidad de venir a la reserva de los kiowas y conocerlos, algo que yo deseaba hacer desde hacía mucho tiempo.

—Modoc, el curandero de los kiowas, también quiere verte y creo que es el momento adecuado para hacerlo —dijo con un aire reservado mientras acariciaba mi cabello, algo que se había convertido en su afición favorita.

—Modoc —repetí su nombre en mis labios.

—Él es el padre de Lana —me explicó tan repentinamente que la sensación de vértigo me alcanzó de tal modo que casi no pude respirar durante unos segundos. Eso lo cambiaba todo, él iba a odiarme en cuanto me viese por ser la mujer que ahora estaba con el prometido de su hija.

—¿Crees que seré bienvenida? —pregunté con temor.

—De hecho, te está esperando —reconoció con una tranquilidad que yo envidié al instante—. Él sabe todo el bien que has hecho en esta comunidad y, por supuesto, conmigo. Dice que, gracias a ti, mi espíritu está tranquilo otra vez, conectado con la tierra. Por eso quiere conocerte.

Tenía el cuerpo dolorido porque no estaba nada acostumbrada a montar tanto tiempo a caballo. Aunque Dewey me lo había preguntado en un par de ocasiones, no había querido parar en ningún momento. Sentía la fatiga de cada músculo, sobre todo de los huesos de mi trasero, pero estaba satisfecha por haber hecho este viaje juntos, los dos solos. Había sido precioso cruzar las Grandes Llanuras con él, como si fuera un singular viaje de novios. Había recogido algunas especies de plantas que había reconocido y

que sabía tenían propiedades medicinales, aunque en la reserva esperaba conocer muchas más.

Al principio, ese fue uno de los principales motivos por los que había querido venir, pero ahora que sé que el hombre con el que voy a hablar es el padre de Lana, me siento honrada de que quiera conocerme.

A medida que nos acercamos al poblado, van apareciendo las primeras figuras humanas tras las rocas y los árboles de aquel frondoso paisaje. Hombres y mujeres emergen de los tipis, con movimientos cautelosos y rostros serios. Al fondo, protegidos por un grupo de mujeres mayores, veo a unos pequeños jugar descalzos, vestidos únicamente con pieles de búfalo. Entre ellos distingo a un niño que conozco muy bien:

—¡Mosi! —grito de alegría y corro hacia él sin pensarlo.

—¡Doctora Walker! Ha venido a verme, sabía que lo haría. —Mosi lleva la misma vestimenta que los demás niños y juega como si fuera uno más. Me alegro, porque eso quiere decir que lo han aceptado dentro de su comunidad.

—¿Estás bien? ¿Te cuidan bien? —pregunto mientras me agacho para llegar a su altura y lo abrazo como habría hecho su madre, comprobando para mi sorpresa que no solo se han curado sus heridas, sino que ha crecido un palmo más desde la última vez que lo vi.

—Sí, *Doc*. Aquí no me han dado ni un solo latigazo —explica el chico con sinceridad.

Veo al *sheriff* Morrison alzar una mano en señal de saludo y me levanto de inmediato porque sé que Modoc debe de estar cerca. Me aliso la falda con nerviosismo buscando al jefe de la tribu. El tambor que habíamos oído a distancia ahora resuena con fuerza en nuestros oídos, como si anunciara este encuentro tan esperado. Mi corazón sigue el mismo ritmo acelerado del instrumento y las ansias por verlo se van acrecentando.

De los tipis más grandes, situados en el centro del poblado, salen varios guerreros. Los reconozco porque llevan la cara pintada de rojo y el torso desnudo decorado con símbolos que Dewey debe de reconocer porque saluda con majestuosidad. Llevan arcos, lanzas y

cuchillos hechos de manera artesanal, y el aire alrededor de ellos parece cargado de una energía peligrosa, como esa tensión que precede a la tormenta.

Me acerco a Dewey sin soltar a Mosi de la mano. Sé que los kiowas respetan a los hombres que muestran valentía, y yo quiero honrar sus costumbres.

Finalmente, un indio anciano sale del tipi central. Su cabello es muy largo y blanco, como si fuera hecho de nieve, y sus ojos tan oscuros y penetrantes como la noche sin luna. Porta un bastón decorado con plumas y cuentas de colores, y camina con la dignidad de alguien que lleva sobre sus hombros el peso de generaciones. Los guerreros se van apartando lentamente mientras él avanza hacia nosotros con solemnidad.

—Ella es la doctora Walker, Mary Jane Walker. Es la mujer de la que has oído hablar tanto —pronuncia el *sheriff* en voz alta, y el anciano asiente mientras me señala con el bastón y me indica que me aproxime a un círculo de piedras que hay en el suelo, cerca de una fogata encendida.

Antes de avanzar, miro a Dewey, que me sonríe levemente para que me tranquilice. Respiro hondo para buscar valor y camino hasta llegar junto a ese hombre que me mira con una dureza indescriptible.

Lo primero que hace cuando pongo los dos pies en el interior del círculo es mesar mis cabellos. Los huele y los toca entre los dedos como si fueran de oro puro. Aquello me hace sonreír, porque eso es lo mismo que hace Dewey a veces cuando estamos a solas.

De repente, el hombre habla en su lengua con una voz muy ajada, me mira a los ojos y yo escucho muy atenta sus palabras, pero no puedo entender nada. Dewey me traduce a mi espalda de forma casi simultánea:

—Dice que eres una mujer de noble corazón, lo puede ver en tu rostro y lo sabe por los hechos que te han convertido en una leyenda.

—Gracias —respondo con timidez, pues el anciano me asusta un poco.

—*Aho* —dice el *sheriff*.

—*Aho* —repito bajando el rostro y poniendo la mano derecha en el corazón para que sepa que me siento muy honrada por sus palabras.

Al anciano le gusta ese gesto y me sonríe después como si fuera un niño pequeño. Entonces me señala el tipi grande que está a su espalda, el mismo de donde ha salido. Yo vuelvo el rostro hacia Dewey sin comprender muy bien qué quiere decir ese hombre.

—Quiere que lo acompañes, va a enseñarte algo —me explica con tranquilidad, haciendo un ademán con las manos para que avance sin ningún temor—. Yo te esperaré aquí fuera, con Mosi.

El pequeño se despide de mí con la mano mientras Dewey pone las suyas bajo sus hombros. El anciano espera a que yo entre para después hacerlo él.

Nunca antes había estado en el interior de un tipi indio. Tiene unos siete metros de diámetro y cinco de altura desde el centro. Es mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. Sus paredes están cubiertas con pieles de animales, como bisonte y ciervo, que lo aíslan del frío y la humedad. En el centro hay un pequeño hogar rodeado por piedras para contener el fuego, y el humo sale por una abertura que hay arriba en el techo. Descubro restos de utensilios a su alrededor, así que es fácil entender que lo utilicen para cocinar. Hay cosas colgadas del techo, como ollas o hervidores, y también algunas armas, como arcos o escudos.

Fijándome con más cuidado, veo que en las pieles de las paredes también hay dibujos grabados, símbolos que supongo representan historias familiares o de la tribu. Cerca del sitio donde el anciano ha tomado asiento, hay varias bolsas de cuero que huelen a especias y que debe de utilizar para sus ceremonias espirituales.

El interior del tipi tiene un olor característico mezcla de humo de leña, cuero curtido y hierbas secas, como salvia o cedro. También descubro un ligero toque a carne ahumada, que posiblemente es la base de su dieta en este lugar.

A pesar de que por fuera me ha parecido una estructura endeble e incómoda, al estar dentro me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Es muy cálida y acogedora. Está diseñada para resistir el viento y la lluvia, pero también amortigua los sonidos del exterior.

Modoc me indica que me siente a su lado y me ofrece un cuenco. En la vasija hay un líquido ambarino. Como sabe que no lo voy a entender si habla, no me dice nada, solo me hace gestos para que lo beba.

—*Aho* —vuelvo a repetir, y él vuelve a sonreír de esa forma tan característica. Puede que no lo esté diciendo bien y por eso se ría de mí cada vez que lo digo, pero de todas formas acepto el líquido y comienzo a beberlo poco a poco.

Tiene un sabor dulzón, agradable, de manera que, sin darme cuenta, no queda nada en el recipiente.

Modoc comienza a cantar mientras tamborilea una tripa tensada y atada a un par de palos de madera como si fuera un estandarte. Me quedo observando cómo toca, ensimismada en sus movimientos, es como una especie de lamento rítmico que se repite. Su voz se hace cada vez más grave, rotunda, y, con cada nota, las paredes de nuestro alrededor cobran vida. Los colores de los grabados se hacen más intensos y las figuras comienzan a moverse delante de mis ojos relatándome la historia de manera interactiva. Me siento un poco mareada, incluso me limpio las gafas por si fuera por culpa de ellas, pero no parece extrañarme nada de lo que estoy viendo. La sensación es placentera e incluso creo entender lo que Modoc empieza a decirme, porque lo veo a través de los dibujos que hay en las paredes del tipi:

—Nuestro pueblo dependía de la caza del búfalo. No solo nos proporcionaban pieles y alimento, también utilizábamos los huesos como instrumentos y armas. Era parte de nuestra cultura. Se organizaban grandes cacerías y alrededor de su figura establecimos rituales. En esa época, conocimos a Ojos Claros —la imagen de Dewey aparece ante mi como si fuera real. Lo veo hablando como si lo estuviera haciendo conmigo, intento tocarle la cara porque en ella no hay cicatriz alguna, pero me doy cuenta de que la imagen no es real, entonces sigo escuchando la voz profunda de Modoc que me habla en un idioma que ahora sí entiendo como si fuera el mío—: A pesar de ser un hombre blanco, era valiente y buen cazador, más temerario que ahora; por eso, enseguida los guerreros más jóvenes admiraron sus proezas y pronto lo incluyeron en su grupo olvidando

las reservas de mantener a los hombres blancos al margen. Habíamos visto demasiado para saber que eran hostiles, llegaron aquí para construir sus ciudades sin respetar la naturaleza ni lo que habitaba en ella. Lana, mi hija, pronto se sintió atraída por ese hombre blanco de ojos claros. No hacía falta que me dijera nada, lo veía en su mirada, ambos se amaban más allá de las reglas. Terminaron completamente enamorados, pero no podía aceptar su amor, porque solo traería desgracias a sus vidas.

Mientras la voz de Modoc me narra la historia, yo me voy hundiendo cada vez más en ese pasado que no he vivido, pero que parece transcurrir a velocidad del rayo frente a mis ojos. Lana es una niña preciosa, morena de pelo lacio, muy distinta físicamente a como soy yo, algo que detesto. El Dewey en esas imágenes es mucho más joven que el de ahora, con el rostro limpio de marcas o cicatrices, y la quiere tanto que incluso llego a desear ser ella cuando muere ante mis ojos.

Veo el dolor en primera persona, la desidia que dio paso al duelo en la vida del hombre al que amo. Los colores se van apagando como velas, una detrás de otra, y la tienda donde estoy se queda a oscuras durante unos segundos.

La tristeza me embarga y solo quiero llorar, pero, de pronto, cuando pensaba que todo había acabado, una pequeña brizna de luz rojiza se cuela por el hueco que hay en el techo de la tienda y de él aparece otra figura.

Soy yo, es la esperanza. Todo vuelve a iluminarse de nuevo gracias a esa luz color ocre, y las figuras en las paredes cobran vida y se mueven muy rápidas y nerviosas. Es un nuevo renacer de colores, pletórico de actividad, la luz entra por todos lados y algo maravilloso hace que sonría de felicidad solo por poder contemplarlo.

Las imágenes empiezan a aumentar de velocidad frenéticamente, reconozco algunas de las secuencias, veo a mi madre cuando aún estaba viva, poco después a mi padre abrazándome con lágrimas en los ojos, siendo yo muy pequeña. Los recuerdos avanzan tan rápido que pronto llego al futuro. Lo sé porque hay una nueva luz iluminando esta tienda y sé por instinto de quién se trata, es una

nueva vida: nuestro hijo. Pero la alegría de esa noticia no llega a nuestro rostro, tanto Dewey como yo estamos preocupados, y al segundo comprendo que la noticia de la guerra es una realidad que va a separarnos durante años. Veo el rostro de mi retoño, lo llevo en un hatillo de mantas a mi espalda, la sensación de soledad me inunda por completo y siento unas ganas inmensas de llorar por todo lo que van a arrebatarnos.

—¡No! —grito, empapada en sudor, y la realidad me recibe abrumadora.

Escucho de nuevo el cántico de Modoc, sigue a mi lado, tocando esa especie de tambor artesanal. El sonido que emite su garganta es grave y repetitivo. Parece que nada ha cambiado, pero ahora ya sé a qué voy a enfrentarme. Esto es lo mismo que hacía con sus guerreros kiowas, Modoc me ha preparado para la batalla, y solo con una voluntad férrea conseguiré sobrevivir. No puede apartarme de la guerra, pero sí del desanimo. Por ese niño que dormía pegado al calor de mi cuerpo, por volver a estar juntos después de una guerra que aún no ha comenzado, debo seguir adelante.

Capítulo 30

Promesas

Cuando Mary Jane sale del tipi tiene el rostro circunspecto; al verme sonríe, pero no se relaja, sé que lo que ha visto dista mucho de ser de su agrado. Modoc no esconde a nadie la verdad de lo que le espera, es un portal hacia el futuro y la realidad que se nos presenta no es halagüeña. Nunca lo ha sido, pero aun así estamos dispuestos a afrontarla. Él solo nos da fuerzas, esperanzas.

Carolina del Sur ya se ha separado de la Unión y todos sabemos que pronto otros estados lo harán. Para muchos, la esclavitud es la única manera de mantener su negocio, basado en el castigo y el dolor de los otros. No entienden de derechos para los que no son como ellos. El color de la piel es solo una excusa para no repartir sus bienes, y formando los Estados Confederados consiguen que sus palabras tengan más poder frente al resto. Ya se está militarizando a los más jóvenes, es necesario crear un ejército propio si se decide ir a la guerra, algo que muchos desean con fervor. Las tensiones entre el norte y el sur son cada vez más palpables y en algunas ocasiones es casi obligado posicionarse. Incluso el ferrocarril se está convirtiendo en un arma para movilizar efectivos y suministros. Algunas ciudades han empezado a levantar sus murallas y fortificarse, para evitar posibles asedios del bando enemigo. Todo esto está sucediendo en un ambiente de falsa normalidad, lo que influye para que muchos de esos esclavos decidan huir hacia el Oeste, donde las rencillas no son tan evidentes. Pero la mancha negra de la muerte se hace cada vez más grande, y la sangre de otros nos manchará a todos. Blancos, negros e indios.

No me ha hecho falta beber peyote para saber que la guerra está a la vuelta de la esquina. Pero es algo que prefiero no mencionar. Ahora solo me preocupa el presente, y en él solo está ella.

Encuentro a la doctora junto a un grupo de mujeres, está sentada en el suelo machacando hierbas en un mortero hecho de madera.

Mosi la imita y parece divertirse traduciéndole las palabras que reconoce para que Mary Jane se sienta una más de la comunidad, como ha sucedido con él. Hay algo crucial que hace que esa escena sea diferente: ella observa, aprende y se impregna de su cultura, por eso la han aceptado. El respeto es la llave para llegar a su corazón, y sé que es así como ha llegado al de Modoc.

—Hay algo en esta mezcla que me sorprende —me dice con el rostro iluminado—. Voy a llevármela para estudiarla, sé que aquí está la clave, pero no sé dónde. Alguna de las propiedades de estas plantas, o el conjunto de todas ellas, es lo que hace que una herida pueda cicatrizar más rápido. Creo que en la naturaleza está la clave para sanar. No hace falta sangrar o hacer sufrir más a un enfermo. Eso solo consigue debilitarlo. Igual que la higiene previene una enfermedad, la alimentación hace más resistente al cuerpo humano. Es como si tuviéramos un ejército en la sangre y, según nuestros hábitos, pudiéramos tener más o menos armas frente a la muerte. ¿Por qué siempre los síntomas son parecidos, pero no todas las enfermedades terminan con el mismo final? ¿Por qué unos mueren y otros no? ¿Qué es lo que les hace resistir? —Mary Jane no habla conmigo, sino consigo misma. Intenta averiguar cosas que a mí se me escapan. Puede que la droga de Modoc esté hablando todavía, pero me hace feliz verla disfrutar en esta comunidad que ha sido mi familia durante mucho tiempo.

Yo era huérfano y podría haber terminado como un Shutter más, pero los kiowas me incluyeron en su comunidad, haciéndome partícipe de sus ceremonias. Ellos me salvaron de la muerte cuando un búfalo me atacó, de ahí esta cicatriz en mi mejilla izquierda. Fue el amor a Lana lo que marcó la diferencia, el antes y el después de nuestra relación. Yo nunca seré un verdadero kiowa, pero siempre he sentido que mi corazón pertenecía a este lugar. Ahora, con Mary Jane, eso ha cambiado. O quizá no tanto, la sensación tan solo se ha extendido. Ella también comparte conmigo el amor y el respeto a su cultura, algo que no dejaremos que se pierda mientras sigamos vivos.

Juntos, para siempre.



Trilogía Spanish Lady

VELASCO, CLAUDIA

9791370174668

992

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un gitano irlandés de ojos imposibles robó y sigue robando el corazón de mis lectoras; celebrar su aniversario es la mejor forma de agradecérselo.

Hace una década, *SPANISH LADY* llegó como una historia de amor y descubrimientos, mi decimoprimer libro publicado. Tal vez el más arriesgado de mis trabajos, porque se adentraba en un mundo muy desconocido. Sin embargo, pronto se transformó en la mejor experiencia de mi vida como escritora y todo gracias a su peculiar protagonista, Patrick O'Keefe. Un irlandés de origen gitano que enamoró a las lectoras y que propició el nacimiento de la serie Spanish Lady con la publicación de dos libros más, *OJOS VERDES* y *GYPSY*, para completar su historia.

Durante más de diez años, lectores y amantes de los libros me han estado hablando de Manuela y Paddy, me siguen contando dónde, cómo y cuántas veces han releído sus novelas. Lo justo ahora es que celebremos su cumpleaños como se merecen y podamos llegar, gracias a este precioso PACK ANIVERSARIO, a muchísimas lectoras nuevas que no los conocen, y a sus fans de siempre, que seguro disfrutarán con sus nuevas portadas.

Spanish Lady: Una historia de amor, sexo y corazón que convertirá a Patrick O'Keefe, experto en aventuras de una noche y si te he visto no me acuerdo, en un hombre diferente; y a Manuela Vergara, sensata y autosuficiente ejecutiva de un restaurante de lujo, en su Spanish Lady.

Ojos verdes: Disfruta con Diego Vergara de su divertida e intensa aventura entre Londres y Dublín y descubre a la impactante Grace McGuinness, una misteriosa irlandesa de ojos verdes capaz de superar todos los obstáculos que se le pongan por delante.

Gypsy: Úrsula Suárez es una joven española dispuesta a hacer todas las preguntas necesarias para comprender y asimilar el mundo de los gitanos irlandeses y ver si está dispuesta a entrar en él por Paddy O'Keefe Jr., el nieto mayor de un conocido patriarca gitano.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Corazones perdidos

Palmer, Diana

9791370172121

320

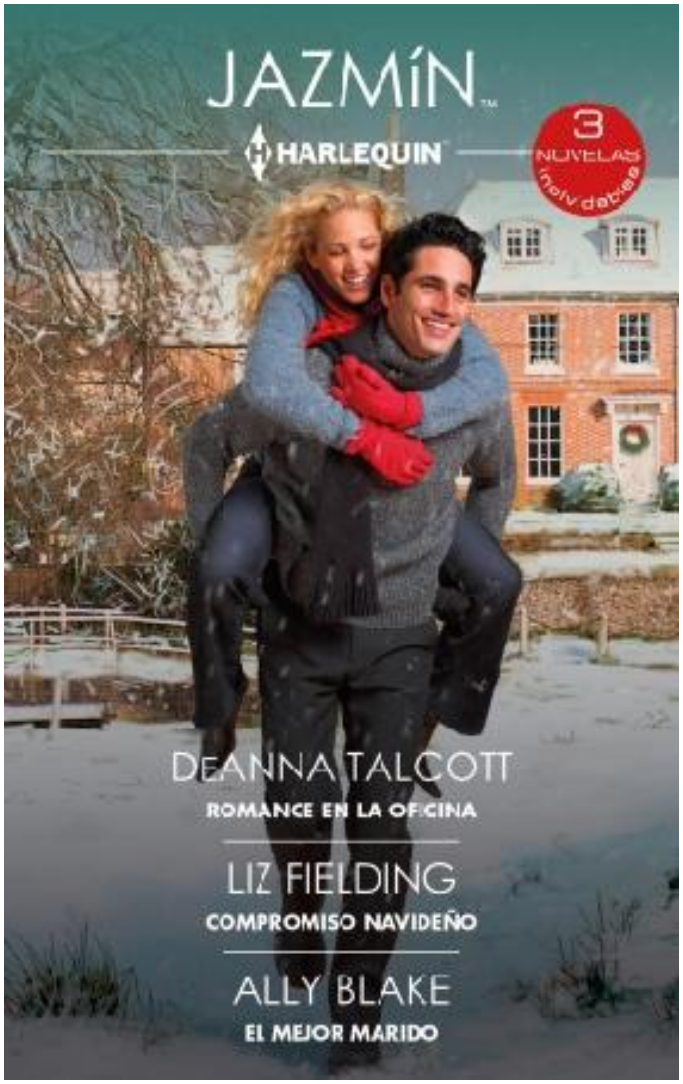
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella lleva años atormentando sus sueños y ahora ha vuelto para hacer estragos en su corazón.

Cuando la esposa del *sheriff* Cody Banks murió, él culpó a Abby Brennan de la enfermedad que había matado a Deborah y, sumido en ese dolor, se había asegurado de que ella lo supiera. Ahora sabía que su reacción había sido errónea y estaba arrepentido. Por eso, cuando en el funeral del tío abuelo de Abby se reencontró con ella y vio a la niña que estaba criando, intentó disculparse, avergonzado al ver el miedo que generaba en sus preciosos ojos y decidido a mostrarle que ya no era aquel hombre lleno de furia.

La única razón por la que Abby regresó a Catelow, Wyoming, fue para enterrar a su tío. Se había esmerado en evitar a Cody Banks desde que él le había dejado claro cuánto rencor le tenía, y se había centrado en criar a su sobrina pequeña y mantener vivo el legado de su familia. Pero, cuando heredó la propiedad que colindaba con la de Cody, no pudo evitar toparse con el guapo *sheriff* que se mantenía presente en su memoria. Las circunstancias no dejaban de acercarlos, pero ¿habría el tiempo sanado sus heridas y les daría una oportunidad de vivir felices para siempre?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Romance en la oficina - Compromiso navideño - El mejor marido

Talcott, Deanna

9791370170769

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Romance en la oficina

Su falso matrimonio había acabado con un "Sí, quiero"

El guapísimo abogado Brett Hamilton había resultado ser un auténtico lord inglés y le había pedido a la secretaria Sunny Robins que fuera su prometida. Todo era una fachada gracias a la que ella conseguiría un lugar donde vivir y él convencería a sus padres de que había encontrado el amor, escapando así del matrimonio que ellos le habían preparado.

¿Conseguiría una pareja tan mal avenida como ellos encontrar lo que realmente andaban buscando: el amor verdadero y duradero.

Compromiso navideño

En sólo una semana pasó de no tener casa y odiar a los hombres a vivir con el hombre más guapo que había visto en su vida.

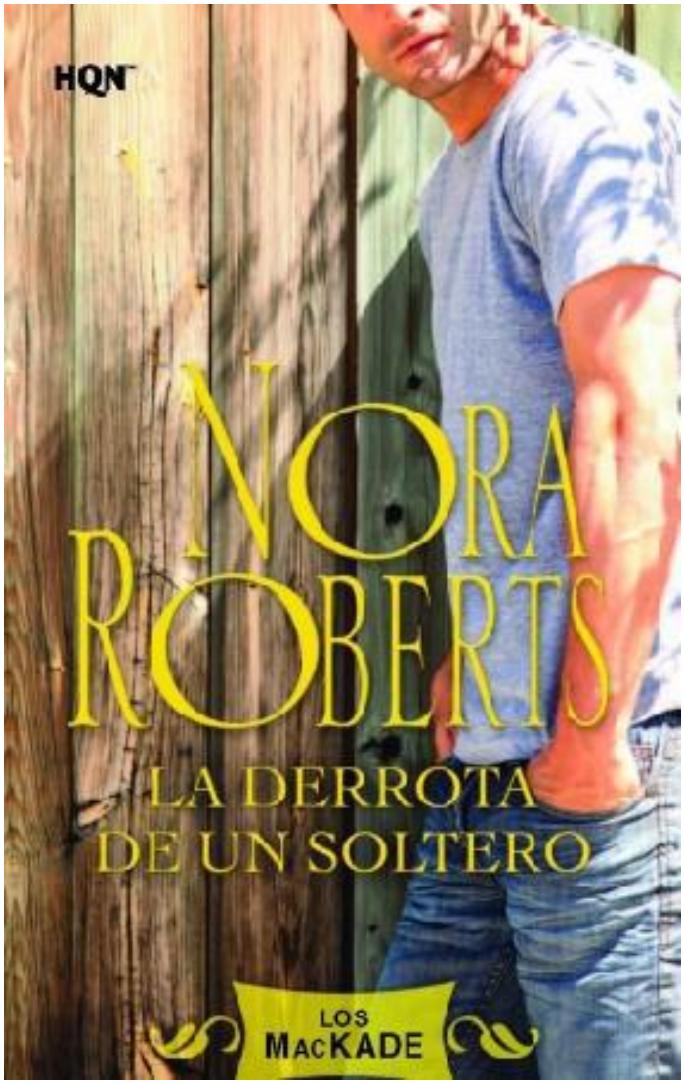
La atrevida Sophie Harrington no esperaba que el empleo que tanto necesitaba le permitiría además conocer a alguien como el guapísimo Gabriel York. Y aunque ella no era precisamente un animalillo abandonado, Gabriel acabó por ofrecerle alojamiento en su exclusivo hogar londinense. ¿Cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que Sophie no estaría en su vida por Navidad, sino para siempre?

El mejor marido

¡Ella tendría que prepararlo para el matrimonio!

La abogada Romy Bridgeport estaba acostumbrada a las exigencias de sus clientes, pero el millonario Sebastian Fox era un caso aparte. Lo único que deseaba aquel hombre era un matrimonio feliz e hijos... y por eso le había pedido a Romy que lo convirtiera en el marido perfecto. ¿Acaso para tal tarea era necesario tener conocimientos legales? No, pero como se trataba de un cliente importante, Romy tuvo que aceptar el trabajo. El problema era que le resultaba imposible pensar en una esposa para él... que no fuera ella misma.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones

salvajes.

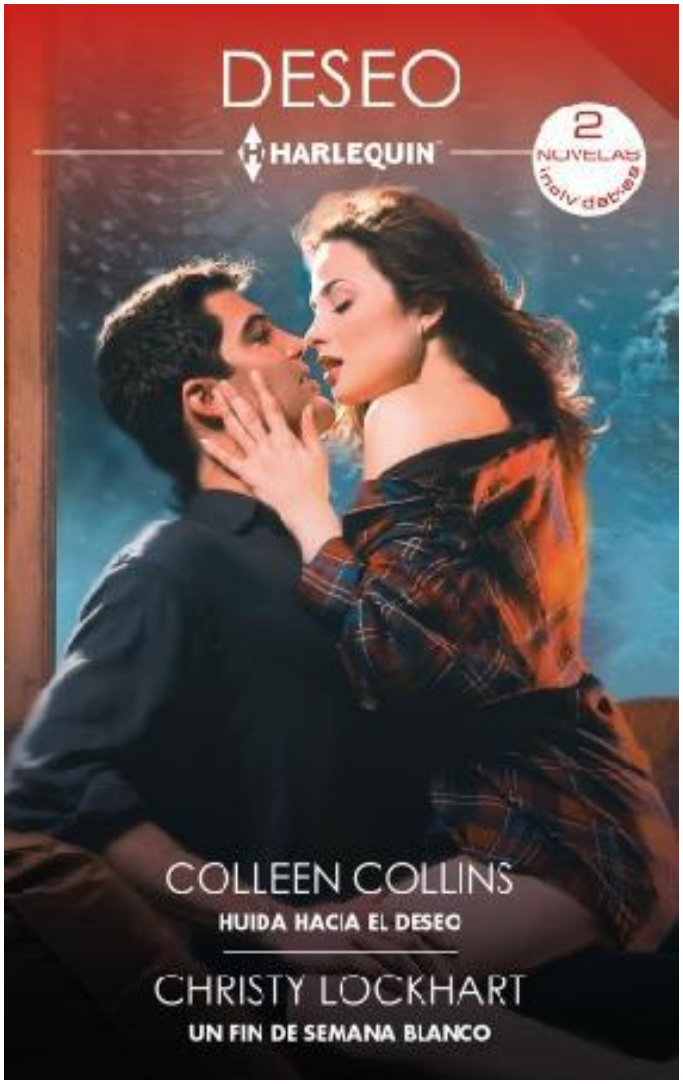
A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Huída hacia el deseo - Un fin de semana blanco

Collins, Colleen

9791370170905

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Huída hacia el deseo

La ambiciosa ayudante del departamento editorial, Rosie Myers, había logrado por fin una oportunidad para demostrar su valía. Cuando el escritor de la columna titulada, El señor Consejos se escapó con una bailarina de streap-tease, a Rosie le encargaron la labor de llenar ese vacío.

Solo había una pequeña dificultad: tenía que escribir como un hombre.

Eso no fue un problema, hasta que empezó a recibir cartas de un atractivo abogado, Ben Taylor. Él pensaba que necesitaba una charla de hombre a hombre, pero Rosie sabía que lo que necesitaba era una mujer…

Un fin de semana blanco

Maltrecha y medio desvanecida, Angie Burton luchó contra una tormenta de nieve para llegar a casa, animada por la imagen de los cálidos brazos de su marido. Pero no estaba preparada para la fría recepción que la esperaba, ni para descubrir que había alguna laguna en su mente y no recordaba haberlo abandonado.

Shane Masters estaba frente a la mujer que había jurado no volver a ver jamás. Pero Angie solo recordaba su amor y él no podía negar que su ex mujer seguía encendiéndolo con una sola mirada. ¿Podría Shane, en el espacio de un fin de semana, perdonar a su perdida esposa y reclamar la promesa de estar juntos para siempre?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)